CATHERINE BROOK



PROMETIDA a un RUFIÁN

Prometida a un Rufián
Catherine Brook

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo

Capítulo 1

—Acepto.

Alice Callen nunca había sido una mujer dramática, pero pronunciar esas palabras le costó tanto como si estuviera aceptando su sentencia de muerte.

Era absurdo, por supuesto, solo estaba aceptando la propuesta de matrimonio de uno de los mejores partidos de la alta sociedad, un duque, nada menos. Debería estar, como mínimo, orgullosa de que su carácter hubiera conquistado a tan cotizado caballero. Y lo estaba, en cierto modo.

Pero no estaba feliz.

Ella nunca esperó casarse por amor. Desde pequeña, su madre le había enseñado que había factores más importantes, a tomar en cuenta, a la hora de hacer un matrimonio que los sentimientos personales. Había aceptado que, cuando aceptara casarse con alguien, sería mayormente por conveniencia, pero no había esperado que, cuando llegara el momento, ella ya conociera lo que era el amor, y que eso lo haría todo más difícil.

Mucho más difícil, porque aceptar la propuesta de otro mientras su corazón le pertenecía a alguien más se sentía horrible. Era como si estuviera traicionando todo lo que era correcto y hermoso, como si estuviera tirando por la borda y sin motivo su propia felicidad.

Sin embargo, había un motivo. El hombre que amaba no estaba allí, y ella necesitaba casarse.

Así pues, esbozó su mejor sonrisa cuando el duque le colocó el anillo en su dedo. Era precioso. Oro de alta pureza con un diamante de tamaño considerable, que brillaba más que la luna que estaba siendo testigo de ese icónico momento. No había duda de su riqueza. Si la hubiera, quizás no se estaría casando con él.

Su sonrisa tembló, pero los años de práctica la mantuvieron en su sitio. Él también sonreía, aunque no estaba segura si su alegría era real o igual de fingida que la de ella. Era difícil leer los verdaderos sentimientos de la alta sociedad en general, ya que

desde niños fueron educados para fingir. No obstante, era aún más complicado leer a ese hombre en particular. Llevaba tres meses cortejándola, y en sus pocos encuentros bien custodiados siempre mostraba una máscara de compostura que no se rompía por nada. Cortés, educado, meticuloso y pulcro. Esa era la imagen que daba el duque de Abercorn. Alice no sabía si es lo que era realmente o lo que debía ser.

Pero ¿qué más daba? Nunca se podía actuar como se era realmente. Ella lo sabía mejor que nadie.

—No sabe lo feliz que me ha hecho con su respuesta —dijo el duque, poniéndose de pie.

Ella se obligó a mantener la sonrisa en su lugar. Incluso sus palabras eran cuidadas. No lo demasiado ausentes para sonar vacías, pero tampoco tan intensas para ser reales. Estaban en esa línea en donde se interpretaba lo que se quería.

—Usted y su propuesta me honran y me llenan de dicha —respondió ella, exactamente con el mismo tono cuidado de él.

A pesar de saber que, en su caso, estaba pronunciando puras mentiras. Si había alguien dichoso con esa propuesta no era ella. Si acaso, su madre.

Echó un vistazo hacia atrás, a la entrada de la mansión, donde tres personas observaban sin disimulo la escena. Estaba lo suficientemente lejos para darles privacidad, pero no tanto para que esta resultara indecorosa. O para perderse el momento.

Su madre, sin duda, no quería perdérselo. Incluso desde la distancia, Alice veía la sonrisa victoriosa que le coronaba su rostro. Tenía derecho, la victoria era más suya que de Alice. Fue ella quien creó el personaje ideal para conseguir al mejor partido, y la que presionó para aceptar esa propuesta.

El duque también se fijó en el público expectante y le ofreció el brazo para caminar hacia ellos. Cuando llegaron, las palabras no se hicieron esperar.

—Estoy muy contenta por su compromiso. Harán una pareja tan bonita —dijo la duquesa viuda, que se veía casi tan alegre como su madre. Abrazó a Alice con cariño—. Voy a organizar todo para hacer el anuncio.

Alice controló con reparaciones lentas su creciente nerviosismo ante las palabras de la dama. Estaban en la casa de los Abercorn, en una fiesta organizada por esa mujer y que, sospechaba, siempre tuvo ese propósito. En ese salón estaban reunidos los miembros más selectos e importantes de la sociedad. Una vez se hiciera el anuncio, no habría marcha atrás.

No podría retractarse. Pero quería tanto hacerlo que, cada paso que la alejaba de la libertad, la asustaba.

La duquesa viuda desapareció tras las grandes puertas de vidrio y Alice se enorgulleció de mantener la compostura.

—Oh, hija mía. Qué dichosa debes sentirte.

—Bastante, madre, bastante —respondió con menos emotividad de la necesaria para ser creíble.

Su padre arrugó el ceño y Alice sonrió para compensar su error. Actuar todo el tiempo era desgastante, de vez en cuando perdía el papel.

—Se lleva a mi mayor tesoro, su excelencia. Cuídelo o responderá ante mí —dijo su padre, el vizconde Latimer.

Era una advertencia clara, pero tan sutil que no podía considerarse una amenaza. Solo los que lo conocían bien sabían que hablaba en serio, y por eso su madre le dio u codazo disimulado para que se controlara.

Su padre la ignoró.

Había dado su aprobación a ese matrimonio porque no tenía razón para estar en contra. Era un duque con dinero, posición y buena reputación quien pedía la mano de su hija. Rechazar su propuesta hubiera insinuado alguna rencilla personal, y su padre era demasiado pacífico para odiar a alguien. Por eso, Alice siempre supo que la decisión sería suya. A diferencia de su progenitora, que vio como una tragedia que no se casara en su primera temporada siendo tan cotizada, su padre se lo tomó con calma. En el fondo, era un hombre de romances y poesías, y creía firmemente en su felicidad y se lo deseaba con el alma. Para él, ella se casaría cuando estuviera lista, y si el duque era lo que deseaba, no se opondría.

Aunque él sospechaba que el duque no era lo que deseaba. Su padre la conocía lo suficiente como para recelar de su afecto

hacia su ahora prometido. El día que le informó que este había ido a pedir su mano, le aseguró que no tenía que aceptarlo solo por su posición, que podría tomarse el tiempo de esperar al indicado. Alice había sonreído y le había dicho que era él, a pesar ser consciente de su mentira.

Si no era el duque, sería otro, porque el indicado hacía mucho que se había ido. Su padre la valoraba lo suficiente para aceptar su decisión, y en momentos como ese le dejaba en claro que ella siempre sería su prioridad, y que contaba con él si cambiaba de opinión.

Pero no era tan fácil.

—La protegeré con mi vida —manifestó Abercorn con un poco más de sentimiento que sus anteriores palabras. Quizás estas tenían más verdad que otras.

Su padre asintió en conformidad y su madre rompió la tensión sugiriendo entrar.

El anuncio de compromiso no le sorprendió a nadie. El duque llevaba tres meses cortejándola, ambos tenían muy buena reputación y, para la sociedad, estaban por aliarse dos personas que contribuirían a mantener la tradición y las buenas costumbres. Los únicos comentarios negativos que corrían entre susurros eran los inventados por madre o señoritas envidiosas que habrían querido quedarse con ese gran partido. Y, aun así, no tenían mucho que criticarle, más allá de que su posición como hija de un vizconde no era suficiente para el nivel de un duque.

A pesar de eso, todos los felicitaron con efusividad, y Alice respondió cada comentario como se esperaría de una dama. Cuando alguna señorita o matrona le decía lo afortunada que era, ella lo reafirmaba, y así pasó gran parte de la velada.

—Oh, Alice, muchas felicidades.

El comentario entusiasta fue dicho a sus espaldas y cuando Alice se giró recibió un abrazo efusivo y sentimental.

Era Hattie, su prima.

—Gracias, Hattie.

No pudo fingir ante Hattie la misma alegría que con todos, y esta lo notó. Se separó lentamente de ella y la observó con cautela.

—¿Estás bien?

Por primera vez en toda la noche, Alice sintió que perdía el control. Quería gritar que no, que no estaba bien. Que se acababa de comprometer con alguien que no amaba y que le parecía muy aburrido. Que quería dejar todo y seguir esperando a que Nathaniel regresará. Hattie, sin duda, la comprendería. Su prima, que había vivido con su familia después de quedar huérfana de padre, sabía lo que era sentirse presionada para casarse, para cumplir lo que se esperaba de ella. La única diferencia entre ambas era que las normas sociales no habían podido matar su carácter risueño y agradable. Alice sentía que su verdadero yo hacía mucho tiempo que estaba muerto.

Y por eso, dijo:

—Sí, todo bien.

Hattie parecía dudosa. Alice notó en sus ojos que quería preguntar, pero, aunque vivieron tantos años juntas, no tenían mucha confianza entre ambas. Aunque jamás compitieron una con la otra, sus madres habían establecido una guerra silenciosa entre las dos, por ver cuál hija se casaba primero u obtenía el mejor partido. Después de que Hattie se casara con el marqués de Rodhesay, la madre de Alice había tardado en perdonarla, pues este había pedido primero la mano de ella y Alice lo había rechazado. En esos momentos, la vizcondesa debía de estar presumiendo que su hija pronto sería una duquesa.

—Si necesitas cualquier cosa, estoy a tu disposición, lo sabes, ¿no?

Alice parpadeó para alejar las ganas de llorar.

—Sí, gracias, Hattie.

Cómo deseaba abrirse, tener a alguien en quien confiar sus penas y temores. Pero ¿de qué serviría? Eso no cambiaría la situación, y solo la haría más débil.

A esas alturas no podía ser débil.

Henrietta parecía estar debatiéndose si decir o no algo más, pero el duque se acercó en ese momento a ellas.

—Buenas noches. Lady Rhodesay. Espero que esté disfrutando de la noche.

Henrietta hizo una reverencia y el duque correspondió al saludo con un correcto beso en la mano enguantada.

No había nada que ese hombre no hiciera correctamente. Cada movimiento, cada palabra, estaba medido a la perfección.

—Excelencia. Agradezco la invitación. Ha sido una velada espectacular —respondió Henrietta.

Estaba nerviosa. Nunca se le había dado demasiado bien llevarse con gente de la alta sociedad. Era demasiado auténtica para fingir.

—Espero que no le disguste si me robo a mi prometida para el siguiente baile —continuó el duque.

Su tono siempre era educado, pero solía tener ese timbre impositivo que no dejaba lugar a una respuesta negativa. Costumbre de un hombre al que nunca se le negaba nada, supuso.

Henrietta miró a Alice y esta le sonrió para tranquilizarla. Le ofreció la mano al duque, que la llevó a la pista de baile, donde empezaban a sonar los compases de un vals.

—¿Está contenta? —preguntó cuando inició el baile.

—Mucho, milord.

—Todos parecen haber aceptado gratamente nuestro matrimonio.

—Creo que hacemos una buena pareja.

—¿De verdad lo cree?

Por un momento Alice se quedó sin saber qué responder. ¿Era una pregunta inocente o con intención? Se le hacía difícil ver al duque haciendo preguntas maliciosas, pero tampoco lo conocía en absoluto.

—Por supuesto, milord.

Él hizo un vago asentimiento que bien podía significar que, o estaba conforme con la respuesta, o fingía estarlo.

—Es usted un gran bailarín —comentó Alice para romper la tensión, aunque estaba segura de que ya había usado ese halago en alguna ocasión. ¿Qué importaba? A los hombres siempre les gustaba ser adulados.

Tampoco era una mentira. Bailaba muy bien, pero no despertaba en ella nada.

—Gracias. Igual que usted. Me pregunto si habrá algo que no hace bien, señorita Callen.

De nuevo, sintió algo diferente en sus palabras. Una ligera mordacidad, un toque de malicia.

—Siempre intento hacer todo lo mejor posible —respondió. Una verdad a medias.

Él asintió, y bailaron por varios minutos en silencio. No era extraño entre ellos. El duque no era demasiado conversador, cosa que a veces la aburría. Con Nathaniel casi siempre terminaba soltando alguna carcajada. Era ocurrente y divertido. Y ella podía dejar de fingir por un tiempo.

—Mi madre me comentó que éramos la pareja perfecta —dijo él, ya cuando casi finalizaba el baile—. ¿Qué cree usted, señorita Callen? ¿Existe la pareja perfecta?

Alice empezaba a sentirse muy desconcertada por la repentina filosofía del duque. No eran esas sus conversaciones banales de respuestas preestablecidas. La estaba obligando a pensar y dudaba por qué no tenía una respuesta correcta para eso.

Tardó en responder lo suficiente para que acabara el baile.

—Estoy un poco agotada. Creo que le pediré a mi padre que nos marchemos, si no le importa.

Había fingido demasiado por una noche. Necesitaba llegar a su casa, abrazar a su almohada, y llorar por lo que pudo haber sido y no fue.

—Por supuesto. Ha sido una noche de muchas emociones. Le agradezco que me haya concedido el placer de su compañía y el honor de ser mi esposa.

Alice respiró aliviada. Volvía a ser el duque amable y educado que decía lo que se esperaba que dijera. Y así Alice podía responder de igual forma.

—El honor de tenerlo como esposo es mío.

La mentira sonaba amarga en su boca, pero ya se había acostumbrado a ese sabor. Hizo una corta reverencia a modo de despedida y dio media vuelta. Sin embargo, antes de irse, un impulso desconocido la instó a decir:

—No creo que importe si existe o no la pareja perfecta. Lo verdaderamente importante es que otros crean que sí.

No se volvió para ver la reacción del duque. Siguió caminando, derecha, pero con una gota de sudor bajando por su frente ante esa pequeña respuesta rebelde que se salía de su papel. Todo en la vida era una transacción. Todo eran apariencias. Pero nunca en la vida se debía dejar saber que se era consciente de ello.

A pesar de eso, no creía que su pequeño comentario tuviera mayores consecuencias. Él había dado pie a la conversación haciendo preguntas extrañas. Ella tenía derecho, aunque fuera una vez, a responder lo que de verdad pesaba.

Y por cómo veía su vida a futuro, quizás esa fue su última oportunidad de hacerlo.

Su madre no se tomó demasiado bien que Alice quisiera marcharse. Estaba presumiendo con sus amigos sobre el buen partido que había cazado su hija y no quería abandonar su estatus de victoria tan rápido. Sin embargo, su padre usó ese tono autoritario reservado para ocasiones particulares para decir que se iban.

El viaje en el carruaje fue incómodo. Su padre no dijo nada y su madre se la pasó parloteando sobre lo feliz que estaba.

—Alice, querida, yo sabía que lograrías conseguir un partido excelente. Un duque, nada más. Nadie supera eso.

Nunca había visto a su progenitora tan orgullosa de ella, pero ni siquiera eso la hizo sentirse mejor.

Cuando llegaron a la casa, mandó a llamar de inmediato a la doncella para que la ayudara a cambiarse. El dolor en sus hombros no tenía nada que ver con forzarse a mantener una posición adecuada. Era producto únicamente del estrés y cansancio mental en el que estaba sumida. Su vida siempre había sido una farsa, pero al casarse, tendría que redoblar los esfuerzos. Siendo duquesa se esperaría mucho más de ella que siendo la honorable hija de un vizconde.

Al parecer, su vida siempre estuvo condenada a ser un engaño.

Cuando la doncella abrió la puerta para marcharse, la cabeza de su padre se asomó por la rendija.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, padre.

Su doncella salió y su padre entró y cerró la puerta tras de sí. Todavía tenía puesto el traje que usó para la velada, y su rostro mostraba esa expresión que de niña la había hecho ir a refugiarse entre sus brazos: la de un hombre en el que se podía confiar.

—Mi princesa —dijo, usando el apodo con el que la llamaba de niña—, hoy has tomado una gran decisión.

Alice asintió, todavía sentada frente al tocador. No estaba muy segura de por qué su padre había ido a verla y eso la asustaba. Temía que hubiera podido descifrar toda la farsa y que sus palabras amables la hicieran cambiar de opinión.

—Pero ¿estás segura de ella? —preguntó mientras tomaba asiento en el borde del colchón.

Alice tragó saliva.

—Sí, padre —dijo usando el tono más seguro que pudo reunir cuando tenía un nudo en la garganta.

Él la miró como siempre lo hacía: analizándola. Era un hombre sabio, no se dejaba engañar con facilidad.

—Yo creo que no lo estás.

Alice no respondió. Su silencio podía ser significativo, pero hablar era igual de peligroso. Su padre siempre había tenido el don de detectar las mentiras.

—El duque es un buen hombre —admitió su padre—. Nadie dice nada malo de él. Quizás se hable un poco de su juventud disoluta, pero nada que la madurez de los años no haya resuelto.

—¿Juventud disoluta?

Se le hacía difícil asociar ese adjetivo con el duque, quien ni siquiera bebía en exceso. Tampoco fumaba.

Su padre hizo un ademán de manos para quitarle importancia.

—Cosas de jóvenes que acabaron en cuanto asumió las responsabilidades que le correspondían. Actualmente no hay nada

que criticarle. Es un caballero educado, rico, cortés y sin vicios, qué más se puede pedir en un partido, ¿verdad?

Alice sentía que ese era el día de hacerle preguntas engañosas.

—Nada —respondió en un susurro—. Es perfecto.

—Sí. Pero a veces la perfección es aburrida.

El nudo en su garganta creció e hizo un esfuerzo por tragarlo. No sabía si su padre y ella estaban conectados al punto de que él sabía muy bien lo que ella pensaba, o si solo conocía suficiente de la vida para llegar a esas conclusiones.

El vizconde se puso de pie y caminó hasta ellas. Tomó las manos de Alice, que estaban arrugando la tela de su camisón, y les dio un apretón cariñoso.

—No lo amas.

—¿Eso importa? —replicó con resquemor.

Resentía todo, incluso la vida que la había obligado a ser así.

—La vida es muy corta para estar al lado de alguien a quien no ames. Tú madre y yo… bueno, ya sabes, fue un matrimonio arreglado. No nos ha ido mal, pero podría ser mejor, y quiero que sea mejor para ti. Mereces enamorarte, pequeña. Mereces sentir la ansiedad de querer ver a alguien, de estar a su lado, y de pensar en lo dichosa que serías al ser su esposa.

Las lágrimas empezaron a salir sin que pudiera ya contenerlas. Su padre le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia él.

—No tienes que casarte con él.

—Ya es muy tarde —sollozó.

—Romper el compromiso será escandaloso —admitió—, pero lo superaremos.

Su padre no lo entendía. Era tarde en todos los aspectos. Si rompía ese compromiso, quedaría arruinada. Esa era su segunda temporada. Si no se casaba antes de que terminara, la siguiente sería considerada no como un buen partido, sino como un producto defectuoso, al que la edad le estaba quitando el atractivo y que había tenido la osadía de rechazar a un duque. Ni siquiera podía tener fe de encontrar al amor de su vida, porque ya lo había hecho,

ya había sentido todo eso que él había descrito, y también se había resignado a que no lo tendría.

—Me casaré con el duque —aseguró, limpiándose con furia las lágrimas traicioneras.

—Alice…

—No, padre, es mi decisión, respétala, por favor.

Su padre cerró los ojos, decaído.

—Sé por qué lo haces. Es por la misma razón que se casó tu prima, ¿no? Crees que en cuanto te falte, quedarás desamparada.

—Padre…

—Es verdad, lo sé. —Suspiró—. El mundo es muy injusto con las mujeres si no tienen un hombre que las cuide. Y no hay nada que pueda hacer para consolarte al respecto, más que decirte que no planeo ausentarme en unos buenos años. Ay, mi querida Alice. Me gustaría que lo pensaras mejor. A lo mejor no serás infeliz a su lado, pero podrías ser más dichosa si te casas con alguien que ames de verdad.

Alice no respondió, firme en su decisión. Su padre, resignado, le dio un beso en la coronilla.

—Siempre contarás conmigo para lo que necesites, lo sabes, ¿verdad?

Alice asintió y su padre se marchó. Ella sabía que contaba con él, pero no pensaba auxiliarse en su generosidad. Desde hacía tiempo sabía que, en realidad, solo se tenía a ella misma y debía sobrellevar las situaciones como mejor le conviniera.

Decaída, abrió una gaveta del tocador y buscó en el fondo un fardo de cartas que tenía amarrado con un listón. No fue difícil ubicar la que buscaba, estaba arrugada por haberla abierto varias veces y de primera en la fila.

No tenía firma ni remitente porque no lo necesitaba. Alice había memorizado la caligrafía, esa que llenaba solo dos líneas de la nota que tenía en su mano.

Regresaré. Espérame, mi amado sol. Para el inicio de la próxima temporada, regresaré siendo digno de ti.

La temporada ya estaba por finalizar y él no había vuelto. Durante el cortejo del duque, e incluso hasta esa noche, Alice se

sintió como una traidora por no estarlo esperando. Sin embargo, ¿qué podía hacer? Había rechazado a todos sus pretendientes; su madre estaba empezando a sospechar, y él no parecía que fuera a volver. Si hubiera esperado una temporada más, su progenitora le hubiera quitado el habla, y la mayoría de sus pretendientes desaparecerían. No podía darse ese lujo.

Arrugó la nota y, en un impulso, la tiró al fuego.

Se había acabado.

Quizás nunca había ni siquiera iniciado. Todo fue una ilusión, momentos cortos de un sueño que nunca tuvo posibilidad de volverse realidad.

Ella ya no podía seguir viviendo de fantasías.

Se casaría con el duque. Esa era su realidad.

Su triste y cruel realidad.

Capítulo 2

Oliver cerró el libro de cuentas que estaba revisando y bebió de su copa con un suspiro cansado. El sabor del alcohol se le hizo amargo, a diferencia de años anteriores, dedujo porque había reducido considerablemente la frecuencia de su consumo. Y estaba considerando eliminarlo para siempre. Antes, por lo menos, una copa lo ayudaba a relajarse y combatir el insomnio, pero desde hacía un tiempo nada lograba darle tranquilidad.

La ironía era que su vida nunca había sido más tranquila.

Se terminó el contenido del vaso y cerró los ojos, reflexionando el motivo de su inquietud. ¿El futuro matrimonio, quizás?

Aún se le hacía un poco difícil de creer que desde la noche anterior era un hombre comprometido. Es decir, tenía que pasar. Casarse y darle un heredero al título era lo único que se esperaba de él y que no había hecho. Desde hacía meses había concluido —gracias un poco a la insistencia de su madre—, que tendría que dejar de lado su preciada soledad y buscar una candidata adecuada. Y eso había hecho. Después de un análisis cuidadoso de las candidatas más cotizadas de la temporada, la honorable señorita Alice Callen había sido la afortunada elegida. Era la de un vizconde con buen nombre, educada, sumisa, y con talentos en el canto, la pintura, el bordado y otras cuantas cosas que a él le parecían irrelevantes, pero que su madre apreciaba mucho. Por si fuera poco, su belleza rubia deleitaba los ojos de quien tuviera el placer de verla, y su suave voz sabía qué decir en cada momento.

Era perfecta.

Y también bastante aburrida por eso.

Desde que la había cortejado, lo único que había conocido de ella era su innegable perfección. Sus saludos eran perfectos, sus conversaciones protocolares y sus talentos inigualables. Era la señorita ideal, y estaba igual de vacía en personalidad que todas por esa misma razón.

Llenó de nuevo su vaso, alentado por el pesado futuro que veía a su lado. No era como si no lo hubiese buscado él mismo. Un duque con su reputación impecable necesitaba alguien que fuera capaz de mantener y reforzar su posición en sociedad. Esa era una de las muchas responsabilidades que vinieron con su nacimiento, y que nunca pidió.

Y Alice Callen cumpliría a la perfección con ese objetivo… o al menos lo intentaría.

Mientras bebía un sorbo del brandy, recordó con curiosidad todo lo acontecido la noche anterior. Después de tres meses de aburrido cortejo, le había pedido matrimonio con un discurso ensayado, y ella había aceptado con alegría medida.

Y ese fue el detalle que llamó su atención.

Cuando estuvo cortejándola, le había parecido la clase de dama que fue entrenada para complacer, para que cada palabra que saliera de su boca agradara a alguien lo suficiente para convertirla en su esposa. Por lo general, esto causaba que, cuando se obtenía una propuesta de matrimonio, la alegría fuera real, no porque la dama estuviese enamorada, sino porque se sentía victoriosa.

Y Alice Callen no se sentía así.

Si no había perdido su capacidad de leer a las personas, se atrevería que no estaba en lo absoluto contenta con ese matrimonio. Sí, había aceptado, había sonreído y le había dicho que se sentía honrada. Pero nada de eso llenaba el vacío de sus ojos.

Lo había aceptado porque era lo que se esperaba de ella, así como él le había propuesto matrimonio porque era lo que se esperaba de él.

«Pobre alma», pensó, como si no fuera él también una víctima de los deberes impuestos.

Rememoró con curiosidad su última conversación. Para esa altura de la velada, él estaba agotado de fingir. Su madre lo obligó a ir a pedirle un baile y lo único que deseaba era escaparse y estar solo. Quizás, por eso, la pequeña rebeldía que de vez en cuando lo acosaba había hecho preguntas que la habían tomado desprevenida. Sin embargo, más desprevenido lo tomó su respuesta:

«No creo que importe o no si existe la pareja perfecta. Lo verdaderamente importante es que otros crean que sí».

Y ahí había confirmado sus sospechas: no se casaba por gusto. No era una joven soñadora, como las que acababan de presentarse en sociedad y que solo deseaban conseguir el mejor partido para poder presumir y decirles a todos que habían logrado lo que se esperaba de ellas. Esas jóvenes se convencerían a sí mismas de que estaban enamoradas de sus prometidos y vivirían dichosas hasta que la amarga realidad las alcanzara. Alice, en cambio, ya vivía en la amarga realidad y sabía lo que tenía que hacer.

Al igual que él.

Y eso los hacía la pareja ideal.

Viviría una vida bastante aburrida, pero ¿para qué quería él más aventura? Ya había tenido suficiente, y había pagado el precio por ello.

Se acabó el contenido de la copa de un trago. El amargo licor lo distrajo lo suficiente para que sus pensamientos no se desviaran a recuerdos que debería olvidar.

Se levantó con brusquedad del asiento, dispuesto a irse a su habitación, pero un ruido proveniente de las ventanas lo distrajo. A distancia, las cortinas no lo dejaban distinguir nada, pero Oliver tenía el oído lo suficientemente agudo para saber que no era el viento.

Con sigilo, abrió la gaveta de su escritorio y sacó la pistola que siempre tenía ahí por seguridad. Caminó pegado a la pared, cuidando mantenerse fuera del campo de visión de quien estuviera intentando entrar.

Era extraño ver ladrones por allí. Tenían que ser un equipo muy organizado para robar en casas con tantos criados y cuidadores. O alguien que no le temía a nada.

Se ubicó en el borde de la ventana y echó un vistazo hacia afuera por la rendija de la cortina. La sombra que estaba forzando la ventana logró abrirla con éxito y saltó por esta, cayendo en el suelo con el sigilo de una pluma.

Oliver no se detuvo a detallar al maleante, cuyo rostro estaba envuelto en sombras. Alzó la pistola y la movió en su dirección.

El delincuente detuvo el golpe con habilidad maestra. Oliver intentaba recuperar el control del arma mientras él la bloqueaba con una fuerza aprendida.

—¿No te parece que es un recibimiento un poco brusco a un viejo amigo? —dijo con burla el intruso—. Además, creo que has perdido agilidad en estos años.

Esa voz…

Oliver dejó de intentar golpearlo y retrocedió.

—Maldito seas, Jack. ¿Qué haces entrando en mi casa como un vulgar ladrón?

—Era muy tarde. Deduje que tus criados estaban dormidos. Sin embargo, había luz en tu despacho, así que…

—Pude haberte disparado.

—No, no lo habrías hecho. Un hombre muerto no da información y ambos lo sabemos.

Jack se adentró en la estancia como si estuviera en su propia casa. Caminaba con arrogancia y ligereza, como si no acabara de irrumpir en su hogar sin autorización.

Oliver no lo había extrañado en absoluto.

—¿Tienes algo de beber? —preguntó—. No he probado un buen trago desde hace meses. El alcohol de América es un asco.

Sin esperar respuesta, se dirigió a la vitrina donde Oliver guardaba sus mejores licores.

—Recuerdo tu colección un poco más amplia.

—Ha menguado con los años y no la he repuesto.

—Ah, entonces es verdad lo que dicen por allí: El duque de Abercorn ahora es un dechado de virtudes y moralidad intachable. Cuando escuché los rumores, pensé que habías muerto y el título había ido a parar a alguien más.

Se rio de su propia broma y abrió la vitrina con la confianza que solo podían dar muchos años de amistad. No se parecía demasiado físicamente al Jack que recordaba. El cabello le había crecido hasta los hombros y le habían salido unas cuantas canas. Su figura era más esbelta, y Oliver sospechaba que el peso perdido era más a causa de estrés que a una dieta estricta. No lo veía desde hacía tres años, pero parecía haber envejecido al menos unos cinco.

Seguía, sin embargo, haciendo gala de ese carácter burlón que usaba de máscara para ocultar sus verdaderas intenciones.

—¿Por qué has venido?

—¿No puedo visitar a un viejo amigo?

—Son las doce de la noche y has entrado como un ladrón. Sospecho que hay una razón por la que no quieres que nadie se entere de tu visita.

—Has perdido habilidad física, pero sigues siendo igual de listo —se burló el hombre sacando de la vitrina uno de sus vinos más añejos. No dudó en servirse una copa, todo con paciencia, intentando hacer reaccionar al otro. Para su desgracia, Oliver había adquirido mucha entereza en esos años—. El rey quiere que regreses.

Oliver bufó.

—Puede soñar con ello.

—Estamos algo carentes de personal con talento —continuó como si él no hubiera hablado—. Y parece que el asunto de la otra vez está volviendo a resurgir.

Oliver se tensó.

—Imposible.

—Si algo hemos aprendido en esta profesión, amigo mío, es que todo es posible.

Y lo sabía muy bien.

—Como sea, no es mi problema —respondió, indiferente, y procedió a servirse una copa. Lo necesitaba—. Además, voy a casarme. Pronto seré un hombre de familia.

—Oh, sí, eso escuché. Quién diría que el compañero con el que me iba de putas terminaría sentando cabeza. Si me lo hubieran dicho hace cinco años, me habría reído a carcajada limpia.

—Puedes reírte ahora si quieres, no me importa.

Quería vaciar la copa con apuro, pero eso revelaría su molestia, así que solo tomó un sorbo y se concentró en la amargura del brandy para mantener su semblante impasible.

—Vaya, sí que has cambiado —masculló, observándolo ya no con burla, sino con genuina curiosidad—. Todavía piensas en ella, ¿verdad?

Apretó los dedos sobre el cristal. Fue la única muestra de pérdida de control que se permitió.

—Puedes decirle a su Majestad que no voy a regresar.

—No le gustará escuchar eso.

—Me gustaría ver qué va a hacer al respecto —dijo Oliver con sarcasmo.

Ambos sabían que no podía hacer nada. No era una persona a la que estuviera en posición de manipular o exigir algo. Ya le había hecho muchos favores a la corona para ganarse su paz.

—¿No extrañas ni siquiera un poco la aventura? ¿El peligro?

—No. Si eso es todo…

Hizo un ademán señalando a la puerta, pero Jack lo ignoró.

—Han pasado muchos años, Oliver. Tienes que superarla.

—Vete —ordenó.

—No fue tu culpa. Simplemente…

—Vete —repitió, esta vez más fuerte.

No le gustaba perder el control, pero le estaba costando mucho mantenerse tranquilo. Jack se estaba metiendo en un tema delicado.

—Me voy —accedió con el tono que se usaría para calmar a un perro rabioso o un niño asustado—. Le diré a Prinny que prefieres mantenerte alejado por el bien de tu familia. Te deseo felicidad en tu futuro matrimonio, aunque sospecho que es igual de falso que la vida que llevas ahora.

No esperó respuesta, se marchó por el mismo lugar por donde había entrado.

Oliver esperó unos segundos antes de tirar la copa al suelo. El sonido del vidrio romperse supuso poco alivio a su mal humor, pero logró drenar suficiente energía para recomponer el control sobre su cuerpo.

Maldito fuera Jack y maldito Prinny. ¿Por qué habían tenido que regresar a mover las aguas justo en ese momento, cuando su vida había alcanzado la perfecta tranquilidad?

No importaba. No iba a regresar. Quizás su vida era una farsa, sí, pero estaba más seguro de esa manera. No se podía desafiar constantemente a la muerte y esperar que esta no hiciera un cobro

de la deuda. No permitiría que nadie más saliera dañado por su imprudencia, aunque eso significase vivir toda su vida fingiendo ser alguien que no era.

Tal vez, con el tiempo, se terminaría de convencer de que era lo mejor.

A lo mejor, con los años, se convertiría definitivamente en el duque correcto y perfecto que todos creían que era.

Y su pasado moriría para siempre.

Capítulo 3

—El clima está agradable hoy, ¿no cree? —preguntó Alice con tranquilidad mientras paseaba por Hyde Park de la mano del duque.

—Así es. En lo personal, prefiero el sol a la lluvia —respondió este.

—¿Hay alguien que prefiera la lluvia?

—No es desagradable cuando puedes quedarte en casa y disfrutar del sonido sin ninguna obligación.

—No es algo que le suceda con frecuencia, supongo.

—Supone bien.

Un minuto de silencio.

Alice ya sabía que él prefería el sol a la lluvia, pues habían tenido esa conversación sobre el clima al menos dos veces desde que se conocían. Lamentablemente, los temas de conversación superficiales eran limitados y había que repetirlos de vez en cuando. No sabía si él recordaba que ya habían hablado de eso o, como ella, fingía que no para poder llenar los silencios incómodos.

Echó un vistazo a su espalda, donde su madre caminaba a una distancia prudencial al lado de la duquesa viuda. Las damas se llevaban bien y, a diferencia de ellos, sí parecían tener mejores temas de conversación.

—¿Ha pensado a quién quiere invitar a la boda? —preguntó el duque con voz monótona.

Ah, la boda. No sabía por qué no se le había ocurrido que ese era un nuevo tema seguro del que podían hablar y que tenía más que dar que el clima.

—Tengo algunos en mente —respondió—. Pero no he hecho una lista oficial.

Ni quería hacerla. ¿Para qué? Su madre de todas formas se encargaría de ello. Apostaría incluso que estaba hablando sobre eso con la duquesa viuda.

—¿Y usted? —preguntó Alice.

—Lo mismo.

«Oh, vaya, pero qué entusiasmados estamos», pensó con desdicha. Para oídos ajenos, la falta de ánimo de su conversación podría pasar desapercibida, pero para ella no. Las preguntas eran corteses y las respuestas mecánicas. Ni siquiera había verdadera curiosidad.

En momentos como esos se preguntaba si el duque de verdad quería casarse con ella o solo asumía su deber con resignación; es decir, era consciente de que él la amaba tanto como ella a él —nada en absoluto—, pero a veces dudaba de si su personalidad era así de aburrida y monótona, y para él todo estaba bien, o si también fingía por mera cortesía.

Se le hacía difícil creer que alguien fuera tan vacío.

Los motivos por lo que la había elegido los tenía claros. Estaba en edad de casarse y Alice se había esforzado en ser la dama que cualquier caballero desearía. Para él, ella sería la esposa perfecta, quien nunca avergonzaría su nombre con escándalos y que sabía cómo desenvolverse en sociedad.

Y no se equivocaba.

Sin embargo, le generaba curiosidad si la admiraba un poco por eso o solo la había elegido porque sus cualidades superaban a la de las otras candidatas que seguramente tenía en lista.

—¿Quiere una celebración grande o más íntima? —preguntó él.

—Creo que la sociedad se sentiría decepcionada si hiciéramos algo íntimo —dijo con humor.

Pocas veces se permitía hacer alguna broma, porque corría el riesgo de que el caballero la considerase muy tonta. No obstante, la pregunta le pareció tan absurda que no pudo evitar burlarse.

—¿Y estamos obligados a complacerlos? —preguntó él arqueando las cejas.

—¿Es necesario que responda a eso? —replicó.

Él no contestó, solo sonrió. Ambos sabían la respuesta.

Un breve silencio se instaló entre ellos, pero menos incómodo que el anterior porque la conversación había sido más fluida.

No parecía tomarse a mal su humor afilado.

Quizás podría usarlo de vez en cuando si se sentía muy atosigada por la monotonía.

Un consuelo pobre, pero mejor que vivir las veinticuatro horas del día en la farsa.

Sintió un cosquilleo en la nuca y giró la cabeza por instinto, pero, de nuevo, tras de sí solo estaba su madre con la duquesa viuda.

Desde que había salido de la casa, había sentido la inquietante sensación de estar siendo observada, algo que, en realidad, no debería preocuparla, pues sí estaba siendo observada. Todos los estaban viendo, comentaban sobre ellos. Eran personas chismosas pero inofensivas. Sin embargo, Alice no podía estar tranquila. Era un presentimiento, esa advertencia paranoica de su cerebro cuando creía que había alguien con malas intenciones cerca. Lo cual también era absurdo, pues ¿quién querría hacerle daño? Lo más cerca que estaba en ese parque de alguien que le deseara mal era de alguna señorita envidiosa que quisiera ensuciarle el vestido por haberse llevado al mejor partido de la temporada.

Los nervios del compromiso y la falta de sueño debían de estar pasándole factura.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el duque.

Ella forzó una sonrisa.

—Sí, solo… me aseguraba de no haber dejado a nuestras madres muy atrás.

Él asintió como un buen entendedor de las buenas normas. Si le había creído o no, no podía saberlo.

—¿Le gusta el campo? —preguntó el duque, de regreso a las conversaciones banales.

—Sí, por supuesto.

—Entonces, ¿no le importará pasar una temporada ahí después de la boda?

Su boda era a finales de temporada, no había esperado otra cosa. Aunque algunos aristócratas se quedaban en la ciudad, la mayoría se retiraba al campo a descansar y disfrutar de otras actividades. Supuso que estaba preguntando por cortesía.

—En absoluto.

Él asintió, complacido.

—Estaba pensando en un viaje de bodas. ¿Hay algún lugar que desee conocer?

—Viajar siempre es una dicha, así que cualquier lugar que elija me será grato.

—¿Así decida llevarla a Bath?

—Las aguas termales siempre aportan una relajación bienvenida.

Y no mentía. No le importaba demasiado a donde la llevara, si la sacaba del país o solo se escapaban al campo. Alice había aprendido que una de las cosas que más disfrutaba era conocer lugares nuevos. Las personas no la conocían, no tenía que fingir tanto y un escape de la agobiada sociedad siempre era bienvenido.

El duque le dirigió una mirada de verdadera curiosidad que la inquietó. Alice temió haberse salido demasiado del papel, o estarse mostrando excesivamente complaciente. Buscó en su cabeza cómo encaminar la conversación a un tema más seguro cuando algo llamó su atención.

Fue solo un segundo, pero consiguió que su corazón se acelerara de anticipación. Alice se olvidó de todo, incluido del duque, y giró la cabeza con desespero, buscando la imagen que juraría acababa de ver. Sin embargo, no la halló. Había muchas personas, pero ninguna con los cabellos oscuros.

«Me lo he imaginado», concluyó con resignación. No sería la primera vez que lo hacía. Cuando comenzó la temporada, Alice estaba tan ansiosa por su recuerdo que siempre creía verlo en algún lado. Todo el que tuviera cabello oscuro, complexión delgada o nariz puntiaguda le generaba esperanzas momentáneas hasta que lograba observarlo mejor. Entonces, volvía a la triste realidad.

«Es mejor que ya no vuelva», pensó. Si regresaba en ese momento, cuando ya tenía en su mano la prueba de que pertenecía a otro hombre, sería un giro del destino muy triste. Y su vida ya era de por sí algo desdichada.

—¿Busca a alguien?

Alice volvió a ser consciente del duque.

Su cabello rubio platinado, perfectamente peinado, era decepcionante de observar cuando acababa de ilusionarse con unas ondas pelinegras. Ambos eran delgados, pero la gracia al moverse de Nathaniel no se podría comparar con la rigidez del duque. Y ni qué hablar de su rostro… Nathaniel siempre le pareció el joven más guapo que había visto. El duque, en cambio, aunque no era desagradable a la vista, tenía su mayor atractivo en su posición y no en su cara.

«Basta, Alice», se reprendió. No ganaba nada con esas comparaciones, más que lastimarse.

—Creí haber visto a una amiga, pero me he confundido —respondió con fingida tranquilidad, pero le costó más que antes. Su corazón aún estaba acelerado y sus ojos luchaban por no seguir buscando—. ¿Le disgustaría si dejamos el paseo hasta aquí? Creo que tanto sol me ha mareado un poco, y debo prepararme para la fiesta de esta noche.

—Entiendo, no se preocupe.

Hubo nada extraño en el tono en que lo dijo. Tenía la cordialidad habitual, pero también cierto filo inquietante.

Sospechaba que no le había creído. Sin embargo, decidió ignorar su desliz. No era como si pudiera descubrir la verdad de todas formas.

Se acercaron a sus respectivas madres y manifestaron su deseo de marcharse, prometiéndose verse en la noche.

Cuando Alice llegó a la casa, se tumbó en la cama y dejó escapar unas lágrimas traicioneras que apartó con brusquedad.

Esa era la última vez que podía permitirse llorar por él. Tenía que aceptar lo que no se había dado.

Nunca debió permitirse soñar.

Al llegar la noche, Alice se encontró de nuevo sonriendo ante el duque. Estaban en la velada de la señora Middleton, y ella sabía que, de no ser por su compromiso, el duque quizás no habría asistido, pues no era un evento de alguien de su categoría.

—Se encuentra hermosa esta noche.

Con regularidad le hacía cumplidos similares, pero esta vez ella sintió en su comentario cierta sinceridad. Supuso porque le

había puesto más empeño en su atuendo esa noche. Había elegido un vestido verde esmeralda que combinaba con sus ojos y que resaltaba en su piel. Tenía un escote pronunciado y encaje dorado que brillaba con la luz de las velas. No era del todo adecuado para una señorita, de hecho, era uno de los primeros que había llegado como parte de su nuevo ajuar; sin embargo, Alice sintió la necesidad de tirar esa noche las normas por la borda. Su último acto de rebeldía. Ya tendría una vida entera para acatar reglas.

—Usted está muy elegante.

Tampoco era mentira, pero él siempre lo estaba. No recordaba ni una sola vez que el nudo de su moño estuviera mal anudado, que su ropa estuviera arrugada o su cabello despeinado.

—¿Me concede el primer baile?

Alice asintió.

Era una cuadrilla. Agradecía ese tipo de bailes porque no tenía que conversar demasiado, y porque drenaba parte de la tensión que implicaba estar constantemente alerta. El duque era un buen bailarín. Se movía con ligereza y elegancia. Alice recordaba que la primera vez que lo vio bailar, le sorprendió que no fuera rígido, como el resto de su personalidad.

Casi, casi le recordaba a…

«No», se reprendió. No pensaría en él, ni en la primera vez que bailó con él una cuadrilla. No quería acordarse de cómo su estómago revoloteaba cada vez que se miraban, ni en cómo su sonrisa la hacía sonrojar. No quería recordar cómo, a pesar de los guantes, sentía un cosquilleo cada vez que se tocaban, ni en lo poco que le importó el comentario pedante de su madre respecto a que no debería aceptar bailes de «ciertos caballeros».

Deseaba olvidar, pero el recuerdo parecía afianzarse a medida que el tiempo pasaba, como si intentara mantener con vida lo único que la había hecho feliz.

El baile terminó e hicieron la respectiva reverencia. Alice estaba algo agitada, pero el duque parecía en buena forma. Para ser un aristócrata no se cansaba con facilidad.

—¿Desea que le traiga una limonada? —le preguntó una vez se apartaron de la pista de baile.

—Por favor.

El duque se alejó hacia la mesa de las bebidas mientras Alice observaba a su alrededor. La alta sociedad reía y charlaba en grupos meticulosamente escogidos. Parecían felices y dichosos, pero se preguntó cuántos de ellos, así como ella, solo estaban fingiendo.

¿Por qué?, se preguntó. ¿Por qué se habría inventado la norma implícita de fingir alegría cuando había tristeza, de imitar perfección cuando se era imperfecto y de juzgar duramente a quien no seguía los estándares? ¿Quién había decidido que el mundo era mejor superficial?

Alguien que no tenía sentimientos y al que no le importaban los demás, sin duda.

—¿Me haría el honor de concederme el siguiente baile?

La voz a sus espaldas la congeló. Al principio, creyó que se la había imaginado, pero cuando giró levemente la cabeza y se encontró con esos cabellos oscuros, supo que no eran ilusiones de una mente esperanzada.

Dio un paso hacia atrás, luego otro. Él extendió la mano y esbozó esa sonrisa que tantas veces la había hecho sonreír de vuelta. No obstante, en ese momento no tenía ganas de sonreír, a pesar de que uno de sus mayores deseos acababa de hacerse realidad.

Él había vuelto.

Por fin había vuelto.

Y ella estaba comprometida.

La posibilidad de que el duque regresara con su limonada y se encontrara con ella en ese estado de conmoción la volvió histérica. ¿Cómo podría fingir que no pasaba nada cuando él había regresado? ¿Cómo podría presentarle a su prometido al que había sido el único amor de su vida?

No podría. Ni siquiera su mejor preparación podría ayudarla a llevar a cabo esa farsa, porque en lo único que podía pensar era en que él había vuelto.

Y demasiado tarde.

Nathaniel seguía con la mano extendida, pero ella no era capaz de mover un solo músculo de su cuerpo. Su respiración estaba

agitada, el corazón quería salírsele del pecho y la visión empezó a tornarse borrosa.

—¿Alice? —la llamaron.

No supo si fue Nathaniel o el duque que había regresado. Lo único que sabía es que no permanecería mucho tiempo en pie.

Y no se equivocó.

De pronto, todo se volvió negro.

Capítulo 4

Cuando Alice recuperó la consciencia, estaba sentada en un cómodo sillón con el olor de las sales penetrándole la nariz. Era su madre quien agitaba con nerviosismo el pequeño frasco aromático frente a ella. Alice solo la había visto tan preocupada cuando rechazaba a un pretendiente que la matrona consideraba adecuado.

—Gracias a Dios —dijo cuando notó que abrió los ojos—. Qué susto me has dado, hija mía. ¿Por qué te has desmayado?

Los recuerdos se deslizaron por su mente con la fuerza de un río embravecido.

Nathaniel.

Nathaniel había vuelto.

¿O quizás se lo había imaginado? ¿Hasta ese punto había llegado su ilusión?

Hizo un corto recorrido del lugar en donde estaba. Era una sala pequeña, probablemente donde tomaban el té. Su padre estaba en una esquina, junto a una dama que reconoció como la anfitriona. Al otro lado de la estancia, estaba el duque con la duquesa viuda. Su rostro era indescifrable, pero sus ojos calculadores, Alice temió saber lo que estaba pensando.

—No lo sé —se las arregló lo mejor que pudo para que la mentira sonara creíble—. Yo… solo empecé a sentirme mal de la nada. Creo que hice mucho esfuerzo sin haber comido bien.

—Tiene sentido. Estás muy flaca, niña, tienes que alimentarte mejor —comentó la anfitriona, que no era conocida por ser prudente —. Las jóvenes de ahora creen que mientras más delgadas, más bonitas, cuando un buen relleno siempre es más atractivo.

—Con respeto, señora Middleton —dijo su madre con voz afilada—. Creo que Alice es hermosa como está, ¿no lo cree, excelencia?

—Sí —respondió él, distraído. No le quitaba la vista de encima.

—Sucede que la boda la tiene un poco ansiosa, y por eso no ha comido bien. Pero ¿quién no estaría entusiasmada por casarse

con un hombre como su excelencia?

Ella.

Ella no lo estaba. Y menos ahora que Nathaniel había regresado.

Oh, Nathaniel. Tenía que averiguar si de verdad había vuelto o todo fue un desvarío de una mente despechada.

Observó al duque. Dedujo que debía de haber sido el primero en llegar hasta ella. Él debía saber. Y también era el único al que podía preguntarle sin generar sospechas, porque como hiciera un comentario frente a su madre…

Solo tenía que buscar el mejor momento para interrogarlo.

—¿Te encuentras mejor, hija mía? —preguntó su padre con su rostro brillando de preocupación—. ¿Quieres irte a casa?

Alice asintió. No se veía capaz de quedarse allí.

—Voy a pedir el carruaje. Su padre salió de la estancia y su madre se acercó a hablar con la anfitriona, quizás con la intención de desviar el escándalo de su desmayo a un tema más favorable para ella, como la boda con el duque.

Alice se levantó con lentitud y dio un pequeño paso hacia Abercorn. Él leyó sus intenciones y se acercó a ella. La duquesa viuda les dio espacio y después de murmurar algo que sonó a «me alegro que estés bien», se marchó.

—Estoy muy apenada por lo sucedido —comentó Alice con su voz más sumisa—. Deduzco que fue usted quien me sostuvo para que no cayera al piso.

Porque sin duda alguien la había sostenido. De haberse caído, algo le estaría doliendo, y el único dolor que sentía era el peso de la tristeza.

—En realidad, fue el caballero con el que estaba conversando. El señor Calloway, si no me falla la memoria.

Oh, Dios mío.

No se lo había imaginado. Él de verdad había vuelto.

—Qué vergüenza con el caballero —dijo con voz temblorosa —. Me gustaría discúlpame y agradecerle. Quizás lo busque antes de marcharme.

—Temo que no será posible —respondió el duque. Había algo oscuro en su tono, y si Alice no estuviera tan nerviosa, quizás se pondría a pensar en qué—. Se marchó apenas la dejó a salvo en mis brazos. Parecía tener prisa.

O no quería generar rumores innecesarios. No podía culparlo.

Sintió que su corazón volvía a bombear con fuerza ante la certeza de que él estaba otra vez en Inglaterra.

Oh, qué cruel era el destino.

Si tan solo hubiera llegado unos días antes…

—No parece encontrarse bien, ¿por qué no toma asiento?

Era un comentario que manifestaba preocupación, pero su tono insinuaba otra cosa: una acusación. Como si supiera por qué no se encontraba bien.

—No sabía que conocía al señor Calloway.

—Nos presentaron la temporada pasada —respondió Alice con tranquilidad—, pero hacía tiempo que no lo veía.

—Creo que estaba de viaje.

—Oh. Eso lo explica.

Hacerse la desinteresada era muy difícil cuando aún no era capaz de asimilar lo sucedido.

Cuando estaba involucrado su corazón.

Su padre eligió ese momento oportuno para llegar e informar que el carruaje los estaba esperando. El duque se despidió de ella con la misma cortesía de siempre, pero ella sintió un escalofrío recorrerle la piel ante la oscuridad de su mirada. Algo también le había pasado a él.

Cuando llegó a su casa, la nota ubicada debajo de su puerta solo consiguió incrementar su inquietud.

La tomó con cautela, como si fuera a quemarle. No tenía remitente y eso era suficiente confirmación de su destinatario.

La abrió con lentitud. Solo había una frase escrita:

Nos vemos en el lugar y la hora de siempre.

Alice no supo cómo no se desmayó ante esas palabras.

Era una realidad.

Una terrible realidad.

Lo peor de todo es que ni siquiera lo pensó. Llamó a la doncella para que le quitara el aparatoso vestido y una vez estuvo sola y en camisón, buscó en el fondo de su armario la capa negra que pensó que nunca volvería a usar.

El reloj marcaba la una de la mañana cuando ella salió de su habitación con sigilo, llevando consigo apenas una tenue vela para no tropezar en el camino. No se topó con nadie. A esas horas todos dormían, por eso no le fue difícil llegar hasta la cocina, tomar la llave que colgaba detrás de la puerta y salir hasta el jardín trasero, donde un cielo sin luna conspiraba para su encuentro.

Al principio le costó ubicarlo. Vestido de negro y bajo la sombra del árbol no era notorio a simple vista. Sin embargo, se habían encontrado tantas veces allí que Alice estaba acostumbrada a reconocer su figura. Apagó la vela y caminó hasta él bajo el tenue resplandor de las estrellas. Al llegar a su lado casi no podía ver sus facciones, pero reconocería donde fuera el olor suave de su perfume.

—Mi amado sol —dijo con voz ronca por la emoción—. Iluminas el camino por donde pasas.

Cuántas noches se había acostado pensando en que no volvería a escuchar ese apodo. Cuántas veces había llorado por ello.

—Volviste —fue lo único que pudo decir.

—Lo prometí —aseguró él—. Pero temo que ha sido muy tarde.

La realidad rompió el aura mágica que los había envuelto. Estaban ahí, en ese lugar en donde habían compartido secretos, besos furtivos y largas conversaciones, pero no eran las mismas circunstancias.

—Dijiste que regresarías a principio de temporada.

—Se me complicó. También pudiste haberme esperado un poco —reprendió, revelando parte de lo que en verdad sentía: rencor, traición.

No por primera vez, Alice se sintió como una mala persona. Porque sí, ella también pensó que debió haberlo esperado más. Que, a lo mejor, debió haber rechazado la propuesta del duque.

Pero también sabía por qué no lo había hecho.

—No tenía la certeza de que volvieras. La temporada está por terminar. Si no me casaba en esta, sería considerada un producto sin valor. Y sabes lo que eso implica en mi situación.

Quedarse soltera cuando el único familiar hombre cercano tenía más de cincuenta años era muy peligroso. A ella no le gustaba pensar en que algo malo le sucedería a su padre, pero su madre le recordaba con frecuencia que era una posibilidad latente y que el futuro de ambas dependía de que consiguiera un buen esposo. Alice siempre había sabido que el peso de su familia recaía en ella.

—Lo sé —respondió él con más calma—. Lamento haberme demorado tanto.

Sintió que las lágrimas se asomaban a sus ojos, pero a diferencia de otras veces, no las contuvo. No le importaba llorar frente a Nathaniel. Él no la juzgaría por eso.

—¿Por qué? —preguntó.

Él no le pidió que se explicara.

—Quería verte, explicarte la razón de mi demora… Alice, aún no es tarde.

Ella soltó una carcajada amarga. Alzó la mano dónde se había dejado puesto a propósito el anillo.

—¿Te parece que no es tarde?

—Todavía no estás casada.

—Un compromiso es igual de solemne.

Alice podría declararse loca si rompía el compromiso con el duque. De por sí, anular una promesa de matrimonio era escandaloso, pero si el hombre era un partido importante, tirar todo por la borda era una promesa de muerte. No solo su madre se infartaría, sino que no volverían a abrirle las puertas en ningún otro lado. El mundo que conocía se cerraría para ella.

Nathaniel dio un paso hacia ella y le tomó las manos con desespero. Su contacto tierno le traía recuerdos familiares y agradables. Quería acercarse y apretarse contra su pecho. Sentirse segura.

—Sé que no será fácil, pero Alice, si vienes conmigo, yo te protegeré. Ahora tengo dinero, suficiente para darte la vida que mereces.

—¿Qué vida merezco, Nathaniel? Porque yo nunca te he pedido nada.

Porque lo único que ella realmente había querido en la vida, él se lo había dado: la posibilidad de ser ella misma.

—Tu familia jamás me hubiera aceptado sin dinero. Tu madre me miraba con desprecio cada vez que me acercaba a ti.

Lo último era verdad. Lo primero, siempre fue posible. El que iba a dar la autorización para el matrimonio era su padre. Ella estaba segura de que, si se lo pedía, él habría aceptado. Pero Nathaniel no quiso. Insistió en que tenía que volverse más digno de su mano.

—Ella tampoco te aceptará ahora.

No importaba si había regresado con todo el dinero del mundo. Como a Alice se le ocurriera dejar a un duque con dinero y posición por alguien que apenas era sobrino de un vizconde, y que hasta hacía nada solo tenía deudas, posiblemente la abofetearía y no le dirigiría más nunca la palabra.

—Si tan solo hubieras llegado unos días antes…

Su madre también se habría molestado si hubiera rechazado al duque por Nathaniel, pero al menos, sin haber un compromiso anunciado, no habría escándalo, solo débiles murmuraciones. Tarde o temprano llegaría un punto desesperado donde Nathaniel no se vería tan mala opción, y todo podría haber acabado más o menos bien.

Pero especular sobre lo que no se podía cambiar no le servía de nada en ese momento.

Sintiendo que algo le apretaba el pecho, dio un paso hacia atrás, rompiendo el contacto que tantas veces había extrañado.

Nathaniel no la presionó. Dio también un paso hacia atrás y se recostó en el árbol. Su mirada se perdió en algún punto en la oscuridad.

—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos en este lugar?

Claro que lo recordaba. También había sido la primera vez que Alice había decidido desafiar todas las normas del decoro.

Al igual que ese día, Nathaniel se las había ingeniado para que alguien dentro de la casa le dejara una nota debajo de la habitación. Al principio, Alice creyó que él había perdido el juicio.

Solo habían bailado unas cuantas veces y conversado en contadas ocasiones. ¿Con qué derecho se atrevía a pedirle verse a solas y en la noche? No obstante, ella asistió a la cita. Y lo hizo porque, aunque lo conocía poco, la hacía sentir como nadie lo había hecho.

Esa noche había hablado, reído, y él le había robado un corto beso.

Esa noche se había enamorado de él, a pesar de que su situación económica era bastante inconveniente.

Después, las citas secretas se volvieron una constante, que serían en el futuro sus mejores recuerdos.

El recuerdo de que no estaba vacía.

—Tú estabas muy nerviosa —continuó él con una sonrisa—. Estuviste como cinco minutos dándome un discurso sobre normas del decoro y moralidad.

Alice no quiso sonreír. No quería sumergirse en el pasado.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó, de pronto muy agotada.

—Fue aquí donde nos dimos cuenta de que éramos el uno para el otro, Alice. Aún lo somos. Solo tienes que tomar un riesgo más y huir conmigo a Gretna Green.

Alice se tensó.

—No puedo hacer eso —dijo con horror.

Sería un escándalo imperdonable.

—Claro que sí —insistió él con firmeza—. Te lo digo, Alice, tengo suficiente dinero para mantenernos bien a ambos, y a tu madre también, si tu padre llega a faltar. Solo tienes que tomar la decisión.

Hablaba como si tuviera que decantarse por un vestido de uno u otro color en lugar de una vida respetable y otra escandalosa.

—Estoy comprometida con un duque, Nathaniel. Si lo humillo de esa manera, nos destruirá.

Nathaniel bufó.

—Esos malditos aristócratas. Algún día caerán. En Francia lo intentaron, y lo volverán a hacer. Inglaterra será la siguiente, ya verás.

Alice lo miró con confusión.

—Tienes familia aristócrata, Nathaniel.

—¿Y qué? Nunca me ha traído ningún beneficio. La aristocracia es injusta. Solo el mayor se queda con todo y los otros tienen que vivir de la caridad de este. Mi padre solo recibió miserias de su hermano y eso fue lo que nos llevó a la ruina.

Alice no respondió. Sabía la historia de la familia de Nathaniel por rumores y detalles que él mismo le había contado. Su padre había sido el tercer hijo de un conde. Como correspondía a los de su clase, vivía de fondos precarios suministrados por el hermano mayor, que no cubrían la vida de lujo que le gustaba. Fue entonces cuando cayó en deudas que se llevaron su vida —y se rumoreaba que también la de su hija—, y a Nathaniel solo le quedó un apellido manchado y una sociedad que le daba la espalda.

Era triste, no lo negaba. Y entendía su rencor. Pero pensaba que lo que sugería era un tanto extremo. La violencia nunca solucionaba nada.

—Nat…

Su tono dulce, suave y consolador logró borrar la ira de su rostro. Se acercó de nuevo a ella, esperanzado.

—¿Aceptas, mi sol? ¿Huirás conmigo?

Alice estuvo a punto de decir que sí, tentada por la súplica en su voz y la esperanza en sus ojos.

Él se había marchado para ser digno de ella, y había regresado para recuperarla. ¿Cómo podía decirle que no?

Quería, de verdad quería hacerlo. Pero, aunque el amor era fuerte, el deber lo era más.

Ella podría asumir el repudio social, pero no le parecía justo que su familia pereciera por sus decisiones. Su padre, con su manera filosófica de ver la vida, podría soportarlo. Le diría que lo importante era su felicidad y que tenía su bendición. Sin embargo, tendría suerte si su madre no se infartaba.

Además, aunque el duque era un caballero de maneras tranquilas, existía la posibilidad de que tomara represalias por la humillación. En el mejor de los casos, pediría un duelo que finalizaría a la primera herida; en el peor; los destruiría hasta dejarlos en la ruina. Nathaniel podía tener dinero, pero este era polvo comparado

con el poder de alguien que no solo lo tenía de sobra, sino que poseía contactos.

Ella podría aceptar y sentirse dichosa los primeros días, pero se conocía lo suficiente para saber que no soportaría la culpa de ser la causante de la ruina de su familia.

—No —dijo con voz ahogada—. No puedo.

Él dio un paso hacia adelante y ella retrocedió dos.

—Sé que debes pensar que soy la peor persona del mundo —continuó ella—. Fuiste a buscar dinero por mí, y ahora que regresaste, me encuentras comprometida con otro. Tienes más derecho a odiarme que a amarme. Y eso es lo que deberías hacer, porque el amor no nos llevará a nada.

—Alice…

Ella retrocedió otro paso.

—Lo lamento —dijo. Las lágrimas rodaban por sus mejillas—. De verdad. Pero no puedo. Yo… tengo un deber, y debo cumplir con él. No vuelvas a buscarme. Haz tu vida y consigue a una joven buena para formar una familia.

No esperó respuesta. Con cada palabra, su corazón se rompía un poco más, así que se volteó y echó a correr al interior de la casa, como si estuviera alejándose del monstruo de sus pesadillas en lugar del hombre de sus sueños.

Pero los sueños solo existían en la imaginación. En cambio, el deber era real, y pesaba de tal manera que era difícil olvidarlo.

Corrió hasta que el sonido de la puerta de su habitación cerrarse le permitió detenerse. Se dejó caer al suelo, haciéndose un ovillo y sintiéndose miserable.

Quizás debió haberlo esperado un poco más.

Pero ese quizás ya no existía, y le tocaba vivir con el peso de su decisión, que en ese momento se sentía mucho peor que antes, porque cuando Nathaniel no había regresado, Alice no tenía otras opciones. Sin embargo, al volver y ofrecerle huir con él, ella tuvo la posibilidad de elegir.

Y había elegido hacer lo que se esperaba de ella.

Había elegido dejar atrás lo que de verdad deseaba.

Había elegido volver a ponerse la máscara, esta vez, para siempre.

Capítulo 5

Había regresado.

Supuso que la paz que le proporcionaba no verlo no podía durar para siempre.

Oliver apuró el trago y estuvo tentado de servirse otro. No quería hacerlo, el alcohol le fastidiaba, pero le estaba costando deshacerse de la tensión en su cuerpo y los recuerdos desagradables.

—¿Seguimos en White's? Pensé que a estas alturas te habrías cambiado a Brooks's —dijo Jack entrando en uno de los salones privados del club, donde Oliver lo esperaba sentado en una cómoda butaca.

—Los trámites de entrada me dan pereza.

—Como si te fueran a rechazar en algún lado —se burló Jack sentándose frente a él—. Deduzco que no me has mandado a llamar porque aprecies mi amistad o porque hayas considerado mi propuesta, ¿verdad?

—Aprecio tu amistad —dijo Oliver con una indiferencia que lo contradecía—, pero también necesito un favor.

Jack arqueó una ceja.

—Necesito contactar con ciertas personas, ya sabes, los «curiosos».

Él asintió, comprendiendo el lenguaje que habían usado por años.

—¿Alguna razón en particular?

—Debes suponerla.

Jack volvió a asentir. Tomó la botella que estaba sobre la mesa y la observó.

—No es lo suficientemente fuerte —observó mientras se servía una copa.

—No quiero terminar embotado.

Jack bebió de su trago.

—Escuché los rumores hoy —comentó—. Ni siquiera sabía que se había marchado.

—Lo extraño no es su marcha, sino su regreso.

—Su «gran» regreso —concordó Jack.

Oliver hizo una mueca. Una de las razones por las que había ido al club era para saber qué se decía al respecto. Aunque Nathaniel Calloway no era miembro, algunos de su familia sí lo eran, y su primo, el futuro vizconde Ahsbourne, había estado particularmente hablador esa noche, comentando a todos que el que antes había sido un joven desafortunado había logrado recaudar una gran fortuna debido a unos negocios que no explicó con detalle, quizás porque él tampoco lo sabía. Esa información solo acentuó el sabor amargo en la boca de Oliver, ese que siempre sentía cuando presentía que algo no iba bien.

—Veré quién puede ayudarte —continuó su amigo—. Aunque me genera curiosidad por qué tu interés en él, cuando has dejado claro que no quieres volver a saber nada de ese asunto.

—Su familia tiene una deuda conmigo y lo sabes.

Apretó el vaso que tenía en la mano antes de vaciar su contenido. Recuerdos desagradables regresaron a él, reviviendo la ira que había luchado por enterrar. Jack lo observó con pesar.

—Ya la habías cobrado —acotó su amigo.

—Perdoné a Nathaniel por su desconocimiento. Pero si no es así…

Dejó la frase en el aire, pero Jack la entendió. Oliver supuso que no era difícil leer el rencor en sus ojos, la sed de venganza por una afrenta dolorosa.

Aunque el derramamiento de sangre no se la fuera a devolver.

—Te contactaré en cuanto tenga la información —dijo Jack, resignado. Sabía que, si él no lo ayudaba, Oliver conseguiría la manera—, pero si quieres mi consejo: déjalo ir. Tú mismo lo dijiste, pronto serás un hombre de familia, ¿o te has olvidado de tu prometida?

No, no lo había hecho. Sobre todo, considerando el extraño suceso de la noche anterior.

Cuando regresó con la limonada, no supo qué lo sorprendió más, si ver a Nathaniel, o ver a Alice hablando con él y desmayarse segundos después.

A esas alturas de su vida, Oliver reconocía un desvanecimiento falso, y sabía que el de ella había sido real, lo cual hacía todo aún más extraño, porque Alice tenía la clase de carácter templado que la hacía poco propensa a ese tipo de incidentes.

Ella había dicho que no había comido bien, pero la mentira fue tan falsa como su intento de mantener la compostura mientras intentaba sacarle información sobre el caballero que la había sostenido.

Alice lo conocía más de lo que quería admitir. Y si no estuvieran hablando de Nathaniel, quizás no le tomaría tanta importancia.

¿A quién engañaba? Igual le tomaría importancia, solo por saber qué había hecho desvanecerse a una dama con el temple de acero.

Como no respondió, Jack suspiró. Oliver sabía que quería decirle muchas cosas, pero la prudencia característica del oficio sobrepasaba la confianza que se tenían.

—¿Qué esperas encontrar exactamente? —le preguntó.

Oliver se encogió de hombros.

—Lo sabré en cuanto tenga la información.

Y no dijeron más. Se acabaron la botella como viejos amigos que brindaban por la felicidad de una vida aristocrática y no para aliviar la tensión de la muerte que cargaban a sus espaldas.

La noche siguiente, Oliver se alistó para ir a otra fiesta.

No quería hacerlo, pero tenía una imagen que mantener, como todos.

Como diría Alice: lo importante no era que algo fuera perfecto, sino que otros creyeran que lo era.

Le pareció curioso estar recordando una frase de ella.

Aunque desde un principio supo que su reputación la haría la esposa ideal, nunca había pensado demasiado en ella más que para

decidir con cuál conversación banal rellenaría los silencios, y era porque nada de Alice le había llamado la atención.

Hasta esa pequeña conversación.

Y hasta hacía dos noches, cuando se había desmayado en los brazos de un hombre que prefería no volver a ver.

Su relación con él era algo que pretendía descubrir durante esa velada.

Encontró a la dama en un rincón, hablando con otras señoritas de su misma edad. A simple vista, parecía la misma Alice de siempre, calmada, pasiva y buena conversadora, pero Oliver había aprendido a leer mucho los gestos representativos de la naturaleza humana, y ella estaba tensa, aunque lo disimulaba muy bien.

Caminó hasta el grupo de jóvenes que hicieron una elegante reverencia, pero a ninguna le salió con tanta elegancia como a Alice. Era una joven dotada en perfección.

—Oh, su excelencia, qué elegante está esa noche —comentó parpadeando con demasiada rapidez para ser natural.

—Qué dices, Mary, su excelencia siempre está elegante —dijo otra sonriendo tan ampliamente que las comisuras se le tensaban.

En su mundo, un hombre no estaba realmente prohibido hasta que había pronunciado los votos frente al altar.

Observó a Alice, que les dirigió a las damas una breve mirada de fastidio antes de centrarse en él.

—Su excelencia —dijo a modo de saludo—. Siempre es un gusto verlo.

Una de las cosas que le había gustado de ella era su manera de adular. No era exagerada, no evidenciaba desespero, ni siquiera podría considerarse que eran halagos sinceros. Su tono siempre era firme, respetuoso y calmado. Oliver no hubiese soportado estar toda su vida al lado de alguien que no podía ir más allá de lo obvio.

Alice era aburrida, pero él sabía que tenía clara su estrategia, y eso decía mucho de ella.

Le tendió la mano.

—¿Le gustaría sentarse a mi lado en la cena?

—Será un honor.

Se unieron a la fila de personas que se encaminaba al gran comedor. Era la primera vez que comerían juntos como prometidos.

—Espero que su salud esté mejor.

—Sin duda. Solo me hacía falta descanso.

Pero las leves ojeras en sus ojos evidenciaban que no había tenido demasiado del mismo.

—Fue una suerte que el señor Calloway la sostuviera, pudo haberse dado un fuerte golpe.

Ella se aprovechó de que habían llegado a la mesa para no responder. Oliver observaba cada gesto con cuidado. Estaba tensa, y un poco nerviosa. Lo supo porque la forma en que se sentó era torpe en comparación a su manera regular de andar.

—¿De dónde dijo que lo conocía? —preguntó Oliver tomando asiento a su lado.

Había formas más discretas de sacar información, pero dudaba que en ese caso fuera necesario invertir esfuerzo en considerarlas. La pregunta pasaba por simple curiosidad.

—Oh, no lo recuerdo. Posiblemente fue uno de los caballeros que me presentaron la temporada pasada.

Mantenía la compostura con firmeza, pero no era buena haciendo mentiras elaboradas. Claro que lo recordaba, lo suficientemente bien para ponerse nerviosa.

—Yo lo conocí hace muchos años —dijo el duque sin evitar colar la amargura en su voz—. Me parece curioso lo rápido que mejoró su estatus económico en el último año.

—Solo es cuestión de tener un propósito —murmuró ella con voz ausente—. Oh, la entrada es caldo de gallina. No me gusta mucho la gallina, ¿y a usted?

Él decidió no continuar la conversación. Hacerlo sería forzoso, y no quería que ella sospechara. Continuaron la cena hablando del clima, la comida y otras cosas sin importancia. Él intentó sacar el tema de la boda, pero ella lo desvió hábilmente, como si no quisiera recordarlo esa noche.

Curioso, muy curioso.

Después de la cena, inició el baile. Bailaron la primera pieza, un baile campestre de mucho movimiento, y ella le reservó otra para

el final de la noche. Oliver la estaba dejando en una esquina del salón cuando lo vio.

Ni siquiera fue discreto. Se acercó a ellos con la cabeza en alto y la mirada decidida. Él aún sostenía el brazo de Alice, y por eso pudo notar que se tensaba.

—Excelencia, señorita Callen —saludó con educación, aunque a Oliver le dedicó poco más que una mirada de reojo. Lo ignoraba como pocos se atrevían—. Me preguntaba, señorita Callen, si desea bailar conmigo la próxima pieza.

La respiración de ella sufrió un pequeño cambio. De pronto, era más rápida.

—Temo que se lo he prometido a su excelencia —respondió con voz monótona.

Le sorprendió la mentira.

Interesante, muy interesante.

—No quisiera que pensaran que la estoy acaparando.

—Es usted mi prometido, su excelencia —respondió ella con voz firme—. Tiene derecho a acapararme.

Mencionó su compromiso como si intentara recordárselo a sí misma.

—Me complace que le sea grata mi compañía, la de usted también me es agradable, y por eso no puedo ser tan egoísta para no compartirla. Baile con el señor Calloway. Nos volveremos a encontrar en un rato.

Besó su mano y se separó para darles espacio. Buscó un lugar en el salón donde no lo molestaran, pero pudiera verlos en la pista. Necesitaba saber cómo se comportaban juntos. Qué tan desconocidos eran en realidad.

El baile comenzó. Alice no parecía cómoda.

Al principio, no hablaron. Él fue quien inició la conversación, y entonces ella respondió. Los movimientos de él eran calculados y elegantes. Los de ella, tensos y nerviosos, algo raro para una dama que no se permitía ser imperfecta.

—¿Tú también ocultas secretos, Alice? —se preguntó en voz baja.

Sería una gran ironía. Sobre todo si esos secretos estaban relacionados con Nathaniel Calloway.

Se llevó una gran sorpresa cuando, con disimulo, se alejaron de la pista en los últimos compases del baile. Él caminó con decisión hacia fuera del salón, mientras ella se quedó unos segundos de pie, con la mirada perdida y la cara llena de indecisión. Poco a poco, fue siguiendo su dirección, mirando a todos lados como un conejillo a punto de ser comido.

Si no lo estuviera viendo, le hubiera costado creerlo: Alice Calle estaba rompiendo las reglas de sociedad, y una de las más importantes.

Ella siguió su andadura, cerciorándose de que nadie la viera. Cuando ella desapareció por el mismo camino que Nathaniel, él la siguió.

Eso se estaba poniendo interesante.

Muy interesante.

No le fue difícil localizarlos. Para ser una cita clandestina habían tomado muy pocas precauciones. Dejar la puerta abierta ya era un error muy grande, aunque quizás Alice se sentía más segura así. Aún no sabía cuál era la relación entre esos dos.

El lugar de encuentro era un salón privado, con grandes ventanales que iluminaba tenuemente la estancia. Oliver se acercó con cautela a la rendija y lo detalló. En la pared, al lado de la puerta, a su derecha, había un sofá, en la paralela a esa, dos sillones, y en el centro de la estancia un gran piano que quedaba frente a la ventana. Era un salón de música. A su izquierda, la esquina estaba poco iluminada y era por un biombo que estaba puesto ahí para ocultar de la vista un arpa con una cuerda rota y el arco de un violín que alguien había partido a la mitad.

—Creo que fui muy clara en nuestra última conversación, Nathaniel —dijo Alice con voz temblorosa.

Mientras se acercaba para observar las bisagras, Oliver tomó nota de que ella lo llamaba por su nombre.

Interesante.

—Quiero pensar que la conmoción no te dejó pensar bien —dijo este con voz tranquila.

Oliver tocó las bisagras y las olfateó. No estaba seguro de cuándo había sido la última vez que las habían aceitado, pero no parecía haber pasado mucho tiempo.

—Te aseguro que tomé la decisión con la mayor sensatez.

Mientras ella hablaba, probó a empujar la puerta ligeramente. No sonó.

—Pero no con tu corazón.

«Qué romántico» pensó con burla mientras empujaba un poco más la puerta. Ninguno de los dos se dio cuenta de cuando logró deslizarse hasta quedar oculto por el biombo. Desde ahí, la visión de ambos era más limitada, pero escuchaba mejor y no se vería en la penosa necesidad de dar explicaciones si alguien lo atrapaba en el pasillo. Empujó la puerta hasta dejarla lo más cerrada posible. No necesitaban curiosos.

—¿Qué importan a estas alturas los sentimientos? —replicó ella con resquemor.

Oliver conocía esa sensación, la de guardarle rencor a la vida.

«¿Qué te ha hecho el destino, Alice?».

O, mejor dicho: ¿Qué había hecho ella para terminar despreciando su presente? Porque, al final, todo era consecuencia de decisiones mal tomadas.

—Todo lo que tú quieras que importen. ¿Me has dejado de amar, Alice?

Ah, el amor. Ya había considerado esa posibilidad. El dichoso sentimiento era una de las pocas razones por las que una dama como ella cometería una imprudencia como esa.

En general, el amor solo hacía que todos se volvieran más tontos.

Él lo sabía.

Ella no respondió. Una respuesta muy clara para Oliver.

—¿Has olvidado las horas que pasamos conversando bajo el árbol? ¿Cómo nos reíamos? ¿Te ríes así con él, Alice? ¿Le has confesado tus mayores miedos? ¿Le has dicho que en realidad odias tocar el piano? ¿Te deja opinar o solo dicen lo que crees que quiere escuchar?

—Basta —gritó con voz ahogada.

Mientras, Oliver sintió una pequeña punzada de culpa que apartó con su cinismo habitual. No tenía por qué sentirse mal por no conocerla mejor. Ambos habían decidido, por el bien común, basar su relación en las apariencias, porque era de estas que vivirían el resto de sus vidas.

—Alice… —Oliver se asomó por el borde del biombo y observó la forma en que la abrazaba. Ella no lo rechazó; al contrario, se aferraba a él como una niña perdida—. Alice, déjalo y huye conmigo. Yo cuidaré de ti.

Oliver apretó los puños. ¿Cuidar de ella? Si no había podido cuidar de su propia hermana.

—No puedo hacerle eso —murmuró ella, apartándose a pura fuerza de voluntad.

—Si temes sus represalias…

Sí, lo cierto es que enemistarse con un duque no era una buena idea.

—No es solo eso. Es un buen hombre. Le he dado mi palabra y no puedo humillarlo así.

Oliver se ajustó la corbata, de pronto sintiendo en la garganta un leve nudo que le costaba tragar. Había pocas cosas que apreciaba de una persona, pero mantenerse fiel a la palabra era una de ellas. Siempre se esperaba de un caballero, pero era loable en una dama.

—Buen hombre —bufó Nathaniel con desdén.

«Como si tuviera derecho a mofarse», pensó Oliver con resquemor.

—¿Conoces su pasado?

Oliver se tensó. No se atrevería…

—¿Te refieres a su juventud disoluta? —preguntó ella con desinterés—. Todos lo conocen, pero se regeneró y ahora es un caballero intachable.

Nathaniel soltó una carcajada amarga.

—Solo es la forma de expiar sus pecados más oscuros.

—¿De qué estás hablando?

Oliver apretó los puños para drenar un poco su furia y el impulso de salir y enfrentarlo.

—Él no es un buen hombre, Alice. Todo lo que conoces de él es una farsa. Si te casas, estarás condenada a la infelicidad. Estoy seguro de que ni siquiera te gusta.

—Es todo lo que una dama podría desear —musitó sin mucha seguridad.

—Esa no fue la pregunta. ¿Qué te gusta de él, Alice? ¿Su dinero, su posición? Me atrevería a decir que es algo que le gusta más a tu madre que a ti. ¿De verdad te imaginas toda la vida a su lado?

—No —sollozó ella. Era la primera vez que Oliver la escuchaba llorar—. Me lo imagino y siento que estoy en una pesadilla. Sí, es un caballero, pero me parece aburrido, poco sensible y algo pretencioso. No podré hablar con él como hablo contigo, no podré reír con libertad y seguramente tendré que seguir tocando el maldito piano, pero aun así estamos comprometidos y no voy a romper mi palabra.

La forma en que habló de él fue un pequeño golpe a su ego, pero no podía culparla, porque era casi lo mismo que lo que pensaba él de ella. No se habían molestado en mostrarse como en verdad eran.

Nathaniel volvió a atraerla hacia él. Sus cabezas se acercaron de manera indecorosa.

—¿De verdad vas a sacrificar todo esto por un hombre que no lo merece? ¿Has olvidado lo bien que se siente cuando estamos juntos?

Entonces, la besó. Y ella se dejó.

Oliver intentó no sentirse demasiado ofendido. Era su prometida, sí, pero no había hecho nada para ganarse su lealtad, y era evidente que la joven estaba enamorada de Nathaniel.

O creía estarlo.

Oliver lo veía más como que estaba enamorada de una ilusión. Lo había visto demasiadas veces para identificarlo. Era una pequeña paloma en una jaula que quería ser libre, y le ofrecía su agradecimiento a cualquiera que le prometiera su anhelado deseo.

Ella no podía amarlo porque no sabía quién era en realidad Nathaniel Calloway.

El beso terminó. Ella dio unos pasos hacia atrás. Esa faceta de Alice, vulnerable, confundida, le recordó que no sabía nada de ella.

Y de pronto, empezó a preguntarse si eso no sería un error. Había pasado el cortejo creyendo que todo estaba bien, que ella era solo una dama a la que se le daba bien ser perfecta. De no estar siendo testigo de esa conversación, jamás hubiera imaginado esa situación. Había intentado enterrar durante años sus propios sentimientos que se había olvidado de que los demás también los tenían.

—Yo… podría hablar con el duque. Quizás si le explico, acceda a romper el compromiso. Sería mejor para nosotros. Esperaríamos unos meses, y nos casaríamos fingiendo que me cortejaste después de la ruptura. Además, creo que al menos merece una explicación.

Su tono de niña perdida le causó ternura. Era extraño encontrarse casos como ella. Normalmente, la naturaleza egoísta del ser humano lo hacía actuar sin mirar a los otros. Ella quería estar con Nathaniel, pero todavía quería hacer lo correcto.

Se acababa de ganar su admiración y, solo por eso, decidió que intentaría que no se fuera con Nathaniel. Su vida sería un infierno a su lado, sobre todo si lo que Oliver sospechaba era verdad.

Nathaniel bufó.

—A ese hombre solo le importa su propio bienestar.

Oliver respiró hondo. Sabía por qué lo decía, pero consideraba que era el menos adecuado para hacer una acusación de esas.

—Pareces conocerlo bien. ¿Hay alguna rencilla entre ustedes?

Era una joven lista. Observó con curiosidad a Nathaniel. ¿Qué clase de mentiras diría?

—Yo… digamos que sí. Pero no sé si es un buen momento para hablar de ello. Al menos prométeme que lo vas a pensar, Alice. Y que no intentarás conciliar con él. Será una pérdida de tiempo.

Ella no respondió. Si Oliver juzgaba bien su silencio, no era una negativa a pensarlo, pero tampoco la promesa de que haría lo que Nathaniel le pedía. Al parecer, confiaba lo suficiente en Oliver para creer que sería sensato.

Dulce, sin duda. Porque ni siquiera Oliver confiaba así en sí mismo.

Derrotado, Nathaniel caminó hacia la puerta. Oliver dejó que las sombras lo ocultaran mientras el hombre salía. Cuando lo hizo, volvió a echar un vistazo a la estancia. Alice estaba de pie, con la mirada perdida en la luz de la ventana.

Era una pequeña alma que tenía que tomar una decisión importante: ¿amor o deber? ¿Ser egoísta o ser responsable?

Él sabía que no era una decisión fácil.

Con lentitud, salió de su escondite.

—No creo que la luna tenga las respuestas a tu dilema, pequeña.

Ella se sobresaltó, y con razón, al escuchar su voz. Su mirada mostraba tanto horror que temió que se volviera a desmayar.

Esperaba que no, porque les esperaba una larga conversación por delante.

Capítulo 6

Alice había requerido mucha fuerza de voluntad para alistarse esa noche, asistir a la velada y sonreír como si la noche anterior no hubiera decidido renunciar al amor de su vida.

Había utilizado todas sus energías para no ceder a los nervios cuando Nathaniel insistió en bailar con ella y el duque se la entregó sin reparo, y no supo cómo no colapsó cuando él le pidió que se vieran a solas.

Tampoco estaba segura de cómo había soportado de nuevo esa conversación, si se podía decir que la había tolerado, pues había salido de ahí con serias dudas sobre la manera correcta de actuar.

Sin embargo, veía difícil aguantar el hecho de que el duque parecía haber escuchado su conversación y la estaba enfrentando.

Estaba perdida.

—Me ha dado un susto de muerte —recriminó, porque a falta de algo mejor que decir, prefería algo que la ayudara a tantear el terreno respecto al humor del caballero.

—Sí, es algo que se debería considerar en las citas clandestinas —respondió con tranquilidad mientras tomaba asiento en uno de los sillones—. Hay que estar muy alerta de que nadie te haya seguido.

Alice lo observó con cautela, controlando el impulso de entrar en pánico. No parecía enfadado, pero sin duda, no era el caballero amable y agradable que le había cedido a Nathaniel la oportunidad de bailar con ella. Su mirada había cambiado. Se había vuelto más fría, calculadora. No era el duque anodino que nunca tenía nada que contar, sino un hombre que había vivido mucho más de lo que quería decir.

Alguien que se había cansado de fingir y no pensaba aceptar más mentiras.

Alice intentó regular respiración mientras pensaba en la mejor manera de proceder. Inventar una excusa estaba descartado, no había nada que pudiera justificar su estadía a solas con Nathaniel. A menos que…

—¿Cuánto escuchó?

Él curvó los labios, como si detectara y apreciara su táctica de evaluar el daño antes de hacer un movimiento.

—Deduzco que casi toda su acalorada y romántica conversación.

Alice se estremeció ante su cinismo. No, ese no era el duque que la había estado cortejando.

De pronto, recordó las palabras de Nathaniel, asegurando que su fachada de perfección buscaba encubrir otros pecados. Alice no le había tomado demasiada importancia, incapaz de pensar que el hombre con el que se casaría era más que un aburrido aristócrata que se había cansado de la vida disoluta y había decidido rectificar camino, como se esperaba de él. No obstante, en ese momento, empezaba a creer que había algo más.

Sus ojos estaban llenos de oscuridad, una que, en opinión de Alice, solo se adquiría de tres maneras: tras haber pasado muchos tormentos, tras haber cometido muchos errores, o simplemente al ser malo por naturaleza.

—Su-supongo que le debo una explicación —tartamudeó.

No tenía fuerzas para fingir estoicismo y seguridad en sí misma. El hombre que amaba la tentaba a buscar su felicidad, mientras que el caballero con el que tenía un compromiso había escuchado cómo dudaba de abandonarlo. Demasiado había que agradecerle a su temple que no se desmayó de nuevo.

—Sería grato escucharlo.

La calma en su voz solo la ponía más nerviosa. Era como una navaja que no la estaba hiriendo, pero que se encontraba lo suficientemente cerca para que pudiera sentir su filo.

No pensó mucho en sus palabras. Era consciente de que solo había una salida y esa era la verdad. A lo mejor, el hecho de que el duque la escuchara era parte del destino para ayudarla a tomar una decisión.

—Conocí a Nathaniel la temporada pasada y me enamoré de él —dijo con firmeza. Hasta cierto punto, era liberador decir la verdad, no fingir, no inventar, y que pasara lo que tuviera que pasar —. Me enamoré de él. Quería casarme con él, pero mi madre no lo

aprobaba porque no tenía dinero. Estoy segura de que mi padre le hubiera dado la mano si yo se lo hubiese pedido, pero Nathaniel creyó que merecía más, y me prometió que conseguiría dinero para que mi familia se sintiera segura. Me aseguró que regresaría a principios de temporada.

—Entonces su reticencia al principio de mi cortejo no fue para generar interés, solo estaba ganando tiempo —comentó él, no con rencor, sino como si analizara un dato muy interesante.

Alice asintió. A principio de temporada, ella solo estaba esperando que Nathaniel regresara.

—Pero él no volvió cuando te lo prometió —continuó el duque.

—No. Pasados dos meses, asumí que no regresaría. Acepté su cortejo y su propuesta porque si no lo hubiera hecho mi madre no me hubiera vuelto a hablar, y socialmente me habría dejado muy mal.

Rechazar el interés de un duque en convertirla en su esposa habría sido terrible sin otra perspectiva segura de matrimonio. Las personas la creerían demasiado presuntuosa, pues ¿qué mejor partido se podría conseguir que un hombre joven, rico y con el título más alto de la nobleza? Si lo pensaba bien, su destino estuvo sellado desde que ese caballero se fijó en ella.

—No puedo darme el lujo de no casarme —continuó ella, su voz cargada con el peso que había tenido que soportar todo ese tiempo—. Como bien sabe, mi padre no tiene herederos, y eso solo significa una cosa.

Él asintió, entendiendo. Se levantó con lentitud y caminó hasta ella con calma. Su semblante se había ablandado un poco. Se detuvo lo suficientemente cerca para escuchar su respiración

—Asumo que después de esto no querrá seguir adelante con el compromiso, y lo entiendo. Solo puedo rogarle porque no mencione las verdaderas razones de la ruptura.

Si él rompiera el compromiso, pocos lo cuestionarían. La sociedad estaría demasiado feliz por tener de regreso a tan buen partido que romper su palabra sería poco relevante. A ella nadie se le acercaría por una temporada, hasta que, pasado un tiempo

oportuno, Nathaniel pudiera fingir cortejarla. No era lo suficientemente importante para que su compromiso causara desagrado. A lo mucho, todos dirían que tuvo suerte de que alguien la volviera a ver.

—Pues asumes mal.

Ella abrió los ojos con sorpresa ante su calmada respuesta. ¿Quería seguir con el compromiso después de lo que había escuchado? Incluso besó a Nathaniel frente a él. Si su madre estuviera ahí, le gritaría que agradeciera la benevolencia del duque. Sin embargo, Alice solo podía sentir esa sensación de que alguien le estaba apretujando el corazón. Si el duque no la dejaba libre…

—Aunque suene paradójico, tú y yo nunca nos mentimos —continuó y empezó a caminar con parsimonia hacia el gran ventanal —. Sí, yo conocí la versión de ti que querías que conociera y tú conociste la que yo quería mostrar, todo por conveniencia, pero somos lo suficientemente inteligentes para saber que era solo un teatro, ¿o no? —Alice no respondió porque era verdad—. Siempre supe que tú no me amabas, así como tú sabías que yo no te amaba. Lo nuestro era conveniencia. Yo les daría seguridad a ti y a tu madre si tu padre faltara y tú serías la esposa que necesitaba. No lo dijimos, pero lo sabíamos. Así que no me duele que estés enamorado de otro, ni siquiera que lo hayas besado frente a mí.

Alice estaba demasiado conmocionada para sentir vergüenza por la última acotación.

Él, de verdad, no iba a romper el compromiso.

Y ella quería que lo rompiera, porque, aunque había intentado negarlo, quería casarse con Nathaniel, y ahora que no había nada que ocultar, que sabía que no desataría su ira, su corazón le pedía que obtuviera su libertad.

Dio dos pasos hacia él.

—Por favor, milord —suplicó.

Su voz ahogada. Alice nunca se había atrevido a cuestionar lo que debía hacer o las decisiones que otros tomaban por ella, pero estaba cansada.

Muy cansada.

¿Por qué ella no merecía ser feliz?

Se sentía capaz de llorar y suplicar porque él rompiera ese compromiso. Si no, tendría que huir. Y no sabía si podría aceptar las consecuencias de esa decisión.

Él suspiró y se recostó en la ventana.

—No te voy a obligar a continuar con el compromiso si no lo deseas —dijo con calma—. Tampoco dejaré mal tu nombre. Eres libre de irte con él si quieres, pero me gustaría que analizases si es la mejor decisión que puedes tomar.

Alice sintió que la esperanza revivía. Era tan fuerte la ilusión que no estaba pensando con objetividad.

—Yo lo amo —respondió como una tonta.

Porque era consciente de que al duque le debía parecer una respuesta tonta. Incluso escucharse decírselo a sí misma era raro, habiendo pasado tanto tiempo en el papel de dama con sentimientos controlados.

—Ah, el amor, no hay peor motivador para tomar una decisión.

Caminó hasta quedar frente a ella. Con una dulzura inesperada, limpió la lágrima que le había rodado por la mejilla.

—Sé lo que se siente enamorarse por primera vez. Todo es alegría, dicha y la promesa de que, pase lo que pase, todo saldrá bien. Pero no siempre es así, querida Alice. No siempre sale bien.

Apenas se percató de que él había dejado atrás las formalidades. Su tono serio y sombrío la sacó un poco de su mundo desesperado y la trajo a la realidad.

—Dime algo, ¿lo conoces realmente o solo lo que la ilusión te ha dejado ver?

Ella parpadeó, confundida.

—Claro que lo conozco.

—¿Ah sí? Si te pido que me digas un defecto, ¿podrás hacerlo?

Alice no estaba segura de a dónde iba esa conversación. Pensó en una respuesta, pero no era capaz de ver defectos en Nathaniel. Él había hecho mucho por ella.

—Lo imaginé —se vanaglorió el duque.

Ella apretó los labios. No replicó porque el resquicio de objetividad que le quedaba la instaba a ser prudente. Él tenía el mando del juego, y ella estaba buscando su favor.

—Quizás te disguste esta conversación, pero ya que él se ha atrevido a cuestionar mi buena conducta, puedo hacer lo mismo, ¿no crees? Me atrevería a decir que yo sí tengo bases para afirmar que el señor Calloway no es una buena persona.

Así que la enemistad era recíproca. No pudo negar que sintió curiosidad. Entendía que Nathaniel podía caerle mal el duque porque tenía ciertos resentimientos a los afortunados que heredaban fortuna y títulos sin esforzarse. Sin embargo, no veía qué podía haberle hecho alguien como Nathaniel al duque.

—¿Cuáles razones? —preguntó sin poder evitarlo, con la fe de que él sí le respondiera.

No obstante, él dudó. Dio unos pasos hacia atrás, meditando sus palabras.

—¿Sabes cómo murió su padre?

—Un accidente de coche, al igual que su hermana —contestó, confundida.

Él se tensó.

—No fue un accidente. Al menos el de su padre. Era un traidor de la corona. Estaba a favor de una revolución, y el monarca tuvo que deshacerse discretamente de él.

Alice jadeó, incapaz de creerlo. Aunque conversaba de política de vez en cuando con su padre, no era un tema en el que tuviera amplios conocimientos, y, por lo tanto, no se involucraba demasiado. No obstante, todos sabían lo que significaba ser un traidor.

—¿Cómo sabe eso? ¿Por qué todos creen que fue un accidente?

—Hay información que solo llega a ciertas personas —respondió con lentitud, como si estuviera cuidando mucho sus palabras—. Y todos creen que fue un accidente porque a la Corona no le convenía que la gente supiera que había rebeldes en la aristocracia.

Un traidor.

El papá de Nathaniel era un traidor. Ser un traidor era peor que ser un asesino.

—No puede juzgar a Nathaniel por los pecados de su padre —respondió al fin.

Él bufó.

—Puedo, porque sé de buena fuente que tu querido Romeo sabía en qué estaba involucrado su progenitor, y solo fingía que no para disfrutar de los beneficios.

Alice dio un paso hacia atrás, impactada por la noticia.

No.

El Nathaniel que ella conocía no hubiera apoyado eso. Era justo, honorable.

El duque tenía que estar mintiéndole para que ella no siguiera insistiendo en romper el compromiso, después de todo, aunque no se amaran, quizás le dolía en el orgullo.

—No —dijo con firmeza—. No es verdad.

—La ambición es natural en los hijos segundos —continuó él como si no la hubiera escuchado—. El padre del señor Calloway, cansado de recibir las migajas del que había tenido la fortuna de heredar todo, así que buscó dinero por sus propios medios. Y sí, Nathaniel lo sabía. No es tonto, pero le gustaba el dinero tanto como a su padre, así que fingió demencia.

—Si fuera cierto —dijo Alice con lentitud, aún procesando todo—, ¿por qué no… lo hicieron desaparecer también?

—Que muriera toda la familia habría sido demasiado sospechoso —respondió—. El joven señor Calloway sabía la verdad, pero no se involucraba. Por eso se le perdonó la vida.

Alice era incapaz de asimilar sus palabras. Estaba negada.

Nathaniel no.

—Un hombre bueno no encubre esos actos, aunque vengan de su familia —dijo con veneno—. Ni tampoco deja a una dama esperando casi un año por algo tan absurdo. Tú misma lo dijiste: tu padre habría aprobado la boda. Podría haber tomado tu dote, administrarla bien y no les habría faltado más, pero para él no era suficiente. Lleva en sus venas la ambición de su progenitor, se fue a hacer dinero y ahora regresa con una fortuna de origen

cuestionable. Dice que lo hizo por ti, pero lo hizo por sí mismo, Alice. Tal vez te ama, pero no tanto como al dinero, o no te hubiera dejado esperando tanto tiempo sabiendo la presión a la que estabas sometida.

—¡Basta! —gritó al borde del colapso. Las lágrimas empezaron a mojarle las mejillas sin poder evitarlo—. Está mintiendo —lo acusó.

—¿Por qué lo haría? —replicó él dulcemente.

—Para ponerme en su contra, para que no quiera romper el compromiso. Quizás no me ame, pero su orgullo se resiente.

—Un poco, no lo niego. Pero no intentaría destruir un amor por eso. También sé perder. Te cuento todo esto para que tomes una buena decisión.

—¿Y eso por qué le importa?

Él se acercó a ella

—Porque sé lo que es cargar con responsabilidades que no quieres, pero de las que no te puedes liberar. A veces, Alice, el destino está marcado, e intentar evitarlo resulta peor de lo que crees.

Lo dijo con voz ausente, como si lo estuvieran inundando recuerdos desagradables. Al parecer, era un hombre que ocultaba muchos secretos, y si Alice no estuviera tan emocionalmente destrozada, habría sentido curiosidad.

Él le tendió un pañuelo que ella aceptó con reticencia. Se limpió las lágrimas y respiró hondo varias veces, intentando recuperar a la Alice que nunca perdía el control, la que tenía bien sometida sus emociones. De vez en cuando resultaba útil.

Él no la presionó más. Caminó por el salón y se detuvo en el piano, que acarició con el dedo índice.

—¿Por qué no te gusta tocar el piano?

—No quiero hablar de ello.

Era lo último en lo que quería pensar en ese momento.

—¿Y por qué él sí lo sabe?

—No lo entendería.

No pensaba explicarle lo que sentía cuando estaba cerca de Nathaniel. La calidez de su sonrisa que le daba confianza, la ternura

de su mirada que la hacía no sentirse juzgada. Alguien tan frío como él, no podría entenderlo.

—Dime una cosa —susurró cerca de su oído. Alice se sobresaltó porque no lo había escuchado acercarse—. ¿De verdad amas a Nathaniel Calloway, o solo amas la libertad que él te ofrece?

Ella se tensó.

—¿No es eso parte del amor? Que alguien saque lo mejor de ti —respondió dubitativa.

¿Por qué dudaba?

—Una parte, pero no todo, querida, no todo. Porque él te conoce a ti, pero, como ves, tú no lo conoces a él.

—Tampoco lo conozco a usted —replicó con resquemor. En ese momento lo odiaba por hacerla cuestionarse sus sentimientos—. Me está demostrando que está lejos de ser el caballero perfecto que pidió mi mano. Es cínico, perverso y manipulador —lo acusó.

Él sonrió.

—Tienes las mejillas llenas de lágrimas y los ojos hinchados. También estás lejos de ser la dama que mantenía la compostura ante todo. Tú misma lo dijiste, Alice: lo importante no es ser perfecto, sino que los otros crean que lo eres. Así fue como llegamos hasta aquí.

Ella no supo qué responder. Guardaron silencio por lo que pareció una eternidad. Ella era consciente de que el tiempo pasaba, de que debería regresar a la fiesta antes de que su ausencia fuera sospechosa, pero no se sentía capaz de dar un solo paso.

Estaba demasiado conmocionada por todo. En solo unos minutos había pasado de querer conciliar con su prometido para por fin buscar su felicidad, a dudar del hombre que amaba, a enterarse que, dicho prometido, estaba lejos de ser lo que imaginaba y a tener que tomar una decisión con más información de la que le gustaría tener.

Aunque Alice nunca había querido ser una niña tonta, quería ser bendecida en ese momento con el don de la ignorancia. Quería olvidar todo lo que el duque le había dicho de Nathaniel, regresar a la ilusión que estaba sustentada por los recuerdos bajo el árbol afuera de su casa.

Aunque solo fuera eso, una ilusión.

—Tómate un tiempo para pensarlo.

—¿Por qué se quiere casar conmigo sabiendo que amo a otro? —preguntó sin pensar.

Él no pareció ver relevante su pregunta.

—Ya te lo he dicho, elegir el amor no siempre es la decisión más adecuada, y estoy seguro de que tienes la sensatez suficiente para comprenderlo. Además, yo aún necesito una esposa con ciertas características y tengo pereza de iniciar otra búsqueda.

Alice no respondió. ¿Qué podía decir ante tanta frialdad?

—Vamos, pequeña. Limpia esas lágrimas y salgamos de aquí. Aún tenemos una función que representar.

Y Alice lo hizo, porque, a pesar de todo, las responsabilidades eran difíciles de olvidar.

Capítulo 7

Si algo podía decir Oliver a favor de Alice, era que tenía un temple de hierro.

Después de su conversación en la sala de música, se había secado las lágrimas, había erguido la espalda y había actuado como si nada hubiera pasado. Tuvo la inteligencia de decirle a su madre que él la había invitado a tomar aire y por eso habían desaparecido, sabiendo que esta no se lo reprocharía y menos frente a él. En el baile, se movió con destreza y elegancia mecánica. De un minuto a otro, había pasado de ser un manojo de lágrimas a la mujer que había conocido y cortejado.

Casi no hablaron. Supuso que ella tenía demasiadas cosas en las que pensar e inventar una conversación trivial requería un esfuerzo que ya no veía conveniente hacer.

—¿Por qué tengo que creerle? —preguntó al final de su baile.

—Puedes preguntárselo. Si se atreve a negarlo, pautamos un encuentro entre los tres. Me encantaría ver si miente frente a mí.

Ella no dijo nada más. Después de ese baile, le dijo a su madre que estaba agotada y pidieron el carruaje para marcharse. Oliver los acompañó a la entrada.

Se despidieron con los formalismos acostumbrados. Él besó su mano y le deseó una buena noche. Ella inclinó la cabeza y le devolvió la cortesía.

Sus ojos, en cambio, comunicaban otros mensajes. Él le reiteró la idea de que lo pensara y ella aceptó a regañadientes.

Cuando Alice se fue, Oliver se quedó recostado en la baranda de la entrada, deseando no haber dejado de fumar hacía años. Un ruido a sus espaldas llamó su atención, a pesar de que este era casi imperceptible.

—Así que has regresado, Calloway. No negaré que habría preferido que nunca lo hicieras.

Nathaniel salió de entre las sombras con un semblante lleno de fastidio. Le debía haber molestado no poder agarrarlo con la

guardia baja, como si no supiera a esas alturas que para poder hacerlo se necesitaba una inteligencia muy superior.

—Veo que te alegras de verme —respondió este con sarcasmo.

—Tanto como tú a mí, supongo.

Nathaniel apretó los labios, captando el mensaje implícito en sus palabras.

—Lo sabes, ¿verdad?

Oliver no se molestó en negarlo. Tampoco había hecho ningún esfuerzo en ocultarlo. Desde el momento en que insistió para que Alice bailara con Nathaniel, este debió darse cuenta de que él ya sabía lo que pasaba entre ambos, o, al menos, lo sospechaba. Para su querida prometida su gesto había sido solo cortesía. Para el hombre que tenía en frente, fue un recordatorio de que a él no se le escapaba nada.

—Creí que un hombre de tu posición tendría suficiente orgullo como para no retener a tu lado a una mujer que ni siquiera te aprecia.

Oliver se cruzó las piernas con despreocupación. Ese niño tonto debería saber que las provocaciones le resbalaban. No se podía llegar lejos en su mundo, dejando que comentarios como esos lo afectaran.

—Hay algo placentero en tener poder sobre otros, ¿sabes?

Él apretó los puños, dejando ver su poco control. Oliver todavía no concluía si la amaba, o solo la veía como una posesión. Pero pronto lo averiguaría.

—Maldito desgraciado. ¿Quieres llevarla a la muerte como hiciste con mi hermana?

Oliver se tensó, pero se cuidó de no demostrarlo.

El tema de Rose siempre era complicado.

—Eso no fue mi culpa.

Llevaba años intentando convencerse de eso.

—¿De quién si no?

—Tú conoces la respuesta.

Nathaniel apretó los labios.

—Mi padre jamás hubiera sido capaz de hacerle daño.

—Tu padre era capaz de muchas cosas y lo sabes —espetó Oliver, perdiendo algo de su control.

Siempre era difícil cuando se trataba de Rose.

La inocente Rose.

Alguien que nunca debió meterse en ese asunto.

—¡Era su hija! La quería.

—Pero quería más el dinero, igual que tú. Si no me equivoco, esa ambición insaciable es la que te llevó a irte, ¿no? Fuiste muy listo al inventarle a Alice toda una historia de que lo hacías por ella.

—Lo hacía por ella —aseguró, pero no con la suficiente convicción para que sonara creíble.

Oliver se atrevería a decir que estaba intentando convencerse a sí mismo.

—El padre de Alice no hubiera rechazado su matrimonio. Su dote no es millonaria, pero sí generosa. Podrías haberlo tomado, y bien administrada, conseguir un capital decente que les durara para siempre.

—Me habría llamado cazafortunas.

—Nunca pareció importarte demasiado vivir bajo un código de honorabilidad. Encubrir a traidores no suele ser de caballeros.

Nathaniel levantó la mano. Los sentidos de Oliver se pusieron alerta, pero el golpe nunca llegó.

—Maldito seas tú y los tuyos. ¿Creen que son mejores por tener un título? Se aprovechan de su poder y de un dinero que no trabajaron. Pero algún día las cosas cambiarán. No es un sistema que pueda mantenerse eternamente.

—¿Ah sí? ¿Hay algún plan reciente para que se lleve a cabo dicho cambio?

Nathaniel no respondió, y se cuidó mucho de dejar ver algo en su expresión. Ni siquiera él era tan tonto para admitir si andaba en malos pasos. Oliver sabía que no obtendría nada de él, pero decidió que no perdía nada con presionar un poco más.

—Me parece impresionante la pequeña fortuna que has obtenido en poco tiempo —dijo con voz afilada—. ¿Qué clase de negocio fue tan productivo?

—No te importa.

—Normalmente solo los ilegales suelen dejar tantos dividendos.

—Creí que hace años habías dejado de ser curioso.

—Hay cosas que son parte de nuestra naturaleza.

—¿Dejarás ir a Alice? —preguntó.

Un hábil cambio de tema. Sin embargo, a pesar de haber evadido su respuesta, Oliver notó su mirada evasiva, sus hombros tensos y el movimiento inquieto de sus dedos. Eso decía más que cualquier palabra.

—Ella puede irse cuando quiera, no está en mi costumbre retener mujeres. Pero no me fiaría de que lo haga. Temo que se ha enterado sobre tus pequeños secretos y no le han agradado demasiado.

Los ojos de Nathaniel brillaron de ira. Oliver se preparó para un ataque, pero, de nuevo, el joven logró mantener el control.

Un progreso que debió haber aprendido por las malas.

—No te atreviste.

—Tú sí lo hiciste insinuando cosas de mí. Tenía derecho a devolver el ataque.

Nathaniel dio un paso a atrás. Le recordó un poco a Alice cuando estaba conmocionada, sin saber qué hacer. A lo mejor la amaba, a su manera extraña.

—¿También le contaste tu historia o preferiste decir solo lo que te convenía?

—Dije lo que me convenía —admitió sin rodeos—. Puedes contársela si quieres, pero mi historia sigue siendo más honorable que la tuya, aun desde tu perspectiva.

Aunque Oliver preferiría que ella no lo supiera. No era una información que fuera prudente estar divulgando, y ya era demasiado peligroso que Nathaniel lo supiera.

Haberse descubierto era algo que no se podía perdonar.

Así como no podía perdonarse la muerte de Rose.

—Tú no la amas —lo acusó.

—Tengo serias dudas de que tú sí lo hagas.

Nathaniel apretó los labios.

—Podrías tener a cualquier mujer, incluso una de rango más alto.

—La señorita Callen tiene algo… particular que la haría la esposa perfecta.

Oliver la había evaluado muy bien antes de cortejarla. Quería una dama obediente y correcta, pero que no fuera demasiado tonta. Detestaba las risas falsas, los coqueteos exagerados y la inevitable necesidad de adularlo. Conocer a Alice, que llevaba cada acción con moderación, había sido saber que sería ideal para que ese matrimonio por conveniencia llegara a buen puerto. Como le dijo a ella, ambos eran lo suficientemente inteligentes para que nadie resultara herido por un engaño.

—Siento que solo quieres molestarme.

Oliver sonrío con burla.

—No eres lo suficientemente importante para eso, Nathaniel. Y si de verdad la amas, deberías dejar que se case conmigo. Soy un partido más conveniente, y el matrimonio no estará rodeado por el escándalo. ¿Tienes idea de lo repudiados que serán si ella huye contigo? Con o sin dinero, no te volverán a aceptar en sociedad, y no estoy seguro de que eso sea conveniente para sus planes.

Nathaniel no respondió. Se quedó mirando al suelo como un hombre acorralado. Había entendido la indirecta, y las sospechas de Oliver empezaron a confirmarse. Él no podía permitirse que la sociedad le diera la espalda.

—Me quitaste a mi padre y a mi hermana —dijo con rencor—, ¿y ahora también a Alice? Resultaste ser un verdadero incordio, Abercorn.

—Tu padre murió como consecuencia de sus decisiones —dijo con calma, omitiendo a Rose—. Y en esta vida no todos tenemos lo que queremos, Nathaniel.

—Pero es más fácil tenerlo cuando se es privilegiado, ¿no crees?

Oliver había aprendido hacía tiempo que eso no era todo en la vida. Esta siempre exigía un equilibrio. Daba algo y quitaba otra cosa. Nadie estaba exento de dolor, aunque Nathaniel no lo creyera.

Decidió no responder y empezó a subir las escaleras.

—Algún día caerás, Abercorn. —Lo escuchó murmurar.

—No si caes tú primero —replicó sin mirarlo.

Una vez dentro, decidió pedir su carruaje para regresar a casa. La conversación con Nathaniel lo había dejado de mal humor.

Siempre que se mencionaba a Rose se ponía de mal humor.

Porque, muy en el fondo, él sí se sentía culpable de su muerte. No planeó el accidente, pero una decisión suya llevó a su padre a actuar. Si hubiera sido más prudente…

Si la hubiera cuidado…

Pero el hubiera no existía. Solo le quedaba vivir con las consecuencias y enterrar el dolor cada que este amenazara con ser una molestia.

Una vez en su habitación, reflexionó sobre todo lo que había ocurrido esa noche.

Sin duda, había descubierto más de lo que pretendía.

Ver a Alice derrotada, vulnerable, lo hizo replantearse muchas cosas.

¿Cuánto tiempo podía mantener una persona una falsa y qué tan desgastada quedaba en el proceso?

Cuando decidió que tenía buen material de esposa, nunca quiso conocerla a fondo por dos razones: la primera, no lo veía relevante para sus objetivos; la segunda, no quería involucrarse en profundidad con otra mujer de nuevo.

Sin embargo, tal parecía que no había sido la decisión más sensata. No podía casarse con alguien sin conocer algo de su verdadera cara, o terminaría llevándose sorpresas tan desagradables como las de esa noche, porque una persona no podía fingir toda la vida.

Él no la culpaba ni le guardaba rencor. Alice era, como casi todos, una víctima del mundo en el que vivía, actuaba como correspondía, pero no significaba que no sintiera, que no tuviera derecho a experimentar tristeza, dolor o frustración. Él también tenía secretos que lo atormentaban.

Si acaso, la admiraba por la capacidad que tenía de reponerse a pesar de que se estaba ahogando por dentro. No era una habilidad fácil de obtener.

Si quería tener un matrimonio en paz, tenían que conocerse un poco más. A ella todavía le quedaba un poco de humanidad, si la obligaba a ocultarlo, la monotonía y aburrimiento la consumiría. Y acabaría con él también, porque no estaba seguro de en qué momento pensó que podía mantener por tiempo indefinido la falsa del caballero perfecto, comprensivo y agradable. Una cosa era fingir ante otros, pero también tener que hacerlo dentro de su propia casa sería inaguantable.

Ambos ya sabían que había más del otro de lo que dejaban ver. Consideraba que podría ser un buen comienzo para seguir avanzando antes de la boda. Si todo se complicaba de alguna manera, tendría que romper el compromiso a costa del escándalo, pero Oliver presentía que no sería necesario.

El lado que le había dejado entrever Alice era interesante, muy interesante. Y, considerando la opinión que ella tenía de él, su verdadera personalidad quizás no le resultó tan desagradable.

Era cuestión de planteárselo y evaluarlo.

Y no tenía por qué haber peligro. Solo sería conocerse un poco más. Lo suficiente para que ninguno perdiera el juicio durante el matrimonio, pero no demasiado para que diera paso a otra cosa.

Porque él no pensaba volver a enamorar. Y dudaba que, después de conocer más sobre Nathaniel, ella quisiera hacerlo.

Una amistad respetuosa era mucho más segura.

Y funcionaría muy bien.

Capítulo 8

La decepción sabía a té de jengibre sin miel.

Alice detestaba el té de jengibre sin miel.

Dio un paso atrás, sin poder dejar de observar con incredulidad al hombre que tenía frente así, al que creyó perfecto durante tantos meses… y resultaba que no era más que el cómplice de un traidor.

Después de regresar a casa aquella complicada noche, Alice había concluido que tenía que hablar con Nathaniel. Su sentido común le impedía fiarse de la palabra de un solo hombre, que si bien no tenía razón de peso para mentirle, tampoco había dado muchos detalles de cómo había conseguido la información.

Así pues, cansada, con su cerebro funcionando a medias por todas emociones experimentadas, y al borde del colapso, había escrito una carta que le hizo llegar al día siguiente, con el fin de establecer una cita clandestina en el lugar de siempre.

Alice no se fue con rodeos. Cuestionó directamente lo que le inquietaba, y se sorprendió cuando él no lo negó, como si ya supiese que ella estaba enterada. Entonces, ahí estaba ella, en el patio trasero de su casa, arriesgándose a que alguien los atrapara, como tantas veces había hecho, y todo por un cobarde.

—Era mi padre, Alice. No podía delatarlo.

—Pero estaba haciendo algo incorrecto —dijo ella, incapaz de comprenderlo.

Aunque sus dos padres tenían visiones diferentes de la vida, había algo en común que le habían inculcado: hacer siempre lo correcto. Su madre lo enfocaba en las reglas de sociedad; su padre, en los asuntos morales. Por ello, no podía entender cómo alguien podría encubrir algo tan grave. No era un robo, no era un delito menor. Era traición. Cuando se hablaba de política, una traición siempre traía consecuencias graves, especialmente para los más inocentes.

—Si fuera tu padre, ¿lo hubieras delatado?

Alice estuvo a punto de soltar una risa incrédula, porque no podía ver a su padre cometiendo semejante delito.

—Sí —respondió con seguridad porque, irónicamente, es lo que él le hubiera enseñado. Quizás si su educación hubiera sido otra, su respuesta habría sido diferente. Pero no lo fue, y ella basaba sus respuestas en la persona que era en ese momento.

—Sé que cuesta entenderlo —dijo con calma, como quien le habla a un niño. A ella no le gustó esa actitud—, pero ponte en nuestro lugar. Mi tío es un ser despreciable. Tuvo la suerte de ser el heredero y se aprovechó de eso. Nos daba migajas, y si mi padre le discutía algo, mostraba su superioridad quitándole dinero y dejándonos ajustados. Es horrible vivir sin fondos propios. Mi padre estaba cansado.

—Creo que había maneras menos ilegales de conseguir dinero —replicó Alice con amargura.

—Cualquiera sería cuestionada. No se ve bien que alguien de la clase alta trabaje.

—Tampoco se ve bien que sea un traidor.

No era su intención ser tan ácida, pero la amargura de pensar que lo que conocía de ese hombre era una mentira, la estaba envenenando, y sentía la necesidad de liberarse de algún modo.

Nathaniel.

El que estaba frente a ella era el hombre del que se había enamorado y a la vez no. Seguía siendo el dulce Nathaniel, quien la entendía y la procuraba, pero se había caído la visión que tenía de él de un hombre honorable y justo.

—No estoy diciendo que sus acciones fueran las correctas…

—¿Al menos se lo hiciste saber?

Él tardó más en responder de lo que ella esperaba.

—Una que otra vez.

Eso era un no.

Alice sintió ganas de llorar, pero las contuvo. No era un buen momento para perder la capacidad de pensar.

—El mundo no funciona bien, Alice —se justificó con desespero—. Esas malditas reglas de que todo va a al primogénito solo benefician a unos pocos y a los demás que nos lleve la marea…

¡No es justo! —exclamó, más alto de lo conveniente. Sus ojos estaban inyectados en ira—. La aristocracia debería abolirse como se intentó en Francia.

—No creo que sea el mejor ejemplo para tu argumento. ¿Quieres un baño de sangre?

Él dudó sobre qué responder.

—Los cambios nunca son pacíficos. A veces hay que derramar sangre para el progreso.

Alice sintió que se mareaba. En ese momento, no veía en nada al Nathaniel que había conocido. Sí, siempre supo de su rencor, sí, había hecho comentarios al respecto sobre lo injusto que le parecía la ley de sucesión, pero nunca había visto su ira en su mayor expresión. Era más que rencor, era odio y una creencia absoluta de que todo debía acabar.

—Mi padre es un aristócrata —le recordó ella.

Él parpadeó como si hubiera olvidado ese detalle.

—No tiene por qué pasarle nada si se une a la causa. Se busca un mundo más justo, no un baño de sangre. Tú deberías comprenderme, Alice. Estás obligada a casarte porque no puedes heredar. ¿No detestas tener que depender de otros porque un maldito sistema no te da otra opción?

A decir verdad, Alice nunca había pensado demasiado en eso. ¿Creía que era injusto? Sí, pero también se había resignado a que era el rol que le tocaba, que las cosas eran así y que ella no las podía cambiar, por lo que no valía la pena lamentarse demasiado, solo buscar la manera de sacar ventaja desde su inferioridad.

—¿Y acaso en ese complot que tenía tu padre estaban considerando darle más derechos a las mujeres? Porque me da la impresión de que era un movimiento de progreso solamente masculino.

El silencio fue toda su respuesta.

Alice estaba decepcionada, muy decepcionada.

Siempre creyó que Nathaniel era una persona auténtica, y por eso se había enamorado de él. Sin embargo, también le ocultó cosas, y muy graves, como que, en realidad, su amargura lo había vuelto igual de egoísta que esos que tanto despreciaba.

—Alice, por favor, eso ya pasó.

Sí, había pasado, pero su accionar había dejado muy en claro su personalidad.

—Nathaniel —dijo con voz ahogada, deseando con todas sus fuerzas volver a tener la opinión que tenía de él—. ¿Por qué no te casaste conmigo cuando nos conocimos? Mi padre te habría aceptado. Mi dote es decente. Podrías haberte unido en matrimonio conmigo.

—Quería más, Alice —confesó—. Lo suficiente para no tener que depender de nadie nunca.

—Entonces, ¿por qué no te casaste conmigo y dejaste que te acompañara en el proceso?

—Cuando no eres uno, sino dos, todo es un poco más complicado. Quizás en este momento estaría un niño en camino y…

—Habría sido un estorbo —concluyó ella con amargura.

—No, no dije eso. Es solo que, quería ser digno.

—¡Yo te veía digno! El problema no era yo, ¿verdad? Eras tú y esa necesidad que querías satisfacer.

—Parece que el duque se extendió haciendo un análisis sobre mí, ¿verdad? —replicó con rabia—. No puedes fiarte de su palabra. Es un mentiroso consumado.

—Tú también —lo acusó.

A decir verdad, Alice hubiera preferido que el duque nunca le contara nada, porque la verdad dolía, y dolía mucho. Hubiera sido mejor que se enfadara, o que, con su estoicismo habitual, le hubiera dicho que no era una mujer digna de él y rompiera el compromiso. Alice habría entrado en una pequeña crisis, pero al fin lo hubiera tomado como una señal del destino para seguir con Nathaniel.

En cambio, estaba descubriendo cosas que no quería. Ni el hombre del que se había enamorado era tan bueno como creyó, y su prometido perfecto ocultaba secretos que no estaba segura de querer descubrir.

—Pero al menos yo te amo —dijo con la voz cargada de emoción—. Ese hombre no sabe lo que es amar.

A ella no le había dado esa impresión. La conversación de la noche anterior tenía lagunas debido a lo conmocionada que estaba,

pero Alice recordaba que él había hecho una insinuación sobre haberse enamorado. Por lo que dedujo, no fue algo que terminó bien, y supuso que esa experiencia era parte de lo que lo hacía tan frío.

—¿Por qué están enemistados? —preguntó. Una parte de ella deseaba saber la respuesta tanto como temía conocerla—. ¿En qué te basas para acusarlo?

Nathaniel abrió y cerró la boca, considerando qué decirle. Su duda la dejaba aún más inquieta.

—No sé si sea prudente confesarlo —admitió con fastidio—. Es algo delicado y… bueno, no me conviene por el momento tenerlo de enemigo.

—Huyendo conmigo no creo que te hubieses ganado su amistad.

—Sí, sobre eso… —Se pasó una mano por los cabellos, nervioso—. Estuve pensándolo, y creo que es lo mejor para ambos si él rompe el compromiso. Es un hombre con orgullo, si se lo pides tú, tal vez sí ceda.

Ella lo observó con sospecha.

—¿Por qué el repentino cambio de opinión? Hasta ayer estabas convencido de que lo mejor era huir.

Él no respondió.

—Nathaniel —dijo con seriedad—. ¿Por qué has cambiado de opinión?

—Solo lo pensé mejor —dijo a la defensiva—. Huir sería un escándalo, y… bueno, así como no te conviene a ti, a mí tampoco. Planeo traer mis negocios a Inglaterra y necesito buenos contactos. Lo entiendes, ¿verdad?

Oh, Alice lo entendía, pero no por eso se sentía menos decepcionada. Algo dentro de ella se había roto con esa declaración.

Después de los descubrimientos del día anterior, parte de la confianza que tenía en él se debía a que había estado dispuesto a huir con ella y afrontar las consecuencias de ese escándalo. Podría haber cometido errores, pero la amaba lo suficiente para proponerle eso.

Y en ese momento le estaba diciendo que lo había pensado mejor.

No podía culparlo, era una decisión sensata, y ella misma se había decantado por la sensatez cuando él se lo propuso la primera vez. Sin embargo, sentía que la ilusión de persona idílica que lo rodeaba se estaba resquebrajando, y eso dolía.

No la quería lo suficiente para afrontar el riesgo.

Tal vez ella tampoco lo quería lo suficiente.

Entonces, ¿qué fue lo suyo? ¿Una fantasía?

Se había enamorado de lo bueno sin ver lo malo. Y ahora que lo veía, no estaba convencida de poder aceptarlo.

—En realidad, no eres muy diferente a él —dijo con tristeza. A lo mejor de Nathaniel no había conocido una máscara, pero no había visto toda su personalidad.

—No te atrevas a compararnos. Abercorn te sacrificará sin dudarlo si le es conveniente —espetó. Había algo personal en sus palabras. Muy personal.

—¿Y tú no?

—Alice…

—Encubriste una traición porque te convenía los beneficios que recibía tu padre. Me dejaste esperando, pudiéndote casar conmigo porque querías satisfacer tu necesidad de dinero, y ahora me dices que lo de huir después de todo no era tan mala idea, justo cuando llegué a considerarlo. ¿Y dices que no me sacrificarías?

Esa consciencia le cayó como agua helada.

—Tú también sacrificaste lo nuestro al decidir quedarte con él.

—¡Pero esperé lo que me pediste! —dijo con furia—. Rechacé propuestas de matrimonio, toleré los reclamos de mi madre, y si el duque no hubiera aparecido, si ignorarlo no hubiera supuesto mi ruina, quizás habría seguido evitando el matrimonio más tiempo con la fe de que regresaras. Me llegué a sentir mal por no haber esperado más, por tener que decirte que no, pero me doy cuenta de que no soy la única culpable de que esto no se diera, y quizás fue lo mejor.

Se marchó corriendo sin darle posibilidad a responder.

Solo cuando estuvo en su habitación, dejó que las lágrimas salieran.

Qué irónica era la vida. Hacía unos días, lloró porque él no había vuelto y se había comprometido con el duque. Después, lo hizo porque no podía huir con él. Y en ese momento, lloraba porque había visto su verdadera cara.

Sí, quizás seguía siendo el Nathaniel con el que reía, al que le confiaba secretos y con el que se sentía cómoda, pero también era un hombre que cargaba un peso que lo volvía egoísta y mezquino. Alice siempre supo que debía tener algunos defectos, como todos. Pero no pensó que serían más graves de lo que ella consideraba aceptable.

Y así había acabado todo. Desde el principio, debió augurar que no terminaría bien, pero la fe era algo absurdo, y el amor una venda enorme.

Esa noche no durmió bien y lloró mucho, por lo que al día siguiente amaneció con los ojos tan hinchados que horrorizaron a su madre.

—Niña, pero ¿qué te ha pasado? Estás horrible. Oh, Dios mío, ni siquiera te has vestido. El duque está abajo esperándote.

Alice contuvo un gruñido. Tenía tantos ánimos de ver al duque como a Nathaniel.

Pero no podía decirle eso a su madre.

—En unos minutos bajo.

—Una mujer puede hacerse de rogar cuando su aparición deslumbra, pero no hay manera de que causes en el duque más que una mueca con ese aspecto.

Alice optó por guardar silencio.

—¿Estuviste llorando anoche? Como haya sido por él…

Su madre había tardado demasiado en sacar el tema, supuso que era porque el compromiso con el duque le daba cierta seguridad. Sin embargo, no era tonta, y había luchado tanto por que se diera esa futura boda, que no estaba dispuesta a permitir que nadie lo arruinara.

—Mientras más tiempo te quedes aquí, madre, más tardaré en ir a recibir al duque.

La dama le dirigió una mirada helada, advirtiéndole que lo hablarían después, y se marchó.

Alice mandó a llamar a su doncella.

Aunque la joven hizo un gran esfuerzo por arreglarla, su despecho era difícil de ocultar. No solo sus ojos estaban hinchados, sino que habían perdido todo rastro de vitalidad. Antes, aunque resignada a una vida deprimente, tenía al menos la certeza de creer haber experimentado el amor verdadero.

Y todo eso se había esfumado.

Encontró al duque en el salón que siempre usaban para las visitas. Vestía impoluto, como siempre, y su perfección resaltaba aún más su mal aspecto.

—Alice —dijo, porque en algún momento se había olvidado de la formalidad y ya no veía necesario usarlas—. Parece que no ha tenido buena noche.

—Su lenguaje sigue siendo respetuoso, pero sus comentarios han dejado de ser pertinentes —observó ella tomando asiento en un sillón. Él no se sentó.

—No veo necesidad de fingir más.

Era verdad. Ya habían visto sus verdaderas caras. Él sabía sus secretos. Seguir fingiendo sería aferrarse a una utopía que terminaría por volverlos locos. No tenía sentido. Al menos no mientras estuvieran solos.

Echó un vistazo a la puerta abierta del salón. Desde hacía un tiempo, su madre los dejaba solos, pero Alice sabía que de vez en cuando merodeaba por allí. Había que tener cuidado en sus palabras. Él siguió su mirada y asintió, comprendiendo el mensaje.

—¿Logró confirmar lo que le dije hace dos noches?

—Creo que mi apariencia responde a su pregunta —dijo con amargura—. Temo que hoy no estoy de humor para ser una compañía agradable, milord. ¿Sería tan amable de venir otro día?

Él, como si la desafiara, se sentó en el asiento frente a ella y tomó una de las galletas que habían dispuesto en la pequeña mesa de centro. Alice movió los dedos como si así pudiera desaparecer el impulso de lanzarle el té encima.

—A veces las conversaciones incómodas es mejor afrontarlas en el menor tiempo posible. Dime, ¿has tomado una decisión respecto a él?

Alice echó un vistazo a la entrada antes de responder.

—Sí. Creo que quizás le sea grata.

Él asintió.

—Entonces, ¿sí te casarás conmigo?

—Si le soy sincera, milord, en este momento preferiría no saber nada de ninguno de los dos.

Él dio un respingo y ella por primera vez no se sintió mal por haber hecho un comentario grosero, después de todo, era la verdad. No quería volver a ver a Nathaniel porque se sentía engañada, pero el duque tampoco era su personaje favorito, y no solo porque hubiera roto su ilusión con sus verdades, sino porque estaba dejando entrever rasgos de su carácter con los que debía tener cuidado, como una gran tendencia a manipular las circunstancias a su antojo. Además de ese secreto que nadie quería contarle.

A lo mejor debería romper el compromiso. Su padre no se molestaría, y el duque había dicho que no la retendría. ¿Qué se lo impedía cuando tampoco quería casarse con él?

Sí, romper el compromiso implicaría una situación difícil para ella, quizás nadie volviera a pretenderla, pero en ese instante no estaba pensando en sus deberes, sino en su paz. A lo mejor, el que heredaría el título no era un mal hombre. Y si lo era, estaba segura de que su prima Henrietta la recibiría con gusto, incluso a su madre.

Viviría de la caridad de otro toda su vida, pero ¿no era eso mismo el matrimonio?

—Puedo comprender tu reticencia. Por eso he venido a proponerte algo.

Alice arqueó una ceja. Curiosa. Él se aclaró la garganta.

—Si te soy sincero, no deseo buscar otra mujer para casarme. Son pocas las que cumplen con todas las cualidades que debe tener una buena duquesa.

—¿Y yo las cumplo? —preguntó, asombrada de que siguiera pensando eso de ella después de todo es espectáculo en el que se vio involucrado.

—Te vi llorar y a los diez minutos hablar con otros y bailar como si nada. Tienes el temple de mantener la situación bajo control, la capacidad de hacer lo que se espera de ti. Separar las emociones del deber no es algo que todos logren. Puede que no sea un don del que te sientas orgullosa —añadió, quizás porque ella había hecho una mueca—, pero se te da bien y es oportuno sacarle provecho.

Alice no supo qué responder.

—Sin embargo, entiendo que mantener esa fachada todo el tiempo es agotador. Yo mismo creí que podría hacerlo, pero ahora sé que no. Lamentablemente, las normas no están hechas para que conozcas de verdad a una persona, sino hasta que es demasiado tarde. Visitas vigiladas o con poca privacidad. —Lanzó una mirada de fastidio a la puerta que no podían cerrar—. Diálogos, ensayos y manuales de comportamiento aprendido. Al final te acostumbras y luego tienes que vivir con la decepción, porque nadie puede fingir para siempre a menos que se pierda a sí mismo.

—¿A qué viene todo esto, milord?

Él empezó a pasear de un lado a otro, no en actitud nerviosa, sino confiada.

—A que, en principio, creí que sería oportuno limitarnos a fingir, y seguir así el resto de nuestras vidas. Sin embargo, dado de que la vida nos empujó a quitarnos las máscaras, podríamos aprovechar para conocernos un poco mejor. Eres más de lo que esperé, y confío en que, al menos, no sigas pensando en que soy aburrido, insensible y pretencioso, aunque admito que suelo pecar un poco de lo último.

Alice se ruborizó. Había olvidado todo lo que había dicho de él en aquella conversación. Si se ponía a rememorarla con detalle, no sabía todavía cómo podía mirarlo a la cara.

—Podríamos tener un matrimonio decente, basado en un respeto real y no fingido. Haría la vida más agradable, y solo se fingiría cuando fuera necesario.

—Sigo sin entender bien qué propone, milord.

—Propongo que nos conozcamos mejor, y si cuando eso suceda alguno de los dos decide que no se ve compartiendo una

vida entera con el otro, rompemos el compromiso de la manera que más nos convenga a ambos. Pero creo que al menos podríamos darnos la oportunidad de mostrarnos como somos, sin que otros juzguen nuestro comportamiento.

Lo miró con asombro. Había elucubrado algunas razones para su visita, pero esa no. Lo que no veía era cómo pensaba llevar a cabo su plan. Alguien siempre vigilaba su comportamiento.

Y como si la vida quisiera recordárselos, su madre pasó en ese momento frente a la puerta, se detuvo unos segundos y después prosiguió. Sin embargo, durante esos segundos, Alice había sonreído al duque, que tomó asiento frente a ella.

—¿Dónde eran tus encuentros con el señor Calloway? —preguntó una vez la vizcondesa desapareció.

—¿Es… es necesario que responda?

—Escuché algo de un árbol —insistió él.

Ella se dio cuenta de que era muy persistente. No se rendiría hasta que respondiera.

—En el jardín trasero de la casa —dijo en un murmullo. A veces, las paredes oían—. En la noche, cuando todos dormían, yo salía para verlo. La sombra del árbol nos ocultaba.

Él asintió. Lejos de estar molesto, parecía analizar el caso con visión detectivesca.

—Te enamoraste del señor Calloway porque nadie te estaba presionando, nadie te veía, podías ser tú misma. No quiero que te enamores de mí, pero si pudiéramos cederle al otro algo de confianza, la carga de la vida se aligeraría.

—Yo era genuina, pero al parecer él no. ¿Qué me garantiza que usted lo será? —preguntó con resquemor.

Le había recordado la razón de su desasosiego.

—Él mintió porque sabía que lo despreciarías si no lo hacía, y su lado egoísta quería tenerte. En mi caso, aunque me fastidiaría perderte porque significaría tener que volver a buscar con minuciosidad una compañera de vida adecuada, no tengo la obsesiva necesidad de que te enamores de mí para tenerte. Si aceptas que nos veamos a solas cada cierto tiempo, te aseguro que seré franco contigo.

Ella lo observó con sospecha. La propuesta parecía sincera, pero tan ajena a lo que había vivido con el duque, que le costaba asimilar que fuera real. Cuando se vivía dentro de una farsa, la verdad se volvía extraña.

—¿Y me dirá sus secretos? Porque usted conoce los míos.

Él se quedó callado unos segundos, sin ninguna muestra de sorpresa por su pregunta. Alice supo que, de alguna manera, la había estado esperando.

—Quizás sí, quizás no. Hay cosas que de vez en cuando es conveniente reservarse, pero te puedo jurar que no he hecho nada que pueda considerarse moralmente incorrecto.

La forma en que lo decía era particular, como si tuviese la certeza de ello, pero a la vez no.

Alice sintió la necesidad de insistir para que hablara, pero no lo creyó prudente. Al final, le estaba proponiendo que se conocieran mejor. Si había algo turbio en su personalidad, esperaba descubrirlo. A diferencia de la situación con Nathaniel, el amor no la estaría cegando.

—No quiero que las reuniones sean bajo ese mismo árbol —pidió, dando tácitamente su aceptación a la propuesta.

Él asintió, más compresivo de lo que Alice hubiera imaginado. No había esperado que lo entendiese, porque ella tampoco lo hacía. Quizás solo quería congelar los buenos recuerdos que vivió ahí, aunque lo hubiera empezado a asociar con dolor.

—Podrían ser en tu habitación.

Alice se levantó de un salto y lo observó con horror, sin entender cómo había hecho semejante propuesta, sin ni siquiera parecer avergonzado.

—Milord —dijo con seriedad—. Entiendo que, aquella noche en la velada, mis sentimientos me instaron a darles ciertas libertades a Nathaniel, como el beso que seguramente vio.

—Y me atrevería a asegurar que no es la primera vez que se lo permitió —dijo él con calma. Alice no supo discernir su humor.

—Pero no soy una mujer inmoral —aseguró, roja de la vergüenza—. Y si cree puede conseguir de mí algún acercamiento íntimo…

—No he insinuado tal cosa.

—Ha propuesto que… que nos veamos en… en mi habitación —recordó en un susurro, temiendo que alguien la escuchara.

—Solo para hablar con privacidad —aclaró con ligera diversión en su voz. Se puso de pie y se acercó a ella—. Te doy mi palabra de que no intentaré ningún acercamiento físico que no apruebes.

Alice lo observó con recelo.

—Prefería otro lugar.

—Podemos escaparnos en veladas, en el teatro o en Vauxhall, pero temo que, si se hace con frecuencia, resulte sospechoso y contraproducente. Tarde o temprano alguien se dará cuenta. Hay muchos testigos.

Ella empezó a dar golpecitos nerviosos con el pie.

—Y… ¿cómo planea llegar a mi habitación?

—Podría abrirme la puerta de la cocina. Te prometo que sé ser sigiloso. O si te hace sentir más tranquila, podemos quedarnos en el despacho de tu padre, o en la biblioteca. Sugiero comenzar hoy, ¿a medianoche te parece bien?

Había en su boca el amago de una sonrisa. Su inquietud lo divertía y eso la enfureció.

Canalla. Hablaba como si su propuesta no fuera del todo indecente. ¿Estaría acostumbrado? ¿Lo habría hecho en su pasado? Ese que todos, incluso ella, se había olvidado de que tenía.

—Podría ser… Oh, está bien.

Debió haberse vuelto loca para aceptar, pero de todas sus opciones, era la más razonable. Podría no casarse con él y arriesgarse a quedarse soltera por siempre, podría casarse con él y descubrir algo que no le gustaba cuando fuera demasiado tarde, o podría conocerlo mejor y decidir si la primera opción valía el riesgo.

Él podía mentirle, como Nathaniel, pero Alice le daría el beneficio de la duda a su palabra. Al final, no tenía por qué hacer eso. Ni siquiera tenía por qué seguir con ese compromiso después de todo lo que había descubierto. Quería creer que era una propuesta sincera con la esperanza de llevar una vida tranquila.

Quizás, él también lo necesitaba.

Su madre escogió ese momento para entrar. Al verlo tan cerca, sonrió.

—Oh, creo que ya han pasado mucho tiempo a solas. Entenderá que les doy privacidad porque confío en su caballerosidad, milord, pero no hay que dejar que otros hablen.

Y así, tomó asiento y todos se enfrascaron en una aburrida conversación sobre el clima.

En el momento de despedirse, el duque tomó su mano y prolongó el beso más de lo debido. Había un brillo en sus ojos que la hizo estremecerse ante su tacto como nunca antes.

—Nos vemos pronto, señorita Callen —dijo con una sonrisa.

Ella respondió educadamente en un murmullo inteligible.

Sí, se verían muy pronto.

Esa noche, al parecer.

Vaya.

Pensó que tal vez seguir fingiendo el resto de su vida no hubiera sido mala idea.

Al menos la mentira le era familiar.

Pero ya había aceptado y tocaba afrontar lo desconocido.

Mientras subía a su habitación, de una cosa sí estuvo segura: nunca más volvería a quejarse de la vida que llevaba. Todo siempre podía volverse peor.

Capítulo 9

Eso era una locura.

Alice se paseó de un lado a otro en la cocina, más nerviosa que la primera vez que se escabulló para ver a solas a Nathaniel. Al menos, por este sentía atracción, y eso, sumado al peligro, fomentaba el valor suficiente para realizar tal atentado a la moral.

En cambio, con el duque…

No estaba segura de cómo era su relación con el duque. Antes, la había podido describir como formal y correcta, lo que en teoría debería ser. Pero después de esos encuentros que estaban por darse, que ni siquiera estaban justificados en el amor apasionado, todo se volvería extraño.

Fue extraño desde que decidieron quitarse las máscaras.

Un ligero toque en la puerta la sobresaltó. Fue apenas un roce, un tanteo. No le mintió cuando aseguró que era discreto.

Aún estaba a tiempo de fingir demencia y marcharse, pensó. Podría decirle después que lo consideró mejor y era un acto muy inmoral para llevarlo a cabo.

Y quedaría como una auténtica hipócrita.

Si le había dado una oportunidad a Nathaniel, ¿por qué no hacerlo con el hombre con el que le convenía casarse?

El duque no le estaba haciendo propuestas engañosas, o eso esperaba, solo le proponía la opción de conocerse mejor, de tener la oportunidad de dejar de fingir cuando estuvieran solos.

Era más de lo que había esperado en su triste futuro.

Respiró hondo y abrió la puerta.

Allí estaba él. Vestía más informal que de costumbre, pero no por eso lucía menos elegante. Aunque no llevaba frac ni guantes, el nudo de su moño estaba perfectamente anudado, y no había un solo cabello platinado fuera de su sitio. Ahí, en la oscuridad de la noche, su tez pálida y sus cabellos rubios lo hacían parecer un ángel que había ido a cobrar una deuda.

—¿Puedo pasar? —preguntó con cortesía.

Alice se dio cuenta de que se había quedado paralizada en la entrada. Se hizo a un lado, nerviosa, pero haciendo lo posible porque no se le notara. Si alguien le hubiera dicho hacía días que estaría dejando entrar al duque a su casa cuando todos dormían, se habría echado a reír.

Ella, la dama apegada a las reglas, recibiendo de noche al caballero intachable.

Era tan inverosímil que resultaba risible.

—Yo… creo que ir a mi habitación no es buena idea —dijo con seguridad practicada. No estaba lista para eso—. Podríamos quedarnos aquí —sugirió—. La puerta está cerca por si surge algún… inconveniente.

—También es el lugar más propicio para que surjan inconvenientes —acotó él con calma—. La cocina es el primer lugar que un criado con insomnio visitaría.

Ella no lo había pensado así.

Pero seguía negada a llevarlo a su habitación.

—Podríamos ir al despacho de tu padre, esperando que esta noche nada interrumpa su sueño y quiera pasear por la casa.

—Mi padre duerme como si bebiera morfina —dijo ella modo de broma, más relajada por la idea—. El despacho es buena opción. Sígame.

Cuando hizo amago de girarse, la manga del sencillo vestido que se había puesto se bajó. Ella la subió, pero el detalle no pasó desapercibido al duque.

—Es que… no pude ajustarlo bien —dijo, ruborizada.

Todos sus vestidos estaban diseñados para ser colocados por una doncella, pero haber impedido que esta la desvistiera habría sido muy sospechoso. También por esa razón tenía el cabello recogido en una débil trenza.

—Permíteme.

No esperó aprobación, se posicionó detrás de ella, y con una rapidez que la escandalizó tomó los lazos del vestido y los ajustó.

—Parece que tiene práctica.

—Quizás un poco.

Alice se ruborizó al ser consciente de que había expresado sus pensamientos en voz alta.

Sin ser capaz de verlo a los ojos, lo guio hasta el despacho de su padre. El trayecto no era muy largo, pero se sintió como si estuviera recorriendo kilómetros, alerta ante cualquier señal de que alguien los podía descubrir. Iban por el salón principal cuando se sobresaltó al notar una sombra en la pared.

—¿Vio eso? —siseó.

Él hizo un escaneo del lugar. No se alteró.

—¿Qué?

—Había una sombra.

Él tomó la mano donde ella llevaba el candelabro y la movió.

—¿Esa sombra?

Alice se ruborizó al percatarse de que se trataba de la sombra del florero que estaba sobre un pequeño pedestal cerca de la pared.

—Permíteme.

Le quitó el candelabro de la mano y decidió liderar el camino.

—¿Sabe dónde está el despacho de mi padre?

—Estuve ahí dos veces.

La primera, cuando pidió permiso para cortejarla, y la segunda, para pedir su mano en matrimonio, recordó ella.

Sus pasos se deslizaban por el suelo sin causar ruido, cosa que ella agradeció, porque tenía los nervios tan alterados que incluso un sonido proveniente de ellos mismos podría sobresaltarla.

El despacho de su padre apareció como la puerta para su paz. Ahí estarían a salvo, por el momento.

Abrió la puerta con cuidado y esta cedió sin chirriar. El lugar era pequeño, compuesto solo por un escritorio lleno de libros y dos sillas. Había una ventana que dejaba entrar luz del exterior, pero la cortina oscura la cubría por completo.

Desde esa perspectiva, era un lugar muy íntimo, casi tanto como su habitación.

—Hay una biblioteca al lado —comentó ella con inquietud—. Quizás estemos más cómodos allí. Es más grande.

Y espaciosa. No tendrían que estar tan cerca.

—Creo que este lugar está bien —dijo tomando asiento en una de las sillas frente al escritorio.

Señaló la que estaba frente a él y ella se dirigió hasta allí con recelo. No podría asegurarlo, pero presentía que había leído sus intenciones y, por alguna razón, quizás fastidiarla, había decidido sabotearlas.

—Veo que a tu padre le gusta leer —comentó, acercando la vela a los lomos para leer los títulos.

—Es un filósofo empedernido —respondió ella observando el desastre que había en el escritorio—. También es algo desorganizado. Si gusta, en la biblioteca hay más orden…

—¿A ti te gusta leer? —la interrumpió.

Por un instante, Alice pensó en responder lo que sería correcto. Pero recordó que habían prometido ser sinceros.

—Sí.

—Nunca lo mencionaste —acotó, a propósito.

—No es bien visto que una dama lea demasiado. La sociedad asegura que no lo necesita.

—Imaginé que te gustaba leer.

Ella lo observó con sorpresa. Ante su conmoción, él sonrió.

—El conocimiento es como algo que se inyecta en la sangre. De alguna manera, hace un cambio en la persona que lo posee, y es muy difícil de ocultar. Tu manera de hablar es segura e inteligente, vocabulario amplio, razonamiento lógico. Las damas, por muy bien entrenadas que estén, no suelen desarrollar su cerebro hasta ese punto.

Alice sintió que se ruborizaba, no muy segura si estaba alagándola, ni tampoco convencida de por qué, a diferencia de otras veces, sí le afectaba.

—Es usted un hombre detallista, milord.

—Suele ser uno de mis mayores dones, sí. Y, aun así, interpretabas tan bien tu papel que eras difícil de descifrar. Sigues siéndolo.

La observó como si fuera un enigma interesante. Alice empezó a juguetear con sus dedos, nerviosa.

—¿Qué te gusta leer? —dijo, como si se hubiera dado cuenta de que era mejor volver a un tema seguro.

—Mi padre tiene una colección amplia de filosofía que es muy interesante. Aunque… bueno, quizás haya leído también una que otra novela romántica —confesó con timidez.

Alzó los ojos con lentitud para observar su reacción, pero no fue capaz de leerla con claridad. La luz de la vela apenas iluminaba unos cuantos de sus rasgos. No parecía, sin embargo, considerarlo estúpido.

Pero no podía olvidar que él también era muy bueno fingiendo.

—Interesante.

Y eso fue todo lo que dijo. Alice no supo si tomárselo a bien o a mal.

—Recuerdo que una vez me comentó que sí le gustaba leer —dijo ella para llenar el silencio.

Odiaba los silencios. Le recordaba sus viejas conversaciones planificadas, solo que esa vez en un despacho a oscuras y sin nadie vigilándolos.

—Así es, pero fue un gusto adquirido. De joven me parecía una tortura acabar un libro. Prefería otros entretenimientos.

Alice se hacía una idea de a qué se refería.

—Escuché que tuvo un pasado muy licencioso —comentó con cautela.

Era un tema que jamás había sacado por educación, pero que no podía negar que la llenaba de curiosidad. Desde que conoció al duque, conoció al hombre correcto y honorable. Pensar que pudo haber sido de otra forma le era difícil de creer. Sin embargo, había algo en la actitud que mostraba hacia ella desde que dejaron de mentirse que delataba un poco su naturaleza escandalosa, ¿por qué si no estaría ahí, en el despacho de su padre solos de noche? El duque de Abercorn que ella conocía jamás le habría propuesto eso.

Y eso demostraba que no lo conocía en lo absoluto.

—Juventud e imprudencia suelen ser sinónimos —contestó con desenfado—. No me gustaban demasiado las responsabilidades que me tocaban por nacimiento, y a mi padre no le agradaba que las

evadiera. Tuvimos una relación complicada, y la rebeldía fue mi forma de molestarlo más.

—¿Y por qué se reivindicó?

—Porque no se puede vivir siempre sin pensar en las consecuencias.

—¿Fue un conocimiento que vino con la madurez, o una lección aprendida?

Él sonrió con amargura.

—Una lección aprendida.

Alice no se atrevió a indagar más. Algo en su tono advertía sobre una herida profunda, de esas que era mejor no tocar. Y ella no tenía la confianza para hacerlo.

—Yo nunca pude ser rebelde —confesó rozando los dedos contra la madera del escritorio—. Me daban miedo las consecuencias.

—¿Ah sí? Entonces, ¿escaparte para ver de noche a un pretendiente es algo que haría una niña buena? Deben haber cambiado las reglas sociales en los últimos minutos —se burló.

Sin nada que decir a su favor, Alice se sonrojó.

—Me alegra que se lo tome con humor.

Si se ponía a pensarlo, podría ser mucho peor. Desde el momento en que descubrió su falta, pudo no solo romper el compromiso, sino haberla expuesto públicamente por la vergüenza que le había hecho pasar. Alice habría tenido que abandonar Londres, y dado lo último que Nathaniel le había dicho sobre relacionarse con la sociedad, dudaba que se hubiera casado con ella. Había estado tan cerca de la ruina…

—Nunca le di las gracias por no exponerme —dijo con timidez. Él se encogió de hombros, como si el asunto no tuviera importancia—. ¿Por qué no lo hizo?

—No ganaba nada haciendo un escándalo. Y te lo dije: nunca nos mentimos. Si bien no me esperaba que estuvieras enamorada de otro, resultó un giro interesante en la trama.

Ella arrugó el ceño.

—¿A qué se refiere?

—A que yo también pensaba que eras una dama aburrida, sin gracia y solamente un poco inteligente.

Alice no se ofendió porque ella había pensado lo mismo de él, y porque esa era la imagen que había querido dar.

—Saber que había tal drama en tu vida fue una novedad. Me recordó que somos más de lo que aparentamos, y que no se puede fingir toda la vida. Dime, Alice, ¿qué te llamó la atención de Nathaniel?

Ella empezó a juguetear con un mechón que se había escapado de su trenza, sin estar muy segura de qué podía contar sin que la conversación se volviera incómoda. Hablar de un amor con el hombre con el que posiblemente se casaría no parecía adecuado.

—No te juzgo —insistió él al notar su vacilación—. Solo siento curiosidad.

—Muchas cosas —respondió después de unos segundos—. La primera vez que bailamos, logró sacarme muchas carcajadas. Era demasiado ocurrente para mantener la compostura frente a él, y no parecía importarle que yo no actuara como debía. A su lado, me sentía… libre.

—¿Y cuándo empezaron las citas secretas?

—Cuando mi madre notó mi interés en él, me dejó claro que no era un buen pretendiente, e hizo lo posible por evitar que nos juntáramos en las pocas reuniones en las que coincidíamos. Un día, Nathaniel logró hacerme llegar una nota, citándome en bajo el árbol que quedaba en el jardín trasero de la casa. Me horroricé, pero… pero acepté —confesó, no sin vergüenza—. Ni siquiera sé por qué.

—Porque encontraste a alguien por el que valía la pena arriesgarse, cambiar. El amor suele tener ese efecto —dijo, pensativo —. ¿Sigues enamorada de él?

—Yo… no lo sé.

Alice estaba muy confundida. Estaba decepcionada, y mucho, pero no podría decir que todo lo que sentía por él había muerto. No era tan fácil. Fueron muchos buenos momentos, demasiado tiempo de esperar aferrándose a una ilusión. No creía que todo lo que conocía de Nathaniel fuera una falsa. Pero había descubierto que había más, y la decepción no era piadosa con el amor.

Por fortuna, el duque no le presionó más.

—De igual forma, creo que nunca estuvimos destinados a estar juntos —dijo con triste resignación.

—Puedo comprender el sentimiento.

Entonces, ella supo que él también se había enamorado, y que había salido mal. No quiso preguntar al respecto, sus brazos cruzados y su mirada perdida le advertían que no diría nada más.

—Milord —susurró.

—Oliver —pidió él—. Los formalismos en estas circunstancias resultan irrisorios.

Ciertamente.

Ella se aclaró la garganta.

—Oliver. Si tuvieras que elegir entre tu vida actual y la libertad del pasado, ¿cuál elegirías? —le preguntó ella.

Él se demoró en responder.

—La actual. A veces, el costo de la libertad es muy alto para que valga la pena pagarlo.

—¿Y no es más alto el costo de la mentira?

Él abrió la boca para contestar, pero no salió ningún sonido de su boca. En cambio, guardó un perturbador silencio y miró hacia la entrada.

Alice estaba a punto de preguntar qué pasaba cuando él le hizo un gesto para que se pusiera de pie. Ella lo hizo con cautela, asustada. Él se ubicó a su lado y le agarró la muñeca.

—Viene alguien —advirtió antes de apagar la vela y tirar de ella hacia la ventana.

Se escondieron bajo la cortina. Él le había rodeado la cintura y la apretaba contra su pecho. Alice sintió que los vellos se le erizaban, no supo si por el miedo, o por el calor que desprendía el cuerpo masculino y que se sentía agradable.

Contuvo la respiración cuando escuchó la puerta abrirse. El resplandor de una vela iluminó la habitación, aunque Alice no podía ver quién era el intruso.

—¿Dónde dejé ese libro…? —dijo en voz alta la voz de su padre. La pregunta fue acompañada del sonido de cosas siendo desplazadas de su lugar.

El miedo la paralizó. Si su padre la encontraba allí, no podría volver a mirarlo a la cara, y ni siquiera su condescendencia impediría que al día siguiente estuviera casándose con el duque.

La mano que tenía en su cintura la apretó más a la vez que otra se posaba sobre su hombro, frotándolo suavemente. El contacto era relajante y mitigó un poco el latido de su corazón, que sentía que iba a salírsele en cualquier momento.

—¡Aquí estás! —dijo su padre, triunfante, antes de que el sonido de la puerta les avisara que estaban a salvo.

Alice entonces pudo respirar en paz.

—Yo… creo que podemos salir —susurró al ver que él no la soltaba.

El duque, que parecía estar en su propio mundo, reaccionó. Retiró la mano con lentitud, como si abandonara algo preciado, y dejó que ella saliera de su improvisado escondite. El despacho había quedado a oscuras. El duque sacó unas cerillas del bolsillo y encendió el candelabro que había dejado sobre una repisa antes de que se escondieran.

—No parece tener un sueño muy profundo.

—Algo debe estar perturbándolo —respondió a la defensiva—. No suele sufrir de insomnio.

A lo mejor estaba preocupado por ella. En su última conversación no había quedado complacido con la determinación de Alice de casarse con alguien que no amaba.

—Creo… creo que es hora de que te marches.

Él asintió, pero en lugar de caminar hacia la puerta, dio un paso hacia ella.

—El próximo encuentro será en tu habitación.

—Pero…

—Parece que es el único lugar donde no hay riesgo de que alguien aparezca a medianoche, ¿no crees?

Alice no pudo refutar eso.

—No lo veo correcto.

—¿Por qué no? ¿Acaso no me he comportado como un caballero esta noche?

—Sí…

Al menos, si no tomaban en cuenta lo que acababa de suceder, que no había sido su culpa. O que estaba demasiado cerca en ese preciso momento.

—Exactamente, ¿qué es lo que temes, Alice?

Ella tragó saliva y se dio cuenta de que no sabía qué responder. Pensar que le arrebataría la virtud sonaba ridículo si lo analizaba al detalle. Ella no lo dejaría, y no podía imaginarse al duque forzándola. A menos que temiera no ser lo suficientemente fuerte para negarle cualquier avance que él diera, lo cual también era absurdo, porque él no le atraía.

O no le había atraído.

Recordó cómo reaccionó su cuerpo cuando estaban detrás de la cortina. El agarre en su cintura había enviado cosquillas a su estómago, algo similar a cuando Nathaniel la besaba, pero más íntimo. Había algo más cercano en esos encuentros con él que en los que tuvo con Nathaniel.

Comprendió entonces por qué no quería dejarlo entrar a su habitación. De alguna manera, sentía que era avanzar mucho en eso extraño que tuviesen, y le daba miedo.

Pero eso no podía decírselo.

—Tienes razón. Mi… mi habitación es el lugar más seguro.

Él la observó con fijeza, pero no compartió lo que fuera que estuviera pensando. Alice caminó hacia la puerta, una insinuación para que la siguiera. Lo hizo, aunque, de nuevo, sus pasos no se sentían.

—¿Cómo evitas hacer ruido al caminar? —preguntó ella mientras se asomaba al pasillo para verificar que no hubiera nadie cerca.

—Trucos de juventud.

Ella prefirió no indagar en la razón que tuvo para aprenderlo.

Llegaron a la cocina sin muchas complicaciones y Alice respiró aliviada.

—Eh… bueno… buenas noches, mi… Oliver.

Él le tomó la mano y dejó un prologando beso en esta.

—No hemos tenido una salida en Vauxhall, ¿verdad?

Alice negó con la cabeza, confundida.

—Mandaré una invitación mañana. Escuché que traerían acróbatas extranjeros.

La invitación sonaba formal, pero después de esa noche, Alice había aprendido a identificar un brillo oscuro en su mirada que prometía algo más.

Se estremeció de anticipación.

—Buenas noches, Alice. Espero que esta reunión te haya sido grata —dijo con humor antes de abrir la puerta y salir.

Después de su partida, Alice se quedó un rato en la cocina, recapitulando todo lo que había pasado esa noche.

El duque estaba resultando ser una gran sorpresa, y no solo por sus sospechosas habilidades de esconderse y pasar desapercibido, sino por un particular sentido del humor que jamás había esperado que tuviera. Para Alice, era un noble aburrido y correcto, pero el hombre que había conocido esa noche tenía muchas más facetas y eso era… interesante.

Conocerse sin presión era atrayente.

Mientras regresaba a su habitación, se dijo que quizás esa idea podría no ser tan mala después de todo.

Capítulo 10

Su casa no quedaba muy lejos, así que Oliver decidió aprovechar que no era una noche fría para irse a pie. No les temía a los ladrones, y caminar siempre lo había ayudado a pensar mejor.

Había ido bien, supuso.

O quizás más que bien.

Alice resultó ser una dama… interesante.

Hubo varias cosas que le llamaron la atención durante ese encuentro. La primera, que era más nerviosa de lo que había imaginado. No era un adjetivo que hubiese dado a alguien que se recompuso con facilidad después de una conversación incómoda, pero Oliver podía entender qué sucedió. La noche en que se descubrió la verdad, Alice estaba inquieta, pero el baile que la esperaba afuera seguía siendo un ambiente donde sabía manejarse. En cambio, no tenía ni idea de cómo proceder en una cita a solas con un hombre del que ni siquiera sabía que esperar, y eso la alteraba. Tuvo que admitir que, por momentos, su actitud le causó gracia. El tamborileo de sus dedos contra la mesa, el jugueteo con el mechón suelto de su cabello. Eran detalles que le revelaban mucho sobre la auténtica Alice, menos perfecta y controlada de lo que a ella misma le gustaba admitir.

Lo segundo que le sorprendió de ella fue que le atraía más de lo que pensó en un principio. Cuando la vio por primera vez, reconoció que era bonita. Era difícil no admirar sus cabellos rubios, facciones delicadas y labios coquetos. No por nada, era un diamante muy cotizado en la temporada. Sin embargo, aunque estuvo seguro de que no tendría problemas en cumplir con obligaciones matrimoniales, tampoco le despertó un deseo obsesivo. Oliver había pasado tantos años desligando placer de emociones que una cara bonita no significaba demasiado para él, no desde que había conocido lo que era enamorarse. No obstante, después de haberla tenido un rato entre sus brazos mientras se escondían, sintió cómo una punzada de deseo llegaba como reacción al cuerpo caliente pegado al suyo. Después de eso, no pudo evitar observarla mejor,

desear probar esos labios y preguntarse cómo reaccionaría si la besaba. Quizás lo intentara en un próximo encuentro.

Lo tercero que había apreciado en ese encuentro, fue su determinación de intentarlo. Aunque Alice no lo supiera, acceder a su extraña petición hablaba mucho sobre su valentía. Estaba nerviosa, creía que eso era una mala idea, pero lo había intentado. Había respondido a sus preguntas con sinceridad, había participado en la conversación con timidez, y había accedido a verlo de nuevo. Era algo que Oliver valoraba, porque no todos estaban dispuestos a asumir desafíos, aunque estos le prometieran un bien mayor.

El sonido de pasos a su espalda lo distrajo de sus cavilaciones. Oliver no se giró para ver quién lo seguía.

—¿No te espera una mujer en casa para hacer más entretenidas tus noches? El sexo es más divertido que estar persiguiéndome.

Jack se carcajeó.

—Mi esposa y yo estamos distanciados desde hace algún tiempo —confesó con burla mientras lo alcanzaba.

—Quizás su relación mejoraría si dejaras de serle infiel.

—Tenemos una relación particular. ¿Cómo sabías que era yo?

—No estabas buscando ser disimulado.

—Ah, pero pude haber sido un carterista.

—¿Con olor a colonia francesa? Lo dudo.

—Qué difícil es sorprenderte —se quejó.

—Tampoco era tu intención o podrías haberlo hecho mejor. ¿Qué quieres y por qué me estás siguiendo?

—Iba a visitarte cuando te vi salir de tu casa cerca de medianoche. Me dio curiosidad saber a dónde ibas. Sabes, cuando yo me casé, no era costumbre visitar a la prometida a altas horas de la noche. Dudo que te estuviera esperando con una carabina.

Oliver le dirigió una mirada de fastidio.

—No es tu asunto.

—No, pero es curioso.

—¿Qué quieres?

—Darte información, a pesar de tu agradable actitud conmigo. El Ángel Negro descubrió algo.

—El Ángel Negro… —dijo con sorpresa—. Creí que se había retirado hace años.

—Así es, pero ya sabes, le gusta meterse donde no lo llaman, y si lo llaman, le encanta más. Además, tiene contactos en varios sitios, muy útiles. Me imagino que ya sabes que estará mañana en Vauxhall.

Oliver asintió.

—Lo que no sabes es con quién se va a reunir después.

—No me digas que…

Jack asintió.

Oliver soltó un resoplido de fastidio.

—Debieron eliminarlo cuando se pudo.

—Es una rata inteligente y muy importante. No es tan fácil culparlo. Asumo que vas a ir, pero deberías tener cuidado. Ya sabes que tu identidad no es precisamente secreta para Calloway.

Oliver se encogió de hombros.

—También sabe que ya no ando metido en esos asuntos.

—¿Ah no? Ir a espiarlo a Vauxhall no me parece estar ajeno. ¿Qué planeas hacer con la información que consigas?

—Lo que me sea más conveniente, amigo mío. Lo que me sea más conveniente.

***

Nathaniel estaba con otra mujer.

Alice intentó no mirarlo demasiado, diciéndose que no tenía ningún derecho a sentir esa pequeña punzada de celos en el pecho, después de todo, lo suyo había acabado tan rápido como empezó.

Ningún compromiso los unía. Ninguna promesa los ataba.

Y, aun así, dolía, porque, de alguna manera, se sentía traicionada. ¿Un día decía que la amaba y al otro ya coqueteaba con otra mujer?

Tenía derecho a hacer lo que quisiera, se dijo. Quizás, al final también había comprendido que lo suyo no fue más que una farsa.

—El señor Nathaniel se ha vuelto atractivo para las damas desde que regresó con fortuna —comentó la duquesa viuda con curiosidad.

Estaban en un recinto privado que había alquilado Oliver, quien se encontraba en ese momento a algunos pasos de ellas, hablando con un conocido.

—Ni siquiera con fortuna creo que podría considerarse un buen partido, dado su historial familiar —comentó su madre con desdén.

Alice se mantuvo impasible, sabiendo que su progenitora la estaba observando. Desde aquella vez que la encontró destruida en su cuarto, no había vuelto a sacar el tema, quizás porque su compromiso con el duque le daba cierta tranquilidad. Sin embargo, seguía alerta. Había luchado mucho para que su hija consiguiera una buena posición y no permitiría que nade lo arruinara, ni siquiera ella misma.

—Soy de las que cree que las decisiones de los padres no deberían afectar a los hijos —comentó la duquesa viuda con calma.

A Alice siempre le agradó. Era una mujer calmada, de buenos modales y algo risueña. Pero, sobre todo, parecía muy sensata.

—Los hijos siempre terminan pareciéndose a sus padres, excelencia. Es ley de la naturaleza. Alguien desagradable no puede educar buenos ciudadanos —aseguró su madre.

Alice no le daba por completo la razón, pero concedía que, en ese caso en particular, había algo de verdad, aunque su madre no lo supiera. Si Nathaniel apoyó a su padre en una conspiración que solo traería tragedia por dinero, se parecía más a él de lo que le gustaría admitir.

Y de lo que Alice querría aceptar.

—Oh, bien, no conozco demasiado al hijo para juzgar su carácter, pero no hay rumores de que le guste el juego y caer en deudas. Por otra parte, llegué a conocer a su hermana, Rose. Una chica encantadora y bien educada. Su accidente fue una desgracia. Oliver incluso estaba tentado de cortejarla.

Alice casi se ahoga con la limonada que se acababa de llevar a los labios, sorprendida por la información. Habría entendido que el duque no la mencionaría si se tratara de una dama cualquiera, pero siendo la hermana de Nathaniel, parecía raro que nunca hubiera

salido a colación su interés en ella. Lo había ocultado a propósito, pero ¿por qué? ¿Tendría ella que ver en la rencilla de ambos?

—Los designios divinos son misteriosos pero justos. Quizás el duque tenía otro destino.

Tanto Alice como su padre le dirigieron a la vizcondesa una mirada de advertencia. Ambos sabían que, si la muerte de esa joven significó que el duque estuviera soltero para esperar a Alice, no le causaba ningún dolor.

—A mí el señor Calloway no me parece un mal partido —comentó su padre para aligerar la tensión causada por el comentario de su esposa—. Creo que merece conseguir una buena mujer.

—Siempre y cuando sea de su mismo nivel, ¿no lo crees, Alice?

Alice resistió el impulso de volver a mirar a Nathaniel y meditó su respuesta. Su madre estaba forzándola a admitir que ella siempre tuvo razón, pero Alice no quería decirlo. Se negaba, por una vez, a aceptar sin rechistar sus pensamientos oportunistas.

—Mientras no se le haga daño a nadie, la clase social no debería ser un inconveniente. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar a quien elige el amor?

Su madre dio un respingo por la sorpresa. No se esperaba que Alice le replicara, porque casi nunca lo hacía.

—Espero que el señor Calloway logre encontrar a una dama con la que se sienta a gusto —continuó Alice.

—Son loables sus deseos, señorita Callen. Nunca dudé de que tenía un corazón sensible.

Esta vez fue Alice quien se sobresaltó al escuchar la voz del duque a sus espaldas. No lo había escuchado llegar. Maldito fuera su sigilo.

Lo observó con recelo, sin saber si se estaba burlando de ella o había algo de verdad en sus declaraciones. Aún era difícil saberlo con él.

—Querido, ¿ya han dejado de acaparar tu atención? —preguntó la duquesa viuda con cariño—. Has traído a tu prometida hasta aquí y no le has hecho caso.

—Lo lamento —dijo él con su tono educado—. ¿Le gustaría dar un paseo, señorita Callen?

Alice aceptó la mano que él le tendía, y mientras se levantaba, sus ojos se desviaron a Nathaniel. Seguía riendo con la misma joven de cabellos negros, pero a ellos se había unido un grupo significativo de caballeros.

—¿Estás celosa? —le preguntó él en voz baja cuando ya se habían alejado considerablemente de sus familiares—. Puedes ser sincera.

—Es… extraño —dijo, guiada por la necesidad de hablar. La Alice de hacía unos días hubiera negado todo y llevado la conversación a un punto más seguro, pero ese día sentía la necesidad de desahogarse, y desde la noche anterior, sentía que, en cierta forma, podía confiar en el duque—. No debería. Por decisión propia, corté todo lo relacionado con él, no me gustaron sus acciones, me sentí muy decepcionada y aun así… me siento traicionada —dijo, sorprendida por lo libre que se sentía al comentarlo—. Es absurdo, lo sé. Empiezo a pensar que mi madre tenía razón al decir que los sentimientos solo complican todo.

—Oh, sin duda complican todo. El problema con el amor es que no desaparece tan fácil. No puedes simplemente decir: voy a dejar de querer a esta persona y mágicamente sucede. Es como un corte. Duele un tiempo hasta que la piel vuelve a cerrar, y dependiendo de la profundidad de la herida, desaparece todo por completo o queda una cicatriz para recordarte lo vivido. Pero dejará de doler, ya lo verás.

—Pareces hablar por experiencia.

Él se encoge de hombros.

—¿Alguna vez te has enamorado?

—Una vez —dijo después de un rato—. Como supondrás, no terminó bien.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Ella murió —fue todo lo que dijo.

No tenía la mirada perdida, pero parecía ausente. ¿Sería la hermana de Nathaniel ese amor? ¿Podría ser la causa de la rencilla entre ambos? Si era así, resultaba irónico que, años después, el

destino entrelazara sus vidas de esa manera. Alice buscaba la mejor manera de indagarlo cuando se percató de que se habían alejado demasiado.

—¿No te parece que nos hemos desviado del camino? —preguntó mirando a su alrededor.

—Pensé en buscar algo de privacidad.

—Pero mi madre…

—Ambos sabemos que no te reprochará nada.

—¿Y la suya?

—Sabe cuándo fingir demencia. Si le pregunta, asegurará que siempre nos tuvo en la mira.

—¿A dónde me lleva? ¿A los paseos oscuros? —preguntó, horrorizada.

Los paseos oscuros de Vauxhall eran unos caminos sin ningún tipo de iluminación, que se prestaban para citas clandestinas e indecorosas. Entrar allí era la ruina para una señorita.

—Lo cierto es que no tengo ánimo de encontrarme con carteristas, así que no. Pero algunas zonas de estos jardines suelen estar sin muchas personas, como el paseo de las Hermitas. Por supuesto, no te forzaré. Si es tu deseo regresamos.

Pero Alice no quería volver. Se estaba dando cuenta que conversar con él sin la presión de tener que comportarse era bastante agradable. Además, sentía que él la entendía.

—Oh, bueno… socialmente ya estamos comprometidos. No creo que sea tan terrible —dijo ruborizada.

Él sonrió con picardía. Quiso creer que para él esos encuentros también estaban resultando agradables, porque pocas veces lo había visto sonreír con verdadero humor.

—No —concordó él en un claro intento por tranquilizarla—. No lo es.

Llegaron al paseo ubicado en la parte posterior del jardín. Aparte de ellos, solo había otra pareja de desconocidos, que se estaban marchando cuando ellos entraron. Vauxhall no estaba muy concurrido esa noche, quizás porque no había ningún entretenimiento especial.

—Por cierto, los acróbatas que me habías prometido hicieron una función inolvidable —dijo con humor.

—Temo que me dieron mal la información.

—Tienes que mejorar tus contactos.

Él esbozó una sonrisa sincera.

—Debería. Es una falta inadmisible que por su culpa haya yo ilusionado en vano a una dama.

Alice se rio, aunque también se sentía… extraña. Compartir esa clase de humor con él era algo nuevo, hacía que el ambiente se volviera más ligero.

Estaba tan cómoda que prefirió dejar el tema de la hermana de Nathaniel para después, temiendo arruinar el momento.

La luna se alzaba en todo su esplendor y la incontable cantidad de farolas proporcionaban una atmósfera que instaba a la tranquilidad.

—Es tan grato gozar de la paz —comentó Alice observando el cielo estrellado—, ¿no lo crees?

—Sí. Me parece que es injusto que haya tan pocas oportunidades para disfrutar de ella.

—No creo que se trate de que no haya momentos para disfrutarla, sino que nos hemos acostumbrado a vivir en alerta —respondió ella.

Él guardó silencio y Alice se giró hacia él. La estaba observando con ímpetu.

Tragó saliva, de pronto nerviosa por la intensidad con la que esos ojos la miraban.

—¿Por qué? —indagó él.

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué así es el mundo?

—O porque quizás estamos destinados a vivir sin paz.

Ella negó con la cabeza.

—Creo que es una decisión. En las noches, siempre que llego de una velada agotadora, me siento frente a la ventana y miro al cielo, me digo que hago lo mejor que puedo, y eso me hace sentir bien. En ese momento, elijo no fingir. Son momentos cortos, pero… agradables. Ayudan a no perder el juicio.

—¿Te has sentido a punto de perder el juicio?

Alice meditó su respuesta.

—Me he sentido a punto de perderme a mí misma.

Se hizo un silencio entre ambos, pero no uno tenso o incómodo, pues, aunque él no respondió, ella leyó en su mirada la compresión.

En otro momento, quizás se hubiera sentido vulnerable por revelar tanto; sin embargo, que él la entendiera la hacía sentir bien. Sentía que el problema no era ella, que no era una anormal por sentirse encerrada.

Una risa femenina los sacó del pequeño mundo de complicidad en el que se habían sumergido. Alice siguió el sonido y ubicó a su dueña a unos cuantos metros a su derecha, con los brazos rodeando el cuerpo de un hombre que conocía. No escuchaba qué decían, pero por la sonrisa de ambos, parecían estar pasándoselo bien.

En ese momento, Nathaniel encontró su mirada. Esta no reflejó nada, ni asombro, ni arrepentimiento, ni ira, era una cáscara vacía que volvió a centrarse segundos después en la dama que reclamaba su atención.

—Deberíamos marcharnos —dijo Alice con calma aprendida—. Deben haber notado ya nuestra ausencia.

—¿Y le darás esa satisfacción?

—Como le dije, no creo que tenga derecho a reprocharle nada. Al final, estoy aquí a solas contigo, ¿o no?

—Sí, pero esta reunión se deriva de intentar mejorar la relación en un compromiso en el que ya estábamos involucrados, compromiso que adquiriste después del tiempo que prometiste esperarlo. Él hace unos días dijo que te amaba, y ¿ya se está besando con otra?

Alice giró la cabeza para comprobar las palabras del duque. Nathaniel estaba besando a esa mujer sin ninguna clase de pudor.

Tragó saliva. De nuevo, sintió una punzada de dolor en el pecho, que las palabras venenosas del duque habían acentuado.

—Siento mala intención en tus palabras. ¿A dónde quieres llegar? Porque no quiero pensar que deseas lastimarme.

El semblante de él se ablandó.

—Lo siento. En realidad, solo planeaba incitarte a que te vengaras un poco.

Ella alzó una ceja.

—¿Cómo?

—Dejando que te bese. Si él quiere jugar a eso, tú también puedes hacerlo.

Alice se ruborizó.

—No estoy segura de que la venganza sea la opción más prudente.

—Es eso, ¿o es que temes mi contacto? —Él dio un paso hacia ella.

—No…

Sí, en realidad sí. Aunque más que temerle, la ponía nerviosa. No era su primer beso, y él lo sabía, por lo que su actitud remilgada podría ser ridícula. Sin embargo, con Nathaniel se había dado de forma natural, alentada por el enamoramiento. Con el duque… se sentía inquieta, sin saber qué esperar.

Alice iba a decir que no, sabiendo que él respetaría su decisión, pero un vistazo a Nathaniel despertó a una parte inmadura de ella que sí quería la satisfacción de una venganza. Alice no era por naturaleza rencorosa, no obstante, Oliver le había dicho algo que era verdad: hacía unos días que decía que la amaba, ¿y estaba besando a otra? Solo podía concluir que quería lastimarla.

Y no era justo.

No había sido ella la única que había tomado decisiones equivocadas.

Dio un paso hacia el duque, decidida, y asintió levemente.

Él la observó con una mezcla de interés y ternura que estuvo a punto de acabar con su valor.

No la besó de inmediato. Primero, acarició su mejilla con el dedo índice, y lo movió hasta que rozó la curva de su cuello, provocando en ella un estremecimiento de anticipación. Cuando se inclinó, lo hizo muy lentamente, dándole oportunidad de retractarse, pero Alice no se movió.

Al fin sus labios se tocaron. Al principio, fue un beso suave. Un roce, dos roces. El tercer roce fue un poco más intenso, y desde allí, se volvió un verdadero beso. El duque se apoderó de su boca a un ritmo que a ella le costó seguir, y que resultaba tan abrumador como placentero. Ella había disfrutado de los besos de Nathaniel, pero había algo completamente diferente en la forma en que el duque se estaba apoderando de su boca. Era más pasional, más atrevido, y despertaba en su cuerpo una necesidad que no sabía que tenía.

Sin percatarse, Alice terminó posando sus manos en sus hombros, pues temía perder el equilibrio de un momento a otro. El duque, como si lo presintiera, la rodeó con sus brazos y la pegó más a él.

Alice sintió que empezaba a quedarse sin respiración, y fue en ese momento cuando se separaron.

Con el corazón agitado, Alice respiró hondo para tranquilizarse. ¿Qué había pasado? Y, más importante, ¿por qué se sentía tan decepcionada de que hubiera terminado?

—Parece que se ha disgustado lo suficiente para marcharse —comentó Oliver mirando hacia atrás.

Fue entonces cuando Alice se percató de que Nathaniel y su dama ya no estaban. Observó al duque, que parecía bastante satisfecho consigo mismo.

—¿Cuál es el motivo por el que se odian entre sí? —preguntó Alice sin tapujos.

—No lo odio —dijo Oliver—. Pero no puedo hablar con él.

—Pero te desagrada lo suficiente para que su disgusto te cause satisfacción.

—No lo negaré.

—¿Acaso soy tu arma de venganza?

La posibilidad la indignaba. En la sociedad siempre había sabido que muchos la veían como un objeto, sobre todo para presumir, pero pensar que él, que tanto se había molestado en intentar llevar su relación más allá, solo la estaba utilizando…

Era una idea demasiado desagradable para tolerarlo.

—No, claro que no.

Alice lo miró con escepticismo.

—No niego que su disgusto me causa placer, porque debido a su comportamiento no me agrada como persona. Pero jamás te utilizaría para eso, y lamento si di esa impresión. En realidad, sugerí la idea porque me pareció una buena excusa para saber lo que se sentía besarte.

Y ante esa sincera declaración, todo el valor de Alice se esfumó. Se ruborizó como una tímida doncella y desvió la mirada. Con delicadeza, él le alzó el mentón.

—Si nos casamos, esto será parte del matrimonio. Eres consciente, ¿no? —Ella asintió—. ¿Te ha gustado? —preguntó inclinándose hacia ella.

Alice, avergonzada, iba a responder afirmativamente cuando unos jadeos a sus espaldas llamaron su atención. Frente a ellos, su madre y la duquesa viuda los observaban con desaprobación.

Oliver de inmediato dio un paso hacia atrás y compuso su semblante, pero era difícil ignorar lo que su posición había insinuado.

—Milord —dijo su madre con calculada indignación—. Sé que están prometidos, pero es indecoroso que se lleve a mi hija lejos de nuestros ojos protectores.

—Lo lamento, lady Latimer. La conversación con Alice es tan agradable que me distraje y no vi que nos alejábamos demasiado.

Había adoptado de nuevo su papel de caballero intachable y ese ligero tono de autoridad al que no se le podía replicar sin consecuencias.

—No se puede volver a repetir, Oliver —dijo la duquesa viuda.

—Quizás se debería adelantar la boda —sugirió su madre—. Es evidente que están ansiosos por compartir su vida juntos.

El duque no se inmutó, pero Alice sí se tensó.

Habían cometido un error grave al dejarse descubrir. Sus familias no permitirían una anulación del compromiso tan fácil después de verlos tan cercanos. Su madre no lo permitiría. Apelaría al honor del duque de ser necesario.

Quizás, el compromiso siempre fue inevitable, pero ya no se sentía tan mal por ello.

Capítulo 11

—Creo que al final de temporada sería una fecha ideal —comentó la duquesa viuda mientras iban en el carruaje camino a la mansión ducal—. Falta mes y medio para que termine. No es tan lejos como para que no puedan soportarlo, ni tan pronto para causar murmuraciones. Siempre se puede decir que están muy enamorados.

—No es necesario adelantar la boda, madre —comentó Oliver, aun sabiendo que no serviría de nada el comentario. Pero tenía que intentarlo. Se lo debía a Alice por su imprudencia.

—Oh, claro que es necesario —insistió la duquesa viuda—. Hoy demostraste que pareces más interesado en la señorita Callen de lo que yo misma creí. Te comportaste como un libertino. Creí que esa época ya había quedado atrás.

Él no replicó a eso. Hacía tiempo que había aprendido a ignorar los regaños de su progenitora, que de vez en cuando le daba por tratarlo como si fuera un joven de mala conducta.

—Aunque me alegro de que la dama te guste —continuó ella —. Es muy importante cuando vas a pasar toda una vida con alguien. Admito que, aunque el compromiso me alegró, temí que hacerlo solo por deber pudiera ser perjudicial para ambos en un futuro.

Oliver arqueó una ceja.

—No parecía importante que hubiera amor cuando insistías en que debía casarme para tener un heredero.

La dama se abanicó con desenfado. La actitud de una mujer acostumbrada a que nunca pudieran replicarle nada.

—Oh, bueno, esperar el amor puede hacer perder una cantidad increíble de tiempo, así que no siempre es prudente. Pero si se halla, no veo por qué no disfrutarlo.

—No estoy enamorado de ella.

No quería que su madre pensara que se estaba convirtiendo en un blando, al que solo le faltaba escribir poemas e ir a recitárselos a su amada. No había nada más lejos de la verdad.

—Oh, pero te interesa lo suficiente para romper las reglas de la moral llevándotela lejos de ojos supervisores. Llevas demasiado tiempo comportándote de forma ejemplar. Me es difícil creer que romperías una regla tan elemental, a menos que la necesidad de estar a solas con ella fuera más fuerte que el raciocinio.

Oliver no respondió, sabiendo que se condenaba con su silencio.

Pero ¿qué podía decir? Su madre tenía razón. Había actuado por un impulso insensato.

Se suponía que la idea de ir a Vauxhall esa noche era para espiar a Calloway. Y si bien lo había hecho y obtenido información interesante, no pudo resistirse a pasar un tiempo con Alice otra vez. Se puso como excusa evaluar sus sentimientos por Nathaniel, pero lo cierto es que disfrutó tanto de su compañía a solas, que no vio nada de malo en repetirlo. Para la sociedad, estaban comprometidos. Las murmuraciones serían menores.

Lo que no había tomado en cuenta era querer besarla.

Oliver sabía que había jugado sucio, reprochando la conducta de Calloway e instándola a besarlo en venganza, pero en su naturaleza no estaba hacer las cosas honorablemente si no le convenía. La había visto allí, preciosa, con su vestido verde manzana y sus cabellos rubios adornando su cara de forma coqueta, que no pudo resistir a cumplir el deseo que tenía desde el encuentro en su despacho.

Y había salido más que satisfecho.

Por no decir un poco ansioso de más.

Pero ese pequeño capricho le había costado algo muy importante en su plan: el tiempo.

A su madre habría podido manejarla, pero si quisiera romper el compromiso, estaba seguro de que le caería encima toda la ira de lady Latimer, y con toda razón. La dama había visto en ese beso el salvoconducto al que podría agarrarse si él decidía retroceder. Sería difícil cumplirle la promesa a Alice de dejarla libre si al final decidían romper.

Aunque él tenía fe de que no sería necesario estar en esa disyuntiva. Todo parecía ir bastante bien. Ella le agradaba y la

deseaba. Y aunque Alice no se lo había confirmado, él quería creer que también le había gustado su beso.

Si había podido olvidarse de Calloway en esos instantes, podría alejarlo para siempre de su mente en un futuro.

Algo que deseaba más de lo que quería admitir.

—O quizás, en el fondo sigues siendo ese rufián que tenía a media sociedad escandalizada con sus conquistas —continuó su madre, pensativa—. Siempre me pareció curioso tu cambio repentino.

—Era lo que ustedes querían, que me regenerara.

—Sí, pero nunca nos hiciste caso. Y los cambios no se dan sin una lección que los impulse.

—¿A dónde quieres llegar, madre? —preguntó, un poco a la defensiva.

—Te di la vida y te conozco. Sé que algo te pasó en esos años. Y sé que tiene que ver con la muerte de esa muchacha, la señorita Calloway.

Oliver se tensó.

—No te pediré que me lo cuentes, sé que no lo harás, pero no podrás quitarme la idea de que, por alguna razón, esa muerte te marcó más de lo que querías admitir. Sí, te volviste el hijo que deseábamos, pero también perdiste una parte de ti en el proceso.

—Creo que estás exagerando —dijo con calma, cuidando que no se evidenciara la tensión que le generaron sus palabras.

—Te conozco —insistió—. Sé reconocer que tu mirada se volvió vacía. Yo… insistí tanto en la boda porque pensé que la convivencia con una esposa podría darte algo de ánimos, y creo que no me equivoqué. Me alegro de que esa joven te guste, y espero que, sea lo que sea que haya sucedido en el pasado, puedas dejarlo atrás.

Oliver guardó silencio y ella no insistió.

Cuando llegaron a la casa, su madre se retiró de inmediato a la habitación, y Oliver esperó un tiempo prudente antes de volver a salir.

Caminó al lugar que Jack le había informado, centrado en la misión, aunque, de vez en cuando, su mente viajaba a la

conversación con su progenitora.

Vacío. Sí, supuso que se sentía así por momentos, pero no había querido analizarlo en profundidad.

Lo cierto era que después de la muerte de Rose, pocas cosas tenían sentido para él. Decidió vivir la vida que todos esperaban porque ya no tenía ánimos de seguir con la suya.

El punto de reunión era una taberna de apariencia cuestionable ubicada en Covent Garden, donde llegar con el contenido de los bolsillos intactos era un logro. Era el tipo de sitios a donde no iría ninguno que se preciase de tener clase, y por eso era perfecto para reuniones clandestinas.

Se ajustó la capa vieja que usaba para camuflarse y se bajó un poco el sombrero raído que tenía tiempo guardado en su armario. La taberna estaba oscura, con cerveza corriendo de mesa en mesa, mujeres ofreciendo favores y borrachos gastándose el sueldo de la semana.

Oliver ya había estado allí antes. El sitio fue conocido en su momento como «Los ángeles del placer» y su antiguo dueño podía dar información muy interesante siempre y cuando estuviera de humor. No estaba seguro de a quien pertenecía en la actualidad esa taberna, lo que sí sabía es que el fundador del lugar se coleaba en la alta sociedad con otro nombre asociado a una familia muy influyente. Oliver se dijo que algún día investigaría por diversión qué había pasado allí.

Localizar a su objetivo no fue difícil. Aunque tenían vestimentas propias del entorno, Oliver siempre había tenido una vista aguda.

Se sentó a una distancia prudencial de ellos. Desde allí no podría oír la conversación, pero no corría riesgo de que lo descubrieran por una mirada casual.

—¿Quieres algo de tomar, guapo? —preguntó una mujer con un escote pronunciado, una falda tan corta que haría desmayar a cualquier matrona respetable y unas medias negras que invitaban a descubrir lo que se ocultaba bajo el vestido.

«Sífilis, seguramente», pensó con ironía.

Pidió una cerveza y observó a su objetivo.

Así que era cierto.

Roger Fernard estaba involucrado.

Esa pequeña rata. Era un banquero que tenía más dinero que un noble, pero nunca pudo ser tratado como uno. No era de extrañar que se involucrara en una conversación que tuviera que ver con traición. La última vez no pudo probársele nada, y el rey le tenía tanto aprecio a su dinero que prefirió confiar en su inocencia. Además, su desaparición habría causado más revuelo que la de un hijo segundo endeudado.

La mujer que lo atendió regresó con una cerveza, y pareció muy decepcionada cuando Oliver no les prestó atención a los pechos que casi se le salían del corpiño al inclinarse. De joven, su lado morboso habría reaccionado. En ese momento, solo le daba asco.

Observó al par hablar por alrededor de una hora hasta que se marcharon. Oliver lamentó no poder escuchar su conversación, pero ese era el problema de cuando la identidad ya no estaba en cubierto. Todo era muy arriesgado. Pagó los tragos que se había obligado a beber y salió del local.

No los seguiría, eso sería aún más riesgoso. Le bastaba por el momento con saber que, si esos dos estaban viéndose clandestinamente, había algo más de fondo, no solo negocios.

Solo necesitaban conseguir las pruebas.

Mientras regresaba a casa, consideró si valía o no la pena seguir involucrándose en el tema. Por probabilidad, dudaba que lo que sea que tramaran tuviera éxito. No sería Prinny el regente más querido de Inglaterra, pero no había la misma tensión en el ambiente que produjo en su momento la caída de los reyes franceses. Necesitaban reclutar muchas personas, mover muchos contactos e idear un buen plan. Llevaban muchos años en ello y aún no lo lograban, dudaba que la intervención de Calloway adelantara algo.

Y dado los excesos en los que vivía el rey, Oliver presentía que Prinny abandonaría el mundo antes de que lograra hacer algo.

No, no debería intervenir. Debería dejar la información a Jack y que el resto del equipo se encargase.

Pero había varias razones que lo instaban a participar.

En realidad, solo una: Rose.

En su momento, había decidido no meterse con Nathaniel Calloway porque, aunque cómplice, no se involucraba. Era un crío al que le gustaba la buena vida, como a todos, y no sabía la magnitud del negocio en el que estaba metido su padre.

Pero ya no era un crío. Sabía en qué se estaba metiendo, y había decidido hacerlo a pesar de que eso le costó la vida a su hermana. Él podría echarle la culpa, limpiar el nombre de su padre, pero incluso en su versión de los hechos, era consciente de que su hermana había muerto porque su familia hacía negocios con conspiradores.

Y aun así había decidido seguir el camino de su progenitor.

Oliver no podía volver a perdonárselo.

Así pues, su rencor y su necesidad de venganza lo instaban a actuar.

Rose había muerto por esa conspiración.

Y era momento de atajarla, aunque se llevara al último de esa familia consigo.

***

Alice observó por última vez la nota que Nathaniel le había dejado antes de lanzarla al fuego. Era solo una fecha, una hora, y la promesa de una explicación. Pero ella no quería seguir jugando a eso.

Le había dolido verlo ayer con esa mujer, pero no tenía derecho a reclamar, no tenía esperanza de salvar lo suyo y, por ende, tampoco quería oírlo.

Era lo mejor para ambos.

Mientras observaba cómo las llamas consumían el papel, se dirigió a su cómodo y sacó de la gaveta las cartas que había estado guardando con tanto afán durante esos meses. No volvió a leerlas, pues se las sabía de memoria, y una a una las lanzó al fuego.

Una que otra lágrima rodó por sus mejillas mientras lo hacía. No lloraba por lo que no se pudo dar, pues a eso ya se había resignado, sino por los recuerdos buenos que el Nathaniel del año anterior le había brindado. A pesar de lo que había descubierto de

él, no podía negar que durante un tiempo la hizo sentir feliz y apreciada, y eso nunca lo olvidaría. Lloraba como un duelo por la persona que había conocido, aunque esta no fuera del todo auténtica.

Por momentos, una parte de ella se preguntaba si no debería perdonarlo, aceptar que cometió un error en su momento, pero no por eso era menos merecedor de su cariño. Otra, le decía que no valía la pena, pues el problema no era los errores que hubiera cometido, sino habérselos ocultado, engañarla, hacerla enamorarse de una sola parte de él. Y eso hacía que la decepción derrumbara todo lo que hubo entre ellos.

Esperaba que su falta de asistencia esa noche a la cita se lo dejara claro.

Cuando la última de las cartas quedó reducida a cenizas, Alice se permitió pensar en el duque y en su ya inevitable compromiso.

No había querido analizar demasiado los acontecimientos de la noche anterior, pero, puesto que estos fueron bastante relevantes, era difícil no pensar en ello.

Primero, él la había besado, y había admitido que quería hacerlo.

Segundo, a ella le había gustado el beso.

Cuando Alice había regresado a su casa esa noche, lo había hecho turbada, y sintiéndose un poco culpable. ¿Por qué, si apenas estaba superando la decepción de un amor, había reaccionado tan apasionadamente a un hombre que hacía solo una semana no le robaba ni un suspiro?

Supuso que era bueno, después de todo, era casi inevitable que no se casaran después de que sus respectivas madres los encontraran en tan comprometedora posición. Sin embargo, no dejaba de asombrarla lo rápido que estaba cambiando su perspectiva respecto al duque. Su tacto había dejado de ser frío para sentirse cálido. Su monotonía había sido sustituida por la excitación de huidas clandestinas, y sus besos eran capaces de quitarle el aliento.

Era, como Nathaniel, muy diferente a la persona que había conocido, pero en esta ocasión el cambio era para bien, porque Alice

ya no lo veía como un hombre perfecto frente al que tenía que fingir ser igual de perfecto, sino como alguien que conocía sus secretos, los entendía, y estaba también dispuesto a compartir alguno de los suyos, como ese amor de juventud que, de alguna manera, lo marcó. Era un hombre que parecía haber cometido errores y se arrepentía de eso, un ser humano que también sentía.

Era real, no una fachada.

Y era interesante conocerlo.

Tomó una nota que había dejado sobre la cama y la abrió. Otra propuesta de cita clandestina, solo que, de un emisor diferente, un lugar diferente y un día distinto. Sería el día siguiente, en su habitación, a medianoche.

Y la estaba esperando con ansias.

Capítulo 12

Dejar pasar al duque a su casa pasada las doce de la noche se sintió menos extraño que la última vez, pero llevarlo a su habitación le generó un nuevo nivel de inquietud.

Si él notó su nerviosismo mientras caminaban, no lo comentó. La seguía con pasos sigilosos, desenfadados, como si estuviera acostumbrado a los riesgos. Su cabello platinado resaltaba en la oscuridad casi tanto como la vela, y un bolso de cuero era sostenido con firmeza bajo su brazo. Alice se preguntó qué llevaría allí.

Una vez en su habitación, lo dejó pasar, dubitativa. Había organizado todo con meticulosidad para su llegada. El fuego de la chimenea estaba bajo, pero iluminaba lo suficiente para que la vela no fuera necesaria, así que la apagó.

—Se parece a ti —comentó él dejando el bolso de cuero sobre uno de los asientos frente a la chimenea. Alice lo miró interrogante —. La habitación —aclaró.

Ella observó sus aposentos. Estaban pintados con un color azul cielo que siempre le había traído calma. Las columnas eran blancas, al igual que las sábanas que cubrían la cama ubicada en el medio de la habitación. No había demasiados muebles. Su tocador, un armario, y un diván forrado en tela dorada debajo de la ventana.

—¿Por qué?

—Es bonita, inspira calma. Nada es exagerado. Belleza en la sencillez.

—Gracias —dijo, porque quiso asumir que era un halago—. ¿Qué has traído en el bolso?

En lugar de responder, él lo abrió y sacó una botella de vino que dejó sobre su tocador.

—Lavagulin —dijo ante su mirada estupefacta—. Ideal para aligerar tensiones.

—No creo que sea conveniente que beba —dijo, mirando con cautela la botella.

—No es muy fuerte —aseguró él y, a su vez, sacó dos copas del bolso.

—Pero…

—Aquí no hay reglas, Alice. Prometo no dejar que te emborraches.

Sirvió las copas con confianza mientras Alice lo observaba como si se hubiese vuelto loco. Ella nunca bebía. Su madre decía que no se veía bien en una dama.

Oliver le extendió una copa y la tomó con recelo.

—Pruébala. Si no te gusta, la dejas, no te obligaré a beber.

Alice se llevó la copa a los labios y los mojó en el líquido rojo. El sabor no era desagradable, ni tan fuerte como había esperado. Tenía el toque amargo del licor, pero mezclado con sabor dulce que lo compensaba.

—Supongo que una copa no hará daño.

Él sonrió.

—¿Puedo? ——preguntó señalando el diván.

Alice asintió, aunque consideraba que pedir permiso estaba de más. Ya estaba en su habitación, y estaban bebiendo vino. La atmósfera de intimidad a su alrededor hacía una formalidad tan básica extraña.

—Lamento lo ocurrido en Vauxhall —dijo después de tomar un trago—. No fue mi intención que nuestras madres nos encontraran.

Alice se encogió de hombros.

—Sabíamos que podía suceder.

—Anular el compromiso después de esto será más… complicado —advirtió—. Temo que tu madre no lo tomará bien.

—No lo iba a tomar bien de cualquier modo —contestó con tranquilidad mientras se sentaba frente a su tocador. Movió su copa en círculos y observó con parsimonia las ondas en el líquido—. Quizás la boda siempre estuvo destinada a darse.

—No soy muy creyente del destino —confesó él—. Siempre he pensado que todo lo que pasa es acción y consecuencia.

—Yo… creo que es una mezcla de ambas. —Bebió un sorbo de vino—. Algunas serán acción y consecuencia, pero otras… pienso que están marcadas. ¿No le ha pasado que a veces desea algo, hace

lo posible porque se dé, y aun así no lo logra? A lo mejor no estaba destinado a darse.

—O esa es la excusa que nos damos para consolarnos por no haber hecho más.

—¿Y de verdad cree que de haber hecho más se hubiera dado?

—A veces me gusta torturarme con esas hipótesis.

—Entonces, para torturarse, creo que es mejor creer en el destino —dijo con suavidad.

Él no respondió de inmediato. Bebió del vino con lentitud, aunque en cantidades considerablemente mayores que ella. Su mirada se desvió a la ventana.

—¿Entonces cree que nuestro matrimonio estaba destinado?

—Sí. Si lo pienso a detalle, mi destino estuvo sellado en el momento en que elegiste cortejarme. Rechazarte me habría dejado como pretenciosa. Habría sido mi ruina. Creo que nunca tuve otra elección.

—Pudiste huir con el señor Calloway cuando te lo propuso, o hacer caso omiso a mis advertencias y decidir quedarte con él después de todo. Siempre hay otro camino.

Alice suspiró con pesadez.

—Sí, supongo que sí. Pero a veces, si no estás verdaderamente convencido de que el otro es el mejor, no vale el riesgo de enfrentarse a las consecuencias.

—¿Y no estabas convencida?

—Al principio podría haberte dicho que sí. Después de enterarme de la verdad, no. O a lo mejor tienes razón, y solo soy una cobarde.

Él negó con la cabeza.

—Cualquiera puede actuar guiado por las emociones, pero no todos tienen la valentía de tomar una decisión que no quieren solo porque es la más sensata.

Ella esbozó una sonrisa triste.

—¿Y desde cuándo es sensato hacer lo que no quieres?

—Desde que hacer lo que quieres te arruina la vida.

—¿También experiencia? —preguntó con suavidad.

Él se limitó a asentir.

El silencio los envolvió, pero no de una manera incómoda. Él bebió hasta acabarse el vino y Alice dio sorbos cada vez más grandes. A cada trago, la bebida se le hacía más agradable.

—¿Has vuelto a saber de él?

—Me escribió para pedirme que nos viéramos ayer. Quería darme una explicación.

La confesión salió natural y sin vergüenza, y se dio cuenta que era porque le había tomado la suficiente confianza para decírselo sin miedo a ser juzgada. Se sentía bien.

—¿Y…?

—No acepté.

—¿Por qué?

—¿Para qué? —replicó ella—. Solo enredaría todo más. Estoy empezando a pensar que nunca estuvo destinado a darse… —Sonrío con tristeza—. O bueno, quizás yo ya no quiero que se dé. Hay cosas que aprecio de él, pero también conductas que no puedo tolerar.

Y que cada vez iban más en evidencia. ¿Coquetear con otra para darle celos? Le parecía tonto e inmaduro. ¿Por qué lo hacía si después quería explicarle? ¿Qué explicación podría haber? Sentía que el Nathaniel que había regresado de ese viaje era cada vez más diferente al que ella había conocido.

—¿Y puedes tolerar las mías?

—No lo sé. Hasta el momento, puedo aceptar lo que conozco de ti, tanto defectos como virtudes. Pero sé que hay mucho que no has desvelado, ¿o me equivoco?

—No —concordó él mientras se ponía de pie para ir a llenar de nuevo su copa—. Hay cosas que no se dicen en unas pocas salidas, supongo, pero que, ya que parece que nos hemos resignado a no saltar del barco, podríamos avanzar más. Hagamos algo —propuso mientras regresaba al diván—. Te haré una pregunta que espero que respondas con sinceridad y a cambio responderé lo que quieras con la verdad. ¿Qué dices?

—¿Cualquier pregunta?

Él asintió.

—Está bien.

—¿Por qué no te gusta tocar el piano?

Oh.

Alice se había olvidado de que él sabía sobre eso. Le sorprendió que, de todo lo que escuchó en esa conversación, se hubiera quedado con ese detalle en particular.

Dio varios sorbos a su copa antes de responder. Los recuerdos regresaron a ella como fantasmas desagradables, pero habían pasado tantos años que ya no dolía tanto.

—Mi madre siempre insistió en que era muy apreciado por los caballeros, que una dama tuviera habilidades musicales, pero no solo que tocara bien, sino que lo hiciera extraordinariamente bien. Decía que les enorgullecía poder presumir a sus amistades tener una esposa con esas dotes, así que convenció a mi padre que contratara al mejor profesor de piano que pudiéramos pagar. La señorita Bernard era una eminencia en la música. Sus dedos se movían sobre el instrumento como si tuvieran vida propia, pero… también era una maestra algo estricta. —Hizo una mueca por los recuerdos y volvió a tomar de su copa—. Cada vez que me equivocaba, me obligaba a poner las manos sobre la mesa y me golpeaba con una varilla, lo cual era tortuoso ya que, en primera instancia, me costó dominar el instrumento. Una vez me dio tan fuerte que me rompió un dedo.

Él arrugó el ceño.

—¿Tus padres lo sabían?

—Madre sí. Decía que exageraba, que la señorita Bernard solo quería que aprendiera, y que, si asociaba error con dolor, dejaría de equivocarme. Esa fue la primera que sentí la presión por ser perfecta, y también la primera vez que empecé a odiarlo.

Él no respondió. Su semblante era inexpresivo, pero ella podía notar en su mirada el disgusto y una rabia creciente.

—Mi padre se enteró cuando me rompió el dedo —se apresuró a decir ella—. Y la despidió.

—Al menos alguien tiene sentido común —respondió con sequedad—. Es deprimente saber hasta dónde se llega solo para cumplir estándares ajenos.

—¿Te pasó algo similar?

Él negó con la cabeza.

—Tenía tutores y profesores en Eton que te daban con la regla si desobedecías, pero nada demasiado traumático. Nunca me rompieron un hueso, eso es seguro.

—¿Porque eras bien portado?

Él sonrió.

—Me castigaban más de lo que mi padre habría aprobado. Era rebelde desde niño. No me gustaba que me dijeran qué hacer.

—Oh, creí que eso venía innato con el título —bromeó ella.

Oliver amplió su sonrisa.

—¿Verdad? No veo por qué se quejaba tanto mi padre.

Alice también sonrío.

Él alzó la copa en un brindis silencioso que ella correspondió. Se terminó el contenido de la bebida, esperando encontrar el valor para preguntarle lo que deseaba.

—Es mi turno —dijo en voz baja, algo temerosa. Él hizo un ademán con la mano para instarla a continuar. Alice respiró hondo—. La mujer que dijiste amar… era la hermana de Nathaniel.

Se arrepintió de haber preguntado cuando notó que se le borraba la sonrisa. El ambiente agradable se llenó de tensión, y su mirada se volvió oscura.

—Deduzco que has estado hablando con mi madre.

—Comentó por casualidad tu interés hacia ella. He… unido los puntos.

Oliver no respondió, pero no necesitaba hacerlo. Su silencio lo dijo todo.

«El mundo es pequeño e irónico», pensó Alice, sorprendida. Terminar comprometida con un hombre que amó a la hermana del hombre que ella también amó. Casi parecía una broma creada para entretener a algún ser superior.

—Sí, fue ella —respondió con lentitud.

—Y… ¿es la razón por la que ustedes se odian?

—En parte.

Alice tenía mucha curiosidad por saber esa historia y, por eso, sus respuestas escuetas empezaron a exasperarla.

—¿Vas a contarme la historia?

—No es algo que me guste recordar —dijo, evasivo.

Se sintió herida. A ella tampoco le gustaba recordar sus clases de piano, pero se había abierto a él por su petición de ser sinceros, de conocerse más. Pero él, aunque había respondido a su pregunta, estaba siendo esquivo. ¿No le tenía, entonces, la misma confianza que ella había pensado que se estaba formando entre ellos?

Volvió a llenar su copa de vino y, esta vez, vació la mitad casi de un trago, impulsada por la molestia. ¿Por qué siempre tenía que ser ella la que revelaba su lado más vulnerable y la otra parte tenía derecho a guardar secretos?

—Alice…

—Tal vez sea mejor que se marche. Es tarde, y no creo que esté siendo una reunión recíproca.

Él suspiró. Se puso de pie y Alice lo imitó, pero en lugar de caminar hacia la puerta, se ubicó frente a ella.

—Te lo contaré —prometió—. Solo… necesito tiempo. Es un tema delicado.

—Sabes todo sobre mi relación con Nathaniel, te he contado cómo me siento y te he dicho un horrible recuerdo de mi pasado. También son temas delicados para mí, pero decidí ser honesta porque quiero confiar en ti, quiero de verdad que este matrimonio sea algo más que apariencias. Pero tú apenas estás dispuesto a dejarte conocer. ¿Te parece justo?

Él se pasó una mano por los cabellos, frustrado. Era la primera vez que lo veía sin saber qué hacer.

—No. Es solo que… Amé mucho a Rose, más de lo que nunca llegué a amar a nadie. Su muerte aún es una herida profunda que tengo clavada en el pecho, una culpa de la que no me puedo deshacer, que no quiero confesar en voz alta para no sentirme peor.

—¿Culpa? —indagó Alice, confusa. Al ver que él no decía nada, murmuró con suavidad—. A veces, hablarlo libera el alma.

Él no respondió. Ni siquiera pareció escucharla. Su mirada, fija en un punto de su habitación, parecía haber viajado a esos recuerdos que lo atormentaba. Entonces, ella lo comprendió: era un peso muy fuerte el que cargaba en su alma.

Le puso una mano sobre el hombro a modo de consuelo silencioso. El tardó unos segundos el notarla, y cuando lo hizo sus

ojos la observaron con una vulnerabilidad que jamás le había visto. De alguna manera, parecían estar pidiéndola ayuda, empatía y comprensión.

—Está bien —dijo con suavidad—. No insistiré en que lo cuentes si no deseas hacerlo.

Él se terminó el contenido de su copa de un trago antes de recostarse contra el tocador. Su mirada volvió a perderse, pero en esta ocasión, en lugar de sumirse en el infierno, parecía solamente reflexiva.

—Alice, querida Alice. Creo que de esta cita clandestina hemos podido concluir que ambos estamos más rotos de lo que esperábamos.

—Bueno, al menos ya tenemos algo en común.

Ambos se rieron. Cuando el duque la observó, había algo diferente en su mirada. Era más cálida, dulce. La expresión de alguien que había encontrado algo que le gustaba mucho.

—Creo que tenemos más cosas en común de las que piensas —dijo en voz baja.

—Ah, ¿sí?

—Nunca me respondiste la pregunta en Vauxhall. ¿Te gustó el beso?

Alice se sonrojó ante el recuerdo y bajó la cabeza.

—Sí —musitó.

Él dio un paso hacia ella.

—No te escuché.

Le alzó la cara, sus ojos se encontraron. Había en ellos una intensidad que le provocó un cosquilleo en todo el cuerpo.

—Sí —dijo con más firmeza.

Esta vez no pidió permiso. Se inclinó hacia ella y volvió a besarla, con más fuerza y pasión que la última vez.

Alice no entendía cómo un simple contacto de labios podía hacerla arder de esa manera. Su cuerpo respondía como si lo hubiera estado deseando toda su vida, y sentía el impulso indecente de pegarse a él.

Lo hizo.

Él jadeó entre sus labios. Se separó justo cuando le faltaba el aliento, pero no se detuvo, empezó a dejar besos en su cuello, en su mejilla y hasta en el lóbulo de su oreja. Alice se aferró a él para no caerse. Las piernas le temblaban.

—Oliver —musitó. Pedía algo, pero no sabía qué.

—¿No crees, querida, que esto es un buen punto en común?

Ella no encontró la voz para responder.

Él siguió dándole pequeños besos, cada vez más cortos, hasta que la respiración de Alice se regularizó lo suficiente para poder pensar. Cuando lo hizo, la vergüenza la instó a separarse, pero él la retuvo con un brazo sobre su cintura.

—Este… este no es el comportamiento de un caballero ejemplar —dijo, recordándole su conversación en el despacho.

—Si rememoras aquel momento, dije que esa noche me había comportado como un caballero, pero jamás prometí seguir haciéndolo.

Era verdad.

Alice lo empujó y él se alejó con una sonrisa arrogante. Ella estaba muy avergonzada por su proceder.

El vino. Debió haber sido el vino.

—Si te sirve de algo, puedo prometer no quitarte la virtud hasta la boda. A menos que me lo pidas.

—¿Por qué haría eso? —preguntó, horrorizada.

Él alzó las cejas a modo de burla. Ella se tapó las manos con la cara.

—Es momento de que te vayas.

—Pero la noche es joven.

Ella le digirió una mirada funesta.

—Vete.

Sin perder la sonrisa, Oliver tomó el bolso de cuero y lo ubicó bajo su brazo.

—Te dejo el vino, para nuestro próximo encuentro.

—No confíes en que te dejaré volver a mi habitación.

Él se rio y, como respuesta, Alice abrió la puerta para invitarlo a salir. Oliver lo hizo. No dijeron nada en el trayecto hacia la cocina, pero una vez en la salida, él se recostó en el marco.

—Gracias por confiar en mí. Aunque tienes derecho a ponerlo en duda, prometo que esa confianza te será retribuida. Estoy haciendo un esfuerzo, créeme.

No esperó a que ella respondiera, solo se marchó.

Alice regresó a su habitación un poco desorientada. Había sido, sin duda, un encuentro lleno de muchas emociones. Quizás el duque se había negado a contarle la historia tras su romance con la hermana de Nathaniel, pero había dejado entrever muchas otras cosas igual de importantes, como su vulnerabilidad, su lucha, y su deseo de dejar ir.

Era verdad que, a su manera, ambos estaban algo rotos, y eso hacía que se entendieran.

Aunque era evidente que se entendían también en muchos otros aspectos.

Acurrucada en su cama, optó por no avergonzarse más y centrarse en los avances que habían hecho.

Tal vez las decisiones sensatas no siempre eran las que traían la felicidad, pero si tomaba todo con optimismo, podrías ser menos desagradables de lo que se esperaba. Solo había que trabajar en ello.

Capítulo 13

No había planeado otro encuentro a solas, pero la intimidad que se había formado entre ambos era evidente.

Mientras paseaban por el parque, Alice comparó esa salida con la última que tuvieron en el mismo lugar. Al igual que la vez anterior, sus madres los seguían a una distancia prudencial, ojos curiosos los observaban con discreción desde distintos puntos, y de vez en cuando se detenían a saludar de forma cortés a un conocido que requería la atención del duque.

No obstante, no hablaban del clima, no hacían halagos falsos ni cuidaban sus palabras. Todos los estaban viendo, pero mientras nadie los escuchara, podían dejar parcialmente las máscaras.

—Si te dieran un penique por cada persona que quiere agradarte, ¿cuánto hubiese doblado tu fortuna? —preguntó Alice después de que Oliver logró sacarse de encima a un lord que había estado muy insistente en invitarlo a su casa.

—Posiblemente sería más rico que el rey.

—He escuchado que eso no es muy difícil.

Él soltó una carcajada discreta y Alice esbozó una sonrisa inocente. Todo sabían que Prinny tenía más deudas que fortuna, y gustos excesivamente caros.

—Hablar mal del rey podría considerarse traición, señorita Callen.

—No si nadie me delata.

—Podría guardar silencio por un buen incentivo.

—¿Mi dote es suficiente para usted?

—No estoy necesitando dinero. Deberá pensar en otra cosa.

Ambos leyeron su intención en sus ojos pícaros y se sonrojó.

—Sabes, creo que nunca te había visto sonrojarte antes de descubrirte aquel encuentro en la sala de música de los Middleton.

—Madre siempre me pellizcaba las mejillas para que agarraran color, pero no duraba demasiado tiempo, lo cual la frustraba, porque aseguraba que el sonrojo de una dama hacía

sentir especial a un caballero. Pero yo no podía fingirlo, creo que es algo que se da naturalmente.

—¿Y ahora se da naturalmente porque…?

Alice se encogió de hombros.

—Supongo que… ya no controlo tanto mis emociones.

Lo cual era tan liberador como peligroso. Dar mucho nunca era muy conveniente.

Siguieron caminando en un silencio cómodo. Atrás, sus madres parecían sumidas en su propia conversación.

—Si me hubieran dicho hace unas semanas que pasaríamos de hablar sobre el clima a cuestionar a nuestro regente, no lo hubiera creído. Estaba convencida de que me esperaba una vida muy aburrida a tu lado —comentó Alice.

—¿Ahora tienes más fe?

Ella asintió.

—Yo también —dijo él con sinceridad.

En ese momento, un hombre se les acercó. Tenía el cabello castaño hasta los hombros, ojos risueños y porte burlón. Al ver a Oliver, sonrió con alegría.

—Abercorn, me alegro encontrarte por aquí.

Alice no recordaba haberlo visto en alguna reunión, pero su forma de vestir delataba origen noble. Le hablaba con formalidad al duque, pero había en su tono una familiaridad difícil de obviar.

—Zouche —dijo Oliver sin mucho ánimo—. ¿Conoces a mi prometida, la señorita Callen?

Alice hizo una corta reverencia y extendió la mano para recibir un beso formal.

—Es un placer, señorita Callen. Me presento: Jack Villan, barón Zouche. Abercorn la menciona con frecuencia.

—Me es grato saberlo. Espero que sea porque está contento con nuestro compromiso.

No le fue difícil volver a interpretar el papel de joven seria y educada. Habían sido tantos años de entrenamiento que esa parte de su personalidad tomaba el control, apenas se presentaba ante un desconocido.

—Contentísimo. Desea mucho casarse con usted.

Se estaba burlando de ella, Alice lo notó de inmediato. Dirigió una mirada a Oliver, quien tenía un semblante inexpresivo. El hombre frente a ambos parecía estarse divirtiendo mucho, y ella dedujo que debía saber la naturaleza de su compromiso, y se entretenía molestando al duque con eso mientras la creía una joven tonta, fácil de engañar, quien se emocionaría por la declaración.

Se molestó, pero mantuvo la calma. Esbozó una sonrisa calmada.

—Yo también deseo casarme con él. Siempre fue una unión recíproca —dijo con intención.

La mirada del barón pasó de la diversión a la curiosidad. Alice esperaba haberle dejado claro que no podía jugar con ella.

—Ha sido un gusto verte, Zouche, si nos disculpas…

—Excelencia, no quiero interrumpir su paseo, pero tengo algo muy importante que hablar con usted. Mi querida dama, ¿le importa que se lo robe un momento?

—Por supuesto que no.

—Ya regreso.

El duque y el barón se alejaron. En cuanto la vieron sola, su madre y la duquesa se acercaron.

—Al parecer mi hijo aún no aprende que es de mala educación dejar sola a una dama —dijo la duquesa viuda observando a Oliver con desaprobación.

—Parecía urgente —lo defendió Alice—. Comprendo que tiene cosas que atender.

Aunque admitía que sí se sentía ligeramente decepcionada por la interrupción de su charla.

—Mi hija entiende que los hombres tienen prioridades —comentó su madre con orgullo—. Será una esposa increíble.

—Oh, no lo dudo, querida, pero si me aceptas un consejo, ponle límites. Sumirse tanto en responsabilidades nunca es bueno para nadie, y de vez en cuando necesitan la tranquilidad que solo les puede proporcionar una esposa.

—Intentaré que encuentre paz en mi compañía.

Así como ella tenía la esperanza de encontrarla en la de él.

El duque regresó. Su semblante se había vuelto serio e impenetrable. Estaba tenso, pero, aun así, su tono fue controlado cuando dijo:

—Señorita Callen, temo que ha surgido un inconveniente que tengo que atender de inmediato. Ruego que me disculpe, pero debemos posponer nuestra salida.

—Oliver… —reprochó su madre—. ¿Qué puede ser más importante que…?

—No se preocupe —intervino Alice—. Habrá más oportunidades de seguir conversando.

—No lo dudo.

Él esbozó una sonrisa cómplice que la hizo sonrojar. Se despidió con las formalidades pertinentes y caminó hasta el árbol, donde el barón lo estaba esperando.

La duquesa viuda decidió acompañarlas hasta su casa y se quedó a tomar el té. Alice, sin embargo, no participó demasiado en la conversación, intrigada por el asunto que había llevado al duque a marcharse. ¿Qué podría haber sido tan urgente? No era una emergencia familiar; tampoco creía que fuera algo relacionado con sus propiedades, porque ese hombre no parecía estar a su servicio. ¿Entonces?

¿Si se lo preguntaba se lo diría, o sería uno de esos secretos que aún no se atrevía a confesar?

Cuando regresó a su cuarto, revisó la correspondencia. Henrietta la invitaba a tomar el té, al igual que otras señoritas que querían saber los pormenores de su compromiso. Aceptó la invitación de su prima, como la de algunas conocidas a las que creía poder tolerar. Rechazó con educación las de aquellas que más le desagradaban. Casi había terminado con su correspondencia cuando se topó con la carta. Tenía su nombre y una dirección que conocía. No se había atrevido…

Abrió la carta.

Mi querido sol.

Ya que has prohibido a tu doncella que te haga llegar más cartas a mi nombre, he decidido no ser discreto. Nos vemos hoy en el lugar de siempre, y si

no asistes, ten por seguro que me presentaré en tu casa y ni la mala actitud de tu madre podrá echarme hasta que hable a solas contigo.

Siempre tuyo,
Nathaniel.

Alice arrugó la nota, furiosa. ¡La estaba amenazando! ¿Cómo se atrevía? ¿Qué clase de juego perverso estaba jugando con ella?

Se debatió sobre qué hacer. Podría ignorarlo y confiar en que no sería tan canalla para aparecerse en su casa y armar un escándalo, pero ¿y si lo hacía? Nathaniel podía ser muy impulsivo.

Fastidiada, se dijo que tendría que hablar con él. No podría arriesgarse a que fuera a buscarla. A su madre le daría una apoplejía y sería un incordio en el futuro.

Pero se encargaría de cerrar su relación de una vez por todas.

Encerrados en el despacho de la casa de Jack, Oliver tamborileó con los dedos sobre el reposa manos y esperó con paciencia inestable a que su amigo terminara de servirse su brandy con una parsimonia irritante. No dijo nada, solo porque conocía lo suficiente a Jack para saber que cualquier muestra de desasosiego de su parte provocaría que hiciera cada actividad con aún más lentitud.

—Tu informe fue bastante interesante, aunque nada que no sospecháramos ya —comentó mientras bebía de su copa. Volvió a hacerle un gesto para ofrecerle una, pero Oliver negó con la cabeza, así que él se recostó en la esquina del escritorio—. Habría sido mejor escuchar su conversación.

—Es difícil pasar desapercibido cuando conocen tu identidad.

—Podría haberte acompañado.

—Jamás me negué a ello.

—Sí, bueno, es que ese fue un día… complicado. He estado hablando con el equipo, y hay dos opciones para cerrar el problema: o conseguimos un infiltrado que consiga pruebas de traición que satisfagan a su majestad, o que uno de ellos mismos decida delatar a los otros. Lo primero es difícil, estamos escasos de personal y esa gente es muy cuidadosa. Lo segundo, sin embargo, podría tener cierto éxito.

—¿Ah sí? —preguntó con burla—. ¿A cuál de ellos crees tan tonto para echarse la soga al cuello?

—A Calloway.

—Estás loco.

—No, mi querido amigo, estoy más cuerdo que nunca. Piénsalo. Nathaniel no es un conspirador. No tiene el temple de su padre, ni guarda el mismo nivel de rencor. En el fondo, su carácter es muy manipulable. He indagado, he escuchado historias. Sé que se fue de Inglaterra buscando fortuna porque aspiraba a una mujer que no podía tener.

Oliver no dio ninguna muestra de conocer nada sobre eso, pero mucho temía que Jack sabía demasiado.

—Hacer dinero no es fácil si no tienes conexiones, pero si tienes un apellido de alguien que te ayudó en el pasado… Ellos vieron en Nathaniel un blanco fácil. Imagínate. Un joven atractivo que regresaba rico. La sociedad lo recibiría con recelo, pero lo aceptaría. Podía aspirar a contactar con ciertas personas, deslumbrar a ciertas muchachas, como la hija del banquero con la que estaba en Vauxhall. Incluso, meterse en los eslabones más bajos de la alta sociedad. Pero había un problema en todo eso: la joven con la que él quería casarse.

Oliver escuchó la teoría con interés. Era la misma que él se había planteado, pero había un cabo suelto que aún no lograba resolver, y quizás Jack pudiera ayudarlo.

—Y es aquí donde aún no he armado la historia. De alguna manera, Nathaniel quiere casarse con esa joven, pero no le conviene hacerlo todavía porque ser soltero le permite ciertas libertades. Sospecho que pensó que se podía burlar de lo que ellos esperaban de él sin medir bien las consecuencias, pero se está dando cuenta de que no, y eso debe tenerlo en un dilema. Y bueno, está el detalle de que la dama en cuestión está comprometida.

Oliver suspiró con fastidio. Debió haberle aceptado el trago.

—¿Y quién es dicha dama? —preguntó con ironía.

—Vamos, amigo, lo sabes tan bien como yo.

—Me gustaría saber cómo te enteraste.

Él bebió de su copa con una sonrisa de satisfacción.

—Las fuentes son secretas, lo sabes. Pero no fue difícil atar cabos. Nathaniel se va a otro país a buscar dinero por una mujer. Antes de irse, la única dama que podría estar fuera de sus posibilidades, y a la que le prestó cierta atención, fue a la honorable señorita Callen. Me dijo por allí un confidente que la vizcondesa esperaba más para su hija y siempre desaprobó sus encuentros, pero no significan que se hubiera murmurado inocentemente de estos. Entonces, cuando hace su primera aparición en sociedad, da la casualidad de que la señorita Callen se desmaya en su presencia, siendo una mujer poco dada a dramas, como sabes. No es difícil concluir que ella había perdido la esperanza de que regresara, y cuando lo hizo estando ella comprometida, el impacto la hizo perder el sentido, ¿o me equivoco?

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó, fastidiado.

—Es muy curioso —dijo Jack, ignorando su impaciencia—. Comprometerte con la mujer que Nathaniel ama, habiendo muchas probabilidades de que ella lo ame también a él, ¿o no? —Como Oliver no respondió, continuó—. La vida tiene un sentido del humor tan perverso que toda la situación parece una novela. Me sorprende que sigas comprometido con ella después de saber su pequeña historia de amor.

—Jack… Si no me dices por qué has insistido con tanta urgencia para que habláramos, me iré.

—Está bien, está bien —dijo su amigo y alzó su bebida en señal de paz—. Sabemos que Nathaniel odia la posición que le tocó y ama el dinero. Sin embargo, existe la posibilidad de que ame más a la señorita Callen que a lo primero.

—No lo creo.

—Oh, yo sí. En el fondo es un sentimental. Si no fuera por ella, no se les hubiera unido.

—Se les unió porque nunca ha tenido moral.

—Bueno, pero quizás ella influyó. Y es en esa esperanza donde he fundamentado un plan…

—¡No! —exclamó Oliver poniéndose de pie.

—Hombre, ni siquiera lo has escuchado.

—Sé lo que insinúas, y no pienso dejar que la involucres.

—Pero piénsalo. Solo alguien que tiene tal influencia en Nathaniel podría…

—No vas a involucrarla —dijo lentamente, remarcando en cada palabra una amenaza—. ¿No recuerdas lo que le pasó a Rose?

—Nathaniel no le haría daño.

—Hay más gente sin escrúpulos en ese grupo. Ni lo sueñes.

Empezó a caminar hacia la puerta, pero Jack se apresuró a interceptarlo.

—Vamos, Oliver, entiendo que no te guste la idea, pero sabes que no es mala. Además, a diferencia de Rose, la señorita Callen tiene más temple, sabe disimular mejor.

—Eso nos significa que sea una espía.

Y no podía imaginar a Alice en ese papel. Sabía ponerse una máscara en sociedad porque la habían educado para eso, pero aún era una joven sentimental. Era diferente mantener sus emociones en control que conspirar para algo. Él la había visto ponerse nerviosa las veces que había ido a visitarla, cómo su voz se volvía temblorosa, sus manos arrugaban su ropa y sus ojos estaban recelosos. Por irónico que pareciese, Alice aún era demasiado auténtica para fingir al nivel que ese plan requería.

Y él jamás se lo pediría, porque le gustaba como era.

—Pero…

—¡Ya basta! Ella ni siquiera querrá ayudar. Podrá no estar de acuerdo con las acciones de Nathaniel, pero aún lo aprecia lo suficiente para no colaborar con su muerte.

—Entonces, quizás pueda convencerlo de volver al buen camino.

—¡He dicho que la dejaremos fuera! —gritó, ya fuera de sí—. No sabe nada sobre esto, y se mantendrá así por el momento. No pienso involucrar a mi mujer en esto y espero que no insista con esa absurda idea.

—Tu mujer —repitió Jack con una sonrisa provocadora—. Para ser un compromiso solo por conveniencia, te importa bastante, ¿no crees?

Oliver no respondió, pero si tenía que admitírselo a sí mismo, la respuesta era afirmativa. Podría decir que, independientemente de

su relación, era su prometida y tenía que cuidar de ella, no cometer los mismos errores que con Rose. No obstante, sabía que el interés en protegerla iba más allá de un compromiso moral. Cuando Jack sugirió la idea, pensar que se podría repetir la historia lo llenó de terror, uno que no recordaba sentir desde hacía mucho tiempo. No supo cómo evitó darle un golpe para sacarle esa absurda idea de la cabeza, lo que sí sabía era que sobre su cadáver pondrían a Alice en peligro.

—Oliver —dijo Jack, esta vez un poco más comprensivo—, estamos en una situación crítica. No tenemos gente, y esto en un futuro puede llegar a ser un problema. La monarquía, todo lo que conocemos, está en peligro.

—Pues que caiga —dijo con indiferencia mientras esquivaba a Jack y llegaba a la puerta—, pero la dejarás fuera de esto, o te juro que acabaré contigo.

—No tiene por qué ser peligroso…

Oliver no lo escuchó. Salió dando un portazo y no le importó evidenciar esa muestra de sus sentimientos. Decir que estaba enfadado era poco. Estaba furioso. Furioso con Jack por atreverse a sugerirlo, furioso con Nathaniel por haberse involucrado en esa maldita conspiración, y furioso consigo mismo por sentirse incapaz de controlar la situación, porque no todo estaba en sus manos.

Sin embargo, proteger a Alice sí lo estaba, y haría hasta lo imposible por mantenerla a salvo, aunque eso significase romper promesas, guardar secretos, o ensuciarse las manos.

A fin y al cabo, tampoco sería la primera vez.

Capítulo 14

Alice apretó con fuerza el abrigo que la protegía del frío de la noche mientras observaba la figura de Nathaniel acercarse.

Recordó cómo en sus encuentros clandestinos anteriores había sentido emoción al verlo llegar, y se preguntó de qué manera había pasado de dicha a inquietud. De ganas de verlo a no querer saber nada de él. ¿Así se sentía la decepción?

Nathaniel llegó y se detuvo frente a ella. Alice no podía detallar bien su rostro, pero sus cabellos estaban más despeinados que de costumbre y parecía cansado.

—Me alegro de que hayas venido.

—No parecía ser una petición —dijo con resquemor.

Él bajó la mirada, avergonzado. Ella nunca le había hablado así, pero él nunca la había amenazado.

—Necesitaba que aceptaras venir.

—¿Qué quiere, Nathaniel? Pensé que nuestra última conversación fue clara.

Dolorosamente clara.

—Sé que estabas molesta —dijo con lentitud—, y lo entiendo, pero Alice, ¿puedes intentar entenderme tú un poco a mí?

—Te entiendo, Nathaniel, pero no lo justifico.

Y eso había sido lo que había quebrado todo, porque ella podía comprender sus motivos, pero su moralidad no lo aceptaba como correcto. ¿Cómo podía dejar todo por alguien que, en realidad, pensaba tan distinto a ella?

—Quizás esto en realidad nunca tuvo que darse —dijo Alice con lentitud, rememorando la conversación con el duque.

Nathaniel dio un paso hacia atrás como si lo hubiese abofeteado.

—Es él, ¿no? Él te ha estado convenciendo de eso. Vi cómo lo besabas en Vauxhall. ¿Acaso te has enamorado de él?

Alice se rio sin humor.

—Nathaniel, no tienes derecho a reclamarme. ¿Te recuerdo qué estabas haciendo tú en Vauxhall?

Él volvió a bajar la mirada. ¿Cuándo se convirtió en una fuente de confianza a un hombre que ocultaba tanto?

—Eso… quería explicártelo. No tengo nada con ella, solo fue un coqueteo de conveniencia. Es la hija de un banquero, con el que espero una… alianza.

No supo si Nathaniel se daba cuenta de que en lugar de mejorar las cosas acababa de empeorarlas. Acababa de decirle que había besado a otra mujer, que se había olvidado de su amor hacia ella y sus promesas solo por conveniencia.

Estuvo a punto de soltar una risa histérica.

—¿Y si nos hubiéramos casado, Nathaniel, también la habrías besado para formalizar la «alianza»?

—Alice…

—No tienes que darme explicaciones —dijo, cansada. Se podría decir a su favor que la decepción no había aumentado, solo se había afianzado más, pero no dolía tanto—. Ya habíamos terminado para entonces.

—¡No! —dijo en voz demasiado alta para ser una cita clandestina—. No quiero que esto termine, Alice.

—Tampoco tiene a dónde ir. Me voy a casar con el duque.

—Él dijo que te liberaría si así lo deseabas.

Alice arrugó el ceño.

—¿Así que has estado hablando con él?

Nathaniel no respondió, meditaba su respuesta. Alice sintió curiosidad, pero no quería prolongar esa conversación.

—No importa. No quiero romper el compromiso.

Y tampoco era que pudiera. Su madre no lo permitiría.

—¿Por qué? —preguntó con tanto dolor que Alice sintió que se le oprimía el corazón.

—Porque… no eres la persona de la que me enamoré —respondió, melancólica.

Al menos, ya no dolía. No tanto.

Alice se llevó su mano al pecho, donde antes su corazón había llorado por la falta de Nathaniel, por el engaño, la desilusión. En ese momento, solo había una ligera decepción que se estaba resignando a que a veces no todo era como se quería.

—Sigo siendo yo —insistió él. Hizo amago de acercarse más, pero al ver que ella retrocedía, se mantuvo en su lugar—. Sigo siendo el que te hizo reír en nuestro primer baile, quien te dio tu primer beso, quien de verdad te entendió. ¿Él puede entenderte así, Alice?

«Sí».

No se lo dijo, pero Alice no dudaba de que así era. Hablar con el duque era diferente a hablar con Nathaniel. No mostraba la misma empatía, pero se sentía comprendida de una forma tranquila y segura. A veces, su silencio era todo lo que necesitaba para saber que él la entendía. A lo mejor porque habían vivido situaciones similares.

No podría decir que se había enamorado del duque, no cuando ver a Nathaniel aún evocaba recuerdos pasados. Sin embargo, sí podría decir que el hombre que tenía en frente ya no le nublaba la mente, ni le aceleraba el corazón, mientras que el duque le proporcionaba una extraña tranquilidad.

—Te ha manipulado —dijo con decepción al ver que ella no respondía—. Te ha hecho creer que es buena persona.

Alice envaró los hombros, molesta porque la creyera tan ingenua.

—Nathaniel, sé que le tienes cierto resentimiento, asumo que por algo relacionado con tu hermana, pero dudo que tengas pruebas de lo que dices.

Nathaniel esbozó una sonrisa que expresaba desconsuelo e ira.

—Ah, ¿te lo contó? ¿Te contó cómo por su culpa murió mi hermana?

Alice se tensó, su sorpresa imposible de ocultar.

—No, no te lo contó —dijo con amargura—. Me lo imaginé.

—Esa es una acusación muy grave, Nathaniel.

—¡Es la verdad! —siseó con rabia—. Si no hubiese…

Dudó, como si el secreto que estaba a punto de revelar fuera demasiado grave para decirlo en voz alta. Alice quiso apremiarlo para que hablara. Una parte de ella quería saber la respuesta tanto

como la otra prefería mantenerse en la ignorancia, porque si lo que él decía era verdad…

—Si no hubiese intervenido en los asuntos de mi padre, ella estaría viva —culminó—. La utilizó.

Alice negó con la cabeza, confundida.

—No entiendo, Nathaniel, ¿cómo la utilizó?

Nathaniel volvió a dudar. Dentro de sí, la ira y el sentido común parecían estar en una lucha por ejercer el control.

Ganó la segunda.

—Es un maldito espía —dijo en voz baja—. Una rata escurridiza que le daba información al rey. Utilizó a mi hermana para obtener información, y una vez la obtuvo, «su gente» la mató para hacer escarmentar a mi padre.

Alice se tapó la boca para contener un jadeo de sorpresa. Esa revelación la dejó anonadada.

Un espía.

Era una locura.

—Nathaniel, debes estar confundido. ¿Un espía? Siempre fue el heredero de un ducado, ¿por qué se arriesgaría de esa manera?

—¿Y por qué no? Nació con el poder y los contactos para obtener información, y la protección de su título para que alguien pensara dos veces antes de eliminarlo. Se mueve en muchos círculos y nadie sospecharía de él. Me parece el disfraz ideal.

Tenía un punto, pero a ella aún se le hacía difícil procesarlo.

Un espía. Su prometido era un espía.

Sentía que se acababa de convertir en la protagonista de una de esas novelas de misterio que de vez en cuando tenía la tentación de comprar.

No le extrañaba que no hubiera querido contarle sus secretos. Aunque no por eso le dolía menos, porque se dio cuenta de que se iba a casar con alguien que ocultaba algo más grande de lo que le había prometido.

Se sintió engañada, otra vez.

—¿Puedes entender por qué digo que no es buena persona? Un espía jamás es honorable.

Sin duda, no era una profesión de la que alguien se pudiera sentir orgulloso, independientemente del lado en el que estuviera. Socialmente, tampoco eran tan apreciados como los que iban a luchar en primera fila de una guerra, pero Alice siempre había creído que su papel también era fundamental.

E independientemente de todo eso, y de cómo se sentía, no podía dejar de obviar un fallo importante en el argumento de Nathaniel.

—Nathaniel, él estaba haciendo su trabajo. Tu padre era el que estaba en el lado equivocado —dijo con tiento.

Los ojos de Nathaniel se encendieron de ira. Alice dio un paso hacia atrás, recelosa. No parecía estar pensando con claridad en ese momento.

—¿Defiendes lo que le hicieron a mi hermana?

—No —dijo con rapidez—. Pero no creo que haya sido culpa del duque. Me niego a creer que hubiese previsto eso.

Y se aferraría a esa idea mientras lograba hablar con él, porque concebir que él supiera lo que iban a hacerle y aun así la utilizara…

No, Oliver no era tan mezquino. Él la amaba. No tenía por qué mentirle al respecto, y no creía que el dolor de su corazón fuera fingido. Había una parte de esa historia que faltaba.

—Lo único que le interesaba a ese hombre era hacerse el héroe a costa de lo que fuera —dijo con desdén—. Así son todos los aristócratas, solo piensan en ellos mismos.

Y con ese comentario, él demostró que su opinión estaba sesgada. Alice necesitaba la otra parte de la historia con urgencia.

—Después de esto, ¿aún vas a casarte con él?

La veía con ojos de cachorro esperanzado. Le estaba rogando que no lo hiciera, que no lo abandonara. Alice sintió que algo le oprimía el pecho.

—Yo… tengo mucho que pensar.

Demasiado en qué pensar.

Había sido mucha información en poco tiempo. Ni siquiera estaba segura de cómo se sentía ante esa nueva revelación. Los

sentimientos se arremolinaban en su interior, todos luchando por predominar. Sorpresa, confusión, decepción, rabia.

Ni siquiera estaba segura de que iban dirigidos al duque por ocultarle algo tan importante, a Nathaniel por revelárselo o a sí misma por haber sido tan tonta para creer que podría tener una vida con cierta paz.

La monotonía no parecía tan mala si la alternativa eran hombres con vidas complicadas.

—Se acabó, se acabó de verdad, ¿no es así? —preguntó con tristeza—. No puedes perdonarme.

A ella no le gustaba verlo así, triste, decaído, tan alejado del Nathaniel que siempre tenía una sonrisa.

Pero supuso que parte de ese Nathaniel se había ido desde hacía tiempo.

—El problema no es si puedo perdonarte, el problema es que no puedo aceptar la persona en la que te convertiste. No puedo creer que tu moral aceptara lo que hizo tu padre, que sea incapaz de dejar ir el rencor y que te beses con una mujer solo por una alianza. Acusas al duque de haber utilizado a tu hermana, pero ¿eres mejor que él?

No tuvo argumentos para responder.

—Lo imaginaba.

—Soy el mismo —aseguró.

—Una parte de ti lo es, pero otra está tan corrompida por el odio que no creo que tenga reivindicación. ¿Cómo podría confiar en ti si besas a otra solo porque te conviene?

—¿Y podrías confiar en él después de todo lo que te conté? —replicó con rabia.

—No lo sé —dijo con sinceridad—. Hay… muchas cosas que tengo que pensar, y que ya no te incumben. No me vuelvas a buscar, Nathaniel. Dejemos esto aquí y quizás los buenos recuerdos aún sean suficientes para no guardarte rencor.

Él no respondió, y Alice decidió tomar su silencio como una aceptación tácita.

Caminó de vuelta a la casa, y una vez en su cama, abrazó sus piernas y recostó la cabeza en sus rodillas, como una niña

confundida.

Porque estaba muy confundida.

Su trato con el duque le había dado una esperanza que antes no se había atrevido ni a soñar: casarse, tener un esposo con el que pudiera ser ella misma y vivir pacíficamente. Algo tan sencillo, pero tan escaso… Demasiado bueno para que fuera verdad. Él le había prometido que sería honesto, y no lo había sido. Le había dicho que sus secretos no afectarían la percepción que tenía de él, y ella no los veía tan insignificantes.

No eran en lo absoluto insignificantes.

De hecho, eran tan graves que incluso podía entender por qué no se los había contado. Pero, aunque podía comprenderlo, no lograba deshacerse por completo de la sensación de que la confianza que ella tenía en él no era, ni de lejos, recíproca, y eso la hacía sentir mal. Se suponía que era un trato igualitario, ¿no?

Recordó su última conversación en esa habitación. Oliver le dijo que le contaría su historia con la hermana de Nathaniel, que necesitaba tiempo, y ella le creyó. ¿De verdad tendría planeado decirle la verdad en algún punto, o solo buscó una excusa para mantenerla al margen?

A lo mejor había pedido mucho. En su mundo, una mujer nunca tenía las mismas ventajas que un hombre. Quizás solo debería casarse y llevar ese matrimonio lo mejor que pudiera, tal cual fue la idea en un principio.

Debería ignorar lo que le dijo Nathaniel ese día y fingir que nada había pasado, guardando, tal vez, la esperanza de que un día él se confesara.

Debería hacerlo, sí, porque era lo más sencillo, sensato y práctico. Y ella siempre había optado por decisiones con esas características.

Pero no podía.

Y no lo haría por la misma razón que no podía aceptar esa nueva versión de Nathaniel: porque estaba cansada.

Estaba cansada de vivir en un mundo conveniente, de fingir, de actuar. Si iba a formar un futuro al lado de alguien, quería que, aunque fuera, hubiera en esa relación algo real. No quería volver a

ver solo el lado bueno de alguien, ni mostrar todo el tiempo el suyo. Quería un espacio donde pudiera confiar, ser ella misma por momentos. No pedía amor ni devoción, solo sinceridad.

Y quería pensar que el duque aún se lo podía dar. Que no la estaba tomando por tonta.

Por eso, tenía que hablar con él lo antes posible.

Capítulo 15

Oliver supo que algo iba mal cuando fue Alice la que se apareció esa noche en su casa.

Llegó en un carruaje de alquiler, sola, y vestida de negro como una viuda. Oliver casi no se lo creyó. Tenía todavía muchas restricciones morales para hacer eso, y no se engañaba creyendo que había aprendido a disfrutar tanto de su compañía que quería darle una sorpresa. No, algo había pasado. Algo grave.

—¿Qué sucede, querida? —preguntó cuando la tuvo a salvo en su despacho—. ¿En qué estabas pensando cuando decidiste venir sola hasta aquí?

Solo de pensarlo, se estremeció. Las calles de Londres en la noche no eran adecuadas para una dama sin compañía, menos para una que no estaba acostumbrada a esos andares. No quería, sin embargo, regañarla, porque parecía bastante alterada, y la conocía lo suficiente para saber que no era imprudente sin razón.

—¿Tu madre...?

—Ya se acostó. Es imposible que nos moleste.

Ella asintió, temblorosa. Empezó a caminar de un lado a otro, al parecer, no sabiendo por dónde empezar. De vez en cuando le lanzaba miradas extrañas, como si intentase descubrir algo en su persona.

—¿Quieres beber algo? —preguntó dubitativo. Ella asintió—. ¿Vino?

—Creo que preferiría algo más fuerte.

Sí, algo malo había pasado.

Oliver se dirigió a la licorera y sirvió dos tragos de brandy. El nerviosismo de Alice era contagioso.

Le entregó la copa y ella bebió sin mucha precaución, lo que le produjo casi de inmediato un ataque de tos.

—Calma…

No lo escuchó. Volvió a tomar y alzó la cabeza. Sus ojos habían adquirido un brillo determinado.

—Sé la verdad.

Oliver se tensó, pero se cuidó de mostrar cualquier emoción. La verdad. Eso podía significar muchas cosas, y ninguna buena.

—¿Cuál verdad, querida?

—La que llevas semanas ocultándome, la que, según tú, no tenían importancia —le reprochó.

—No dije que no tuvieran importancia —dijo con lentitud—. Dije que no había hecho nada que se considerase moralmente incorrecto, y sostengo mi palabra.

—Creo que depende a quién le preguntes —siseó con amargura. Hablaba en voz baja, quizás temía que alguien la descubriera. Era prudente incluso en momentos tensos—. Algunos no consideran ser espía una profesión honorable.

Maldita sea.

Oliver se acabó el contenido de su copa en un trago y fue a servirse otro, consciente de que ella estaba siguiendo cada uno de sus movimientos y que era lo suficientemente lista para encontrar en su accionar una afirmación tácita de su acusación.

Aun así, podría negarlo. Si en algo se consideraba avezado, era en mentir y negar saber cosas. Era la primera lección que enseñaban, la única que no podían olvidar.

Sí, podría intentar convencerla de que había un error con la información recibida, pero no lo haría. La había llegado a apreciar lo suficiente para insultar así a su inteligencia. Ella ya debió haber atado cabos, y si no deducía erróneamente quién fue la fuente que lo delató, debió haber sido más explícito de lo conveniente.

—Creo que depende del lado en que estés, y si le preguntas al rey, estaba del correcto —respondió con calma. Ella abrió los ojos, sorprendida. No debía esperar que él lo admitiese con tanta facilidad —. ¿Quién te lo dijo?

—¿Acaso hay muchas personas que lo saben? —preguntó con resquemor.

Le preocupó. El rencor nunca era bueno, menos viniendo de una mujer. Y si era una mujer como Alice, normalmente sensata, se volvía aún más preocupante.

—Creo que puedo contarlas con los dedos de las manos. Así pues, considerando que algunos no están en el país, que dudo que

te hayas topado con el monarca y que surgiera el tema en una agradable conversación, y que mi querido amigo se haya ido de la lengua, solo queda una persona poseedora de una inteligencia escasa que podría revelar el secreto. ¿Calloway? ¿O me equivocó?

Ella no respondió. No, no habría sido una buena espía. Ni siquiera podía ocultar su fuente.

O no quería hacerlo.

—Creí que no le querías volver a hablar —comentó con desenfado.

Aunque por dentro, sentía la ira hervir. Maldito Nathaniel. ¿No podía dejarla en paz?

En un principio, Oliver aceptó que ella lo amara, que hablaran. Sabía que no se podía olvidar a una persona de un día para otro, que tenían cosas que aclarar, y tuvo fe de que, con el tiempo, Nathaniel no sería más que un borrón en su historia. Cuando ella le comentó que se había negado a ir a una cita con él, pensó que todo estaba fluyendo como tenía que fluir. Que ella ya no lo quería.

¿Acaso se equivocó? Y si era así, ¿por qué le molestaba tanto?

—Me amenazó con aparecerse en mi casa y… Oh, ¡qué importa! No estamos hablando de mí.

Lo último lo dijo como si acabara de recordar su molestia. Ver a Alice furiosa era algo nuevo. Alice, siempre tan centrada, con temple de hierro, parecía a punto de lanzarle lo primero que encontrara.

Y, aun así, la preocupación no se comparó con el alivio de saber la razón por la que ella había aceptado ver a Calloway.

—Querida…

—Me has mentido de la forma más vil —espetó—. Yo me he abierto a ti, te he contado mis secretos, y tú ocultabas uno mucho más grande.

—Si mal no recuerdo, en aquella conversación mencioné que había cosas que era mejor reservarse.

No fue su mejor respuesta, lo supo que cuanto los ojos de ella lo taladraron con ira.

—¿Creíste que era lo mejor no contarle a tu prometida a qué te dedicas?

—Dedicaba —acotó, pero ella no pareció escucharlo.

Empezó a pasear de un lado a otro, tan rápido que lo que quedaba en su copa amenazaba con caerse.

—Antes de nuestro trato, podría haberlo pasado por alto —dijo con lentitud. Estaba intentando calmarse—. No nos debíamos nada. Pero cuando fuiste a mi casa pidiendo que nos conociéramos mejor, prometiéndome sinceridad, yo… yo te creí. Y te creí porque quería hacerlo. Si no iba a tener amor, quería de verdad pasar la vida con alguien que me agradara, en la que pudiera confiar. Pero he sido yo la única que he confesado cosas. Te acepté el pretexto de que no estabas listo para hablar; sin embargo, ahora pienso que era solo para mantenerme al margen y que en realidad nunca me ibas a contar nada.

Le dio la espalda, pero la voz ahogada ya había delatado su llanto. A Oliver no se le daba bien tratar a mujeres que lloraban. Se acercó a ella con cautela y le colocó una mano sobre el hombro. Ella se sobresaltó.

—Oh, hasta esa manía de no hacer ruido al caminar me advertía que eras alguien extraño, pero ¿cómo iba a imaginarme que un espía? —refunfuñó.

—Siéntate, por favor. Vamos a hablar con calma.

Ella obedeció. Tomó asiento en una pequeña butaca cerca de la chimenea. Su mirada era la confusión en su estado máximo y sus brazos cruzados evidenciaban su recelo.

Tomó la butaca que estaba frente a su escritorio y la cargó hasta ubicarla frente a ella.

—¿Qué te ha dicho Calloway?

—Dijo que fuiste tú quien delató a su padre.

—Así es —respondió con tranquilidad—. ¿Eso te parece mal?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué te disgusta?

—¡Que no me lo hayas contado!

—Comprenderás que no es algo que salga en una conversación mientras se toma el té.

—No hemos tenido conversaciones normales desde hace tiempo.

Ella tenía un punto.

Oliver se sintió mal al verla dolida. Así que, después de todo, ella sí había empezado a confiar en él, a aceptarlo…

Admitía que la información compartida era desigual. No obstante, se consolaba a sí mismo diciendo que había cosas que era mejor mantener en secreto.

—Alice, mi intención nunca fue engañarte. He sido sincero en la medida de lo posible, pero mi pasado es algo delicado y creí que mantenerte al margen era lo más seguro.

—No confías en mí —acusó ella.

No parecía estar molesta, solo desilusionada.

—No se trata de eso. Es solo que… a veces la ignorancia es una bendición, no un castigo.

—Estoy dispuesta a asumir las consecuencias.

—Alice…

—Si no me lo quieres decir, lo aceptaré, pero no me casaré contigo —dijo, decidida.

—¿Recurriendo a amenazas? —dijo con fastidio. Nunca le había gustado sentirse acorralado.

—No es una amenaza. Es que estoy cansada de involucrarme con gente que creo conocer y no es así. Si hubiera querido vivir engañada, nunca habría aceptado tu trato. ¿No tengo derecho a saber con quién me voy a casar, Oliver?

Él suspiró.

—Es difícil saber por dónde empezar.

—¿Por qué volverse… espía? —dijo la palabra como si temiera invocar algo malvado si lo decía con fuerza.

—Querida Alice, cuando tienes a muchas personas esperando algo de ti, hay dos caminos posibles: cumplir sus expectativas o revelarte. Yo decidí hacer lo segundo. Era joven, intrépido, me gustaba la aventura. Un día, conocí a un amigo de mi padre que estaba en ese mundo. No sé si vio en mi necesidad de ser libre, poco miedo a la muerte, o astucia particular, pero me hizo una propuesta y yo la acepté. Mi posición me hacía un infiltrado perfecto.

Nadie sospechaba de un joven aristócrata al que le gustara el juego, la bebida o las mujeres. Sobre todo, si necesitabas investigar a gente de la alta sociedad. Así fue cómo terminé en el servicio secreto.

Ella parpadeó, asombrada. No se lo diría, pero Oliver sabía qué debía estar pensando: así como él tomó el segundo camino, ella había tomado el primero, y no estaba feliz con ello.

Pero sabía que había sido la mejor decisión.

—Nathaniel dijo que… que utilizaste a su hermana para conseguir pruebas.

Él había estado preparado para esa pregunta, pero no por ello le dolía o enfurecía menos. Apretó los puños.

—¿Qué más dijo? —preguntó con frialdad.

Alice arrugó su falda, incómoda.

—Que después de que ella te ayudó, los delataste y… y la corona la mató para ver si su padre escarmentaba.

Él sonrió con amargura.

—¿Y crees que fue así?

—Es el tipo de hechos en el que es mejor tener las dos versiones de la historia para formarse un juicio —dijo con cautela.

—Supongo que sí.

Miró a la licorera, quería beber para darse valor, pero estaba demasiado lejos para irse a servir otra copa cuando estaba dejando todas sus energías en mantener el control.

Alice, como si pudiera leer su mente, extendió su copa aún medio llena. El gesto le sacó una sonrisa triste, y tomó la ofrenda con una mirada de agradecimiento.

La vació de un trago.

—Es posible que me odies por esto, pero he prometido no mentirte, así que no lo haré. Sí, utilicé a Rose para conseguir información. —Alice se tensó, pero no dijo nada, dándole oportunidad a continuar su relato. Él miró hacia el pasado. Los fantasmas que lo atormentaban se pasearon ante sus ojos como método de tortura—. Rose era una joven dulce, bonita y muy agradable, pero con una dote mediocre, una posición deficiente y con una confianza en sí misma que daba vergüenza. Para ese

entonces, Prinny acababa de ser coronado rey. Los rumores de una revolución eran fuertes, y se estaban filtrando los nombres de los involucrados. Algunos no estaban en el país, otros sí. El nombre del padre de Nathaniel era el que más sonaba, y yo estaba dispuesto a conseguir las pruebas, así que esa niña tímida me pareció una opción de la que nadie sospecharía.

»Ah, la pequeña Rose, fue muy fácil de enamorar. Nadie le prestaba atención, ¿sabes? Así que se ilusionó mucho cuando le pedí un baile. Quizás mi manera de actuar te parezca cruel, pero cuando hay intereses mayores de por medio, decides sacrificar honorabilidad. A mi modo de ver, el corazón roto de una joven no era nada comparado a salvar toda la monarquía. El problema vino cuando yo también me enamoré.

Durante unos segundos no dijo nada más. Sumido en sus pensamientos, dejó que los recuerdos formaran una imagen cruel y amarga ante sus ojos. Alice esperó con paciencia.

—El amor es el peor enemigo del raciocinio. No me pareció justo seguir usándola, así que le conté la verdad. Era tan buena que no solo me perdonó, sino que accedió a ayudarme. No vi nada de malo. Hablé con la gente involucrada, le dije que tenía ayuda dentro y pedí protección para ella. Todos estuvieron de acuerdo.

»Interceptó unas cartas antes de que su padre pudiera abrirlas y destruirlas. Me las hizo llegar, pero ella no era una espía, así que no tomó las precauciones necesarias. Alguien la vio y se lo hizo saber a su padre. Nathaniel está convencido de que fueron los hombres del rey quienes la mataron, pero lo cierto es que fue el mismo Calloway. Él mismo me lo confesó.

Alice jadeó, incrédula. Oliver le dio unos segundos para que lo procesara mientras intentaba apartar el dolor que le provocaban los recuerdos.

—Rose, ¿algún día podría perdonarlo?

—No entiendo, ¿cómo…?

—¿Cómo alguien le hace eso a su hija? Cuando amas más el dinero que a tu familia, los escrúpulos no existen. La montó en un carruaje con la excusa de llevarla al campo a que se recuperara de una gripe, y mandó que la matasen en el camino.

—Y dices que… ¿que él te lo confesó?

Parecía horrorizada.

Oliver asintió.

—Fui a su casa en cuanto me enteré del accidente. Estaba ciego de ira y me enfrenté a él. En ese momento, estaba empacando sus cosas para marcharse, sabía que era cuestión de tiempo para que se tomaran represalias. Me contó que conocía lo suficiente a su hija para saber que no haría algo así por cualquiera, y que yo era la única persona que se había incorporado en su círculo en los últimos meses. Dedujo mi identidad y no lo negué. Él me dijo que debería saber que la traición se pagaba con la muerte. Ese día, él también murió en el carruaje que lo llevaría al puerto, pero no me supuso ningún consuelo.

—¿Tú…?

—No —dijo, adivinando su pregunta—. No fui yo quien lo maté, pero sí que me hubiera gustado. Quizás así se mitigaba el dolor. Como ves, querida, por eso la ignorancia es una bendición.

Ella no supo qué responder. Para su sorpresa, se inclinó hacia él y le tomó las manos. En sus ojos no había juicio, solo comprensión, y no supo que necesitaba tanto ese consuelo.

—No fue tu culpa —dijo con suavidad.

—De eso intento convencerme hace años. Hay días en que lo logro y otros no —dijo con amargura.

Alice negó con la cabeza.

—No fue tu culpa —insistió—. Nunca quisiste hacerle daño, y ella, donde sea que esté, lo sabe. ¿Crees que le gustaría verte martirizado?

No, por supuesto que no. Rose era demasiado buena para eso. Pero él sabía que no podía perdonarse con facilidad.

—¿Por eso dejaste todo atrás? ¿Por eso decidiste hacer lo que todos esperaban de ti? —preguntó con dulzura.

—Cumplir las expectativas te encarcela, pero nadie está en peligro.

—Está en peligro quién eres de verdad —susurró, pensativa.

Ella lo sabía porque lo había vivido.

Él lo sabía y había decidido arriesgarse a esa consecuencia hasta que la conoció.

Porque jamás se imaginó desvelándole eso a su esposa. Nunca esperó conseguir esa confianza de nuevo, esa sensación de seguridad. Eran dos almas que se negaban a su destino e intentaban salvarse mutuamente.

—No es fácil, lo sé, pero… hay que dejarlo ir. Si pudiéramos vivir siempre sin equivocarnos, todo sería muy sencillo, ¿no crees?

Le sonrió y él no pudo evitar devolverle el gesto. Era fácil creerle cuando lo miraba así, como si no fuese de verdad una horrible persona.

Le acarició la mejilla, fascinado por el brillo de sus ojos azules. Nunca la había visto tan bonita, a pesar de ir toda de negro.

—También lo sería si pudiéramos dejar atrás la culpa con facilidad, pero temo que la vida nunca ha sido sencilla —dijo con tristeza.

—Confío en que no hay nada que el tiempo no arregle.

Guardaron silencio durante unos minutos. Oliver jugueteaba con la copa mientras ella lo observaba con fijeza.

—¿Se lo has dicho?

No necesitó ser más específica.

—Sí, pero no me cree.

—¿Por qué?

—Cada uno cree lo que más le conviene, y supongo que no es fácil de digerir que tu padre mató a tu hermana. Tampoco me interesa lo que piense. De todas formas, ya selló su propio destino al seguir sus pasos.

Lo dijo sin pensar, y se arrepintió en el momento en que la vio fruncir el ceño.

—¿A qué te refieres?

Oliver meditó sus palabras. No era su intención revelarle la verdad sobre las andadas de Nathaniel, pero ya había sido muy imprudente, y ella no era tonta.

—Alice… lo siento, pequeña.

—No —murmuró—. Él no lo haría…

—Lo he confirmado.

—Pero… ¡Oh, Dios! —jadeó, horrorizada—. Lo hizo por mí. Esto es mi culpa.

Oliver envaró los hombros.

—No —dijo con dureza—. Tú solo fuiste la excusa para no sentirse mal por su actuar, pero lo hizo por él mismo, por su odio, su rencor, su deseo de querer más.

Ella lo escuchó, pero no se mostró convencida. Oliver se maldijo.

Se negaba a dejarla pensar que era su culpa.

—Alice —dijo con calma—. Hay decisiones que no tiene más justificación que la propia ambición.

—¿Qué le va a pasar? —preguntó con un hilo de voz.

Él no tuvo el valor de responderle.

—¡Tiene que haber una manera de salvarlo!

—Solo hay dos formas —dijo con lentitud—. O que su revolución funcione, lo que tiene muy pocas probabilidades de suceder ahora que se está tras de ella, o que decida confesar y proporcionar información para acabarla de raíz.

—Lo segundo —dijo con un brillo de esperanza—. Si hablo con él…

—¡No! —exclamó con brusquedad—. No debe saber que lo sabes, Alice. Tener mucha información es peligroso.

—Nathaniel no me haría daño.

—Perdóname si no me fío del sentido del afecto de esa familia.

—Oliver, no puedo dejar que muera.

—¿Por qué? ¿Aún lo amas?

No había planeado hacer esa pregunta, revelaba demasiado. Pero salió natural, como si algo más fuerte que su sentido común deseara saber la respuesta.

Y sí, quería saberla desde hacía tiempo, aunque hubiera estado fingiendo que no.

—No se trata de eso —dijo con lentitud—. Él… quizás ya no es el hombre del que me enamoré, pero que no quiera pasar una vida a su lado no significa que desee verlo muerto. Fue mi refugio

durante meses, Oliver. Tengo buenos recuerdos que me impiden tenerle odio o desearle mal.

—Alice, él compró su sentencia.

—¡Puede cambiarla! Yo puedo…

—No, no puedes —dijo, preso de la desesperación porque cometiera una tontería—. No puede saber que lo sabes, te lo prohíbo.

Ella apretó los labios, sin duda, luchando con el instinto natural de replicar y la férrea educación de una dama que se oponía a desobedecer a un esposo.

Salvo que él no era su esposo.

—Pero…

—¡Ya basta! —gritó más alto de lo que pretendía, pero decidido a no ceder—. No intervendrás, o te juro que moveré los contactos que sean necesarios para que lo enjuicien lo más pronto posible.

La forma en que lo miró, con dolor, traición, incredulidad, le afectó más de lo que imaginó. No le gustaba que estuviese enfadada con él. No le gustaba que lo creyera una persona horrible.

—Alice…

Ella se levantó de un salto y empezó a caminar hacia la puerta.

—Alice, solo intento protegerte.

—Puedo protegerme a mí misma —dijo mientras abría la puerta y salía echa una furia—. Pero agradezco su confianza, su excelencia.

En ese momento, Oliver odió a las mujeres y su imposible manera de ser.

Intentó tomarla del brazo, pero ella se zafó y logró llegar hasta la entrada. Afuera, el carruaje de alquiler que la había llevado hasta allí la esperaba. Bajó el velo que cubría su rostro y se subió con rapidez. Oliver la observó marchar, frustrado.

«Se le pasará», se dijo a sí mismo, aunque estaba seguro de que no era así.

Ella estaba más que molesta.

No podía culparla por querer ayudar a Calloway, pero tampoco podía permitir que interviniese, aunque lo odiara por ello.

Solo esperaba que no cometiera una tontería.

Capítulo 16

—Hattie, ¿cómo supiste que era buena idea casarte con el marqués? —le preguntó Alice esa tarde mientras tomaban el té.

Hattie arqueó las cejas, esperando una explicación que Alice no sabía cómo dar. Sabía que insinuar inseguridad sobre un compromiso que ya estaba establecido generaría curiosidad, sobre todo en alguien como Henrietta, que no tenía entre sus dones la prudencia. Sin embargo, Alice no sabía con quién más hablar que le diera un consejo sincero.

—Bien —dijo su prima una vez que entendió que Alice no seguiría hablando—. Nunca pensé que fuera buena idea, solo me arriesgué —contestó, pensativa—. No tenía muchas opciones, lo sabes.

—¿Y alguna vez te arrepentiste?

—Oh, no, Raymond es increíble. Por suerte, todo salió muy bien. Alice, querida, ¿pasa algo?

Pasaban muchas cosas.

Alice había tardado varios días en procesar la conversación con Oliver y aún se le hacía inverosímil lo que había descubierto de él.

Un espía que había enamorado a la hija del enemigo para sacar información, pero había terminado cayendo en su propia trampa, y, además, la historia había tenido un final desgarrador.

Si se lo hubieran dicho hace unos meses del duque que conocía, habría creído que le jugaban una broma. Pero no. El hombre correcto y perfecto tenía más secretos de lo que creyó, más historia de la que imaginó, y eso la tenía confundida. Por una parte, podía ver por completo su lado humano, quien de verdad era y no quien aparentaba ser; por otra, se sentía herida por haber tenido que describirlo por terceros, y le daba miedo que ocultara aún más secretos.

—Yo… bueno, imagino que has deducido que nuestro compromiso no se basa en el amor —dijo en voz baja, como si temiera que alguien la juzgara.

Henrietta asintió.

—Lo deduje cuando no parecías contenta el día del compromiso.

—Acepté porque era lo que tenía que hacer, porque mi madre me mataría si no lo hacía y porque rechazar al duque habría supuesto mi ruina, pero no sentía absolutamente nada por él.

—Has hablado en pasado —acotó Hattie.

Alice se dio cuenta que era cierto.

—Yo… bueno, ambos sabíamos que esto era solo conveniencia, pero nos dimos la oportunidad de conocernos y… no era tan aburrido como pensaba, me resultaba incluso agradable.

—Entonces, ¿el problema es…?

Y Alice se lo contó todo, desde su enamoramiento por Nathaniel, su desilusión, y el sentimiento de traición que sentía en su pecho. No dio demasiados detalles. Por prudencia, se calló todo lo relacionado a conspiraciones y espías, y Henrietta no insistió en que llenara esos huecos en la historia, se limitó a escucharla con calma y evaluar la gravedad de la información con lo poco que Alice se atrevía a relatarle.

—Oh, Alice —dijo al final—. Todo esto es muy triste y… complicado. Lamento que la tía Roslyn no te haya dejado casarte con el señor Calloway.

—Yo no, me habría desilusionado después.

Y entonces, admitió lo que tanto le había costado saber: ya no amaba a Nathaniel. O quizás, nunca lo amó porque no lo llegó a conocer de verdad, solo amaba la versión que él le mostró.

—¿Tan grave fue lo que ocultó?

Ella asintió.

—¿Y el duque? ¿Se le puede tener más consideración?

Era difícil de decir. A diferencia de Nathaniel, los secretos del duque no podrían considerarse cuestionables. Quizás, su acto más despreciable fue intentar usar a una joven para obtener información, pero era evidente que el peso de su muerte era suficiente castigo a su mal actuar. Al menos, él intentó redimirse, lo que no podía decir de Nathaniel.

—No lo sé.

Alice le había llegado a tomar aprecio a su forma calmada de tomar las cosas, a su mirada objetiva, su humor particular y por eso le dolía que no hubiera confiado en ella.

—¿Quieres saber lo que pienso? —preguntó Henrietta y Alice asintió—. Creo que el duque te importa, y mucho, o su traición no te dolería tanto. Nadie se siente traicionado por una persona si esta nunca le importó. Sin embargo, temes aferrarte más por miedo a desilusionarte, como te pasó con el señor Calloway.

—Ya estoy un poco desilusionada —comentó Alice.

—Creo que llegado un punto siempre nos desilusionaremos de otras personas, porque no son lo que esperábamos, cuando en realidad no tienen que serlo. O, estoy segura de que Raymond se ha esperado cosas de mí que no pude darle, pero no por eso me ama menos, y viceversa. Es parte del amor, ¿sabes? Aceptar que el otro no siempre será cómo quieres, pero hay cosas que aprecias más. ¿No crees que quizás el duque se siente un poco desilusionado si piensa que aún amas a otro?

Alice no había llegado a cuestionarse eso. Hasta el momento, Oliver siempre parecía indiferente al tema, pero ¿de verdad lo era? ¿O solo lo había aceptado con la esperanza de que pasara con el tiempo?

Ahora bien, Henrietta hablaba de amor. Ella no podría afirmar que lo amaba. Sentía que era prematuro y… sí, quizás tenía miedo de volver a amar. Tenía miedo de desilusionarse, pero si esto era inevitable…

—Y… ¿cómo sabes si puedes aceptarlo? ¿O hasta qué punto puedes aceptarlo?

Quizás, Alice siempre esperó algo perfecto, aunque esa perfección fuera una mentira, y por eso le costaba tanto asimilar que no siempre el otro era todo lo que deseaba.

Henrietta se llevó una mano a la barbilla.

—Creo que es un límite que te pones tú misma —dijo, pensativa—. Si puedes comprenderlo y en cierta forma justificarlo, también puedes aceptarlo. Si no puedes justificarlo, no puedes aceptarlo. Los límites dependen de la tolerancia de cada uno.

Alice se percató de que eso era lo que había sucedido con Nathaniel. Ella comprendía su rencor, pero no podía justificar sus acciones, por lo que la imagen de él se rompió. En cambio, la del duque no se había roto, solo había revelado otros matices que no imaginó. ¿Lo apreciaba menos por ello? No. Detestaba su falta de confianza, pero hasta cierto punto, entendía la razón de sus secretos. Incluso comprendía por qué no quería que interviniese, aunque eso último no dejaba de agobiarla. ¿Cómo, pudiendo intentar salvar a Nathaniel de una muerte segura, iba a quedarse de brazos cruzados?

—Oh, Hattie, debí haberme quedado soltera —dijo con una sonrisa triste.

—Tonterías. En unos años se vuelve una pesadilla, créeme. —Alice le creía. Hattie sufrió de primera mano el desprecio que se le daba a una mujer que no había logrado conseguir esposo a cierta edad—. Yo creo que, aunque no ames al duque, si puedes perdonarlo, deberías casarte con él. Nunca sabes qué te deparará la vida, y ni yo sería capaz de soportar a la tía Roslyn si ese compromiso se rompe.

Alice se rio y Hattie también. Se quedó un buen rato hablando con su prima, y se dio cuenta de que tenían más cosas en común de las que alguna vez se molestaron en compartir. Al fin y al cabo, ambas cargaban el peso de ser quien debía resolver la vida de sus madres; las dos sabían lo que significaba ser presionadas hacia el extremo.

Cuando llegó a su casa, casi a la hora de la cena, el mayordomo le dijo que su padre quería verla.

Lo encontró en la biblioteca, sentado frente a la chimenea, con un libro en la mano y esa expresión de paz que siempre lo caracterizaba. El vizconde de Latimer no se preocupaba por nada. No sabía si siempre había sido así, o lo había aprendido con los años.

—Padre.

Él giró la cabeza y sonrió. Hizo un gesto para invitarla a sentarse a su lado. Ella lo hizo.

—El duque vino a visitarte —le comentó como si no tuviera importancia, pero Alice lo conocía lo suficiente para saber que, si lo había mencionado, era por algo—. Se quedó un rato esperándote. Parecía que tenía urgencia en hablar contigo. Creo que te dejó una nota.

Ella intentó no demostrar su nerviosismo, consciente de que esa nota posiblemente fuera una citación a medianoche en un lugar solitario.

—Ahora la leeré. Es que fue agradable hablar con Henrietta.

—Oh, Hattie, ¿cómo está? ¿Es feliz? ¿Rhodesay la está tratando bien?

—Parecía bastante contenta.

—Me alegro. Admito que no le tenía fe a ese matrimonio, pero soy feliz de que hayan logrado congeniar… Rezo porque te suceda lo mismo —dijo con una mirada significativa.

Alice tragó saliva. Tenía una idea de a dónde iba la conversación, y le daba miedo, porque con sus emociones tan alteradas no podría fingir.

—¿Aún quieres casarte con él?

—Sí —musitó Alice.

Y se dio cuenta con sorpresa que lo decía en serio. Durante el trayecto a casa había reflexionado sobre las palabras de Henrietta, y concluido que había llegado a apreciarlo más de lo que le enfadaba su secreto. Aunque aún tenían muchas cosas que aclarar, dudaba llegar a tener con alguien más el nivel de confianza e intimidad que habían desarrollado. Lo suyo era particular, pero después de desvelar todos los secretos, también se había vuelto verdadero.

Sí, tenían que hablar, pero Alice prefería tomarse unos días más para terminar de aclarar sus ideas.

—No puedo dejar de sentirme culpable —comentó con pesar —. Si pudiera dejarlas protegidas de alguna manera en caso de lo peor…

—Padre, no…

—Oh, vas a decir que no tengo nada que ver, pero sé que sí. Sé por qué eras tan aplicada en tus clases, por qué desarrollaste tantos talentos, por qué siempre haces lo que otros esperan;

necesitabas un esposo para no sentirte desamparada, y esa, mi niña, no debería ser tu responsabilidad —dijo con tristeza—. Tengo tanto miedo de que te estés condenando a una vida de miseria.

—Oh, no, padre —respondió Alice con premura—. Te aseguro que el duque no me hará desdichada. Yo… he llegado a conocerlo mejor. Será un buen matrimonio, confía en mí.

Y ella también quería creerlo.

—Hoy parecía distinto —dijo con la mirada perdida en el recuerdo—. Más inquieto, como preocupado. Parecía que necesitaba urgentemente hablar contigo. ¿Sucedió algo?

Más cosas de lo que podía contar.

—Quizás solo quería hablar sobre la boda.

Su padre no le creyó. El vizconde Latimer podía parecer a simple vista tonto o desinteresado, pero era muy intuitivo.

—Hace un año, me pareció creer que había un muchacho, el señor Calloway, que te llamaba la atención.

Alice se tensó, pero hizo lo posible por mantener la compostura. Confiaba en su padre, sabía que contaba con su apoyo, pero contarle esa historia era volver a atar hilos que era mejor mantener cortados.

—Solo bailé unas cuantas veces con él.

—A tu madre no le gustaba, me lo dijo varias veces —continuó como si ella no hubiera hablado—. Espero que eso no haya influenciado en tu opinión respecto al joven. Se te veía… feliz. Tengo entendido que regresó, con una mejor posición económica.

—Padre, entre el señor Calloway y yo no hay ni habrá nada —dijo con seguridad, pero al ver que su padre seguía observándola con ojos inquisidores, decidió confesar una parte de la verdad—. Y quién regresó es muy diferente al hombre de hace unos años. Su forma de ser, si bien me resultó en su momento agradable, ahora me disgusta.

—Entiendo… ¿y la forma de ser del duque?

—Mejora o empeora dependiendo del día.

Ambos se rieron.

—Entonces no es tan malo, supongo, mientas mejore más de lo que empeore. Mi querida niña, ¿crees que serás feliz?

—Confío en que todo puede salir muy bien —dijo Alice, sin atreverse aún a asegurar lo que más anhelaba.

—A lo mejor lo suyo no estaba destinado a ser pasional, sino más tranquilo —dijo, pensativo—. A veces el amor se manifiesta así. Sin grandes sobresaltos, sin necesidad incesante de ver a la otra persona, solo una fuerte sensación de seguridad a su lado, confianza, calma y paz. No te preguntaré si es lo que sientes porque tal vez es muy pronto para decidirlo, pero tengo fe, pequeña, lo único que me consuela es pensar que consigas ser feliz.

Alice sintió que los ojos le picaban y parpadeó para alejar las lágrimas. Miró al único hombre para el que siempre había sido perfecta sin necesidad de esforzarse, el que la cuidaba y la quería como nadie.

Lo abrazó.

—Te quiero mucho, padre. Estaré bien, te lo prometo.

Y sería feliz. A menos, después de que lograra resolver ciertos dilemas, porque la felicidad también era una decisión.

Cuando regresó a su habitación, leyó la nota que le había dejado el duque. No se equivocó al suponer que le proponía ir a visitarla esa noche. Aunque, más que una propuesta, era un aviso.

«Tonto arrogante», pensó con fastidio. Era la única primera impresión de él que no había variado. Debería dejarlo esperando solo para demostrarle que no siempre se haría su voluntad, pero Alice era consciente de que necesitaban hablar.

Así pues, a la hora pautada, bajó a la cocina y esperó. El ligero toque en la puerta no tardó, pero cuando la abrió, la persona que estaba tas de esta no era Oliver, sino el barón Zouche.

Su primer instinto fue cerrar la puerta, pero el barón fue más rápido e interpuso una mano. Alice sabía que no podía competir contra su fuerza, así que dio un paso hacia atrás por seguridad y lo observó con recelo.

—¿Qué hace aquí? ¿Lo envió Oliver?

Él se rio.

—No, y como se entere que estoy aquí, me manda a visitar al creador. He decidido tomar el riesgo por una causa mayor, que implica hablar con usted. ¿Puedo pasar?

—No. Es inapropiado.

Él arqueó una ceja, burlón, dando a entender, quizás, que sabía de sus encuentros con Oliver. No sabía cómo se había enterado, pero su opinión poco le importaba. El duque era su prometido y él un desconocido.

—¿Al menos podemos hablar un momento? Es urgente, y le interesará.

—No veo que pueda querer decirme que sea de mi interés. ¿Cómo supo que estaba aquí esperando al duque?

Porque tenía que haberlo sabido. Ir a tocar la puerta de la cocina un día cualquier a media noche y esperar que ella le abriera no pudo ser casualidad.

—Oh, digamos que alguien me contó que le había dejado una nota, y decidí apostar por su contenido.

—¿Quién?

—En mi oficio, nunca se revelan las fuentes, señorita Callen.

—Usted también es…

No pudo decirlo, pero no hizo falta. Recordó que Oliver había comentado que, entre las pocas personas que conocían su secreto, estaba un amigo suyo. Debía de ser él.

—Ah, entonces mi querido amigo se ha animado a contarle la verdad. Excelente, porque me ahorrará varias explicaciones y tiempo que no tengo.

—El duque llegará en cualquier momento —advirtió.

—Sí, en cuanto logre averiguar por qué a sus carruajes les falta una rueda.

Ella contuvo un jadeo de sorpresa. Observó la puerta, tentada de intentar cerrársela de nuevo en la cara. Ese hombre le generaba desconfianza.

—Mi querida dama, le aseguro que no estoy aquí para hacerle daño. Solo quiero proponerle algo. Está relacionado con Nathaniel Calloway.

Era obvio que esperaba que eso llamara su atención, y Alice se odió porque funcionó.

—Sea breve —dijo con la barbilla en alto, un vago intento de mantener el control de la situación cuando se había puesto nerviosa.

Algo en su gesto le causó gracia, porque sonrió y la observó con curiosidad. Alice intentó en lo posible mantener su porte y apariencia regia.

—Llegó a mis oídos que ustedes tuvieron un pequeño romance hace poco más de un año, ¿no es así?

Ella se tensó. ¿Cómo se había enterado?

—No fue Oliver quien me lo comentó, si la tranquiliza. Nuestro duque primero se deja cortar una mano antes de confesar un secreto, eso si logras estar seguro de que lo sabe, porque con los años ha perfeccionado su expresión indescifrable. En fin, continuando con el tema, es cierto lo que comento, ¿no?

—Si está tan seguro, ¿por qué busca mi confirmación? —replicó con desdén.

Pudo haberlo negado, pero si ese hombre se parecía un poquito a Oliver, tenía varias pruebas que la delataban.

—Es menos arrogante —dijo con una sonrisa burlona que Alice empezaba a detestar—. Como le decía, después de algunos testimonios, he llegado a la conclusión de que tuvieron un romance hace un año, que no prosperó por la deficiencia económica que poseía el señor Calloway, ¿me equivoco?

Ella guardó silencio.

—Así pues —continuó él tomando su falta de respuesta como una afirmación—, este, desesperado por obtener su mano, fue a buscar dinero en el exterior. Sin embargo, conseguirlo no es fácil y menos en poco tiempo. A menos que se recurran a actividades de moralidad cuestionable. ¿Oliver también le habló al respecto?

Alice hizo un seco asentimiento de cabeza.

—Me alegro. Aún menos explicaciones. Entiendo que después de esta información, y estando usted comprometida con mi amigo, quizás no sienta por el señor Calloway lo mismo de antes. Sin embargo, espero no equivocarme al pensar que no desea verlo ahorcado.

—¡Por supuesto que no!

Solo la imagen hizo que se estremeciera.

Oh, Nathaniel, ¿cómo había terminado metido en ese problema? Alice no podía dejar de pensar que fue su culpa.

—Entonces, ¿estaría dispuesta a ayudarlo?

—Oliver me prohibió intervenir —dijo en un susurro.

Y seguía furiosa por eso.

—Ah, pero él no se tiene que enterar, ¿o sí?

—Me temo que sí.

Ambos se sobresaltaron ante la voz masculina que emergió entre las sombras. Lo primero que Alice vio fue el cabello rubio platinado resaltando en la oscuridad de la noche. Supo quién era incluso antes de que el barón Zouche se hiciera a un lado con la expresión de fastidio de un niño que acababa de ser atrapado en una travesura.

—¿Tan rápido arreglaste tu carruaje? —preguntó el barón.

—Tomé un coche de alquiler. Deduje que si alguien había saboteado mi salida era porque no quería que viniera; por ende, debía apresurarme en llegar —dijo con desdén.

Alice empezó a juguetear con la punta de su trenza. Estaba nerviosa, aunque no sabía por qué. Ella no había hecho nada malo, más allá de aceptar conversar con él, cosa que, si lo juzgaban con base en el reglamento social, sí, era muy malo, pues era medianoche y estaban solos.

Maldita sea.

—Supongo que subestimé tu inteligencia.

—Te dije que no la involucraras.

—Puede ser la única capaz de ayudarnos. Lo siento, amigo, te aprecio, pero mi lealtad a la corona va más allá.

—No me importa. No intervendrá.

—¿No crees que eso debería decidirlo ella? —preguntó arqueando una ceja.

—Soy su prometido.

—Esa es una respuesta que muestra un futuro poco alentador —respondió Alice captando la atención de los hombres.

Estaba molesta, y fastidiada. Aunque por lo general se había acostumbrado a que los caballeros nunca tomaran demasiado en serio la opinión de una dama, Alice había crecido con un padre que sí lo hacía. Por ende, a pesar de tolerarlo con la mejor actitud, no podía evitar enfadarse porque Oliver quisiera manejar su vida.

Quizás hacía unos meses lo habría tolerado como buena dama educada, pero Alice sentía que ya no era la misma de hacía tiempo, y en parte, era por Oliver. Él le había permitido bajar la máscara, él mismo le había dado la confianza de no tener que comportarse siempre como debía, y ya que había probado la libertad, no podría volver a esconderse tras la fachada de dama educada. Había liberado a un ave y tendría que tolerar las consecuencias.

—¿La escuchaste, Abercorn? Hay que tomar en cuenta la opinión de la dama.

—Usted tampoco me agrada —espetó Alice mirando con fastidio al barón—. No está de mi lado, solo me necesita. Si me disculpan, caballeros, ya que parece que no soy relevante en esta conversación, los dejaré discutiendo sobre mi destino.

Cerró la puerta de la cocina antes de que alguno de los dos pudiera protestar.

De pronto, empezaba a detestar mucho a los hombres.

Capítulo 17

Oliver observó a Jack con ira mal disimulada.

No estaba feliz, y su amigo debía saberlo.

Presintió que algo iba mal en cuanto le informaron que todos sus carruajes tenían una rueda rota. Nadie sabía cómo había pasado, y por eso, Oliver dedujo quién pudo haberlo hecho. No fue difícil deducir que no quería que llegara a la cita con Alice, así que se apresuró a tomar un carruaje de alquiler para llegar.

Ver a Jack ahí tampoco fue una sorpresa. Conocía lo suficiente al barón para saber que lo único a lo que le guardaba lealtad era a la corona. Supuso que podría intentar algo semejante, pero había tenido la esperanza de que no lo hiciera.

—Bueno, parece que…

Un golpe que le atravesó la mejilla cortó lo que fuera que iba a decir. Jack se acarició la zona dolorida mientras veía con molestia a Oliver, que flexionaba los dedos con descuido, como quien se estira después del ejercicio.

—¿Con eso te bastó o debo ponerme en posición de defensa?

—Debería matarte.

—No creo que valga la pena ensuciarse las manos por esto, amigo mío. Aunque admito que creí que reaccionarías antes.

—No es adecuado dar golpes frente a una dama.

—Y vaya dama —exclamó lanzando una mirada de admiración a la entrada—. Tiene su carácter. Pensé que sería más… sumisa.

Oliver nunca habría descrito a Alice con esa palabra, ni siquiera cuando recién la conocía. Prudente, tranquila, recelosa, sí, pero no sumisa. A pesar de ser criada por una madre demandante, no obedecía órdenes por temor a la autoridad, sino por prudencia, porque era lo suficientemente inteligente para saber qué era lo que más le convenía. Nunca lo consideró un defecto porque Oliver detestaba a las personas sin la mínima de iniciativa.

—Te daré un consejo que no te va a gustar, pero considero útil: déjala decidir. Y no te lo digo solo porque me convenga, sino

porque es lo mejor para su futuro. Entiendo por qué no deseas que participe, pero a las damas con carácter firme no les gusta que se les trate de tontas. Además, ponte en su lugar. Quizás ya no ame a Calloway, pero eso no significa que quiera verlo muerto. Piénsalo así, en este momento me detestas, pero espero no equivocarme al afirmar que, si estuviera en un problema similar, intentarías que tomara la decisión que salvara mi vida, ¿no?

Oliver le dio la razón con un leve asentimiento de cabeza.

Lo cierto era que sabía que estaba siendo irracional, pero el miedo nunca había sido amigo de lo sensato. Y él tenía mucho miedo. No temía tanto que Nathaniel le hiciera algo, pues pensaba que el joven, aunque compartía con su progenitor ciertos rencores, no poseía por completo su sangre fría, pero sí le generaba temor que Alice no lograra convencerlo, que el rumor se extendiera y que alguien decidiera hacerla desaparecer.

Nadie sospecharía si a una joven soltera le ocurriera un trágico accidente.

Oliver no podría soportarlo.

Pero tampoco podría soportar que ella lo odiara, que era lo que iba a suceder si no aclaraban las cosas.

Había reflexionado mucho al respecto el día anterior. Ese trato de conocerse mejor había ido más allá de lo esperado. Se dio cuenta de que congeniaban más de lo que creía, de que la quería como su esposa, de que se había enamorado de ella y por eso la idea de perderla en cualquier sentido se le hacía aterradora.

Estaba acorralado, y lo detestaba.

—Piénsalo —insistió Jack dándole una palmada en la espalda —. Si se hace bien, no tiene por qué haber peligro. Y quizás, para ella sea una forma de cerrar definitivamente todo. Para los demás, será un alivio. Como sabrás, Calloway está enamorando a la hija de Miracle, y se dice que ha logrado buenas relaciones con el banquero, lo que hace que la conspiración tenga más dinero. A veces para que todo salga bien es necesario tomar ciertos riesgos.

Jack se fue y Oliver se quedó de pie en medio del jardín, pensativo. Sin embargo, en el fondo sabía que Nathaniel tenía razón.

No podía pedirle a Alice que no lo ayudara, solo mantener la esperanza de que entendiera por qué estaba tan receloso a la idea.

Decidido a hablar con ella, sacó un alfiler de su bolsillo y lo introdujo en la cerradura. Esta no opuso demasiada resistencia, a pesar de tener sus habilidades algo oxidadas.

Con sigilo, siguió el camino que había tomado aquella vez a la habitación de Alice. No prendió velas, pero tampoco las necesitaba. La casa estaba bien iluminada, y Oliver había aprendido a moverse en la oscuridad como una sombra.

Cuando llegó a su destino, dio un toque en la puerta, luego otro. Esperaba que no se hubiera dormido.

Alice abrió la puerta con cautela y jadeó al toparse con él, quien apenas le prestó atención a su expresión horrorizada, centrado en el delgado camisón que vestía y que dejaba traslucir unos pechos rellenos y una cintura delgada.

Oliver, quien ya había fantaseado unas cuantas veces con su cuerpo, no pudo evitar que su mente divagara a escenas subidas de tono.

—¿Cómo has entrado? —siseó ella. Debió de percatarse de a donde se dirigía su mirada, porque se abrazó a sí misma, privándolo de la visión de sus pechos.

Se obligó a recuperar la compostura.

—Hice uso de unos viejos trucos. ¿Puedo pasar? De verdad, quiero hablar contigo.

Ella se hizo a un lado para dejarlo entrar, no supo si porque deseaba conversar con él, o porque era lo más seguro dada la particular situación. Como fuera, estaba dispuesto a aprovechar la oportunidad.

—Sé que en nuestra última conversación fui un poco brusco contigo.

—Fuiste un idiota —dijo ella sin pensar.

Se dio cuenta de su imprudencia de inmediato, pues su rostro se puso tan rojo que era distinguible a pesar de la débil luz de la chimenea. Sin embargo, no se disculpó.

Él sonrió.

—¿A ese nivel de confianza hemos llegado, señorita Callen?

—Yo diría que a uno mayor —musitó—. Al menos de mi parte —dijo con resquemor.

Él entendió la indirecta.

—Alice… no sabía si era prudente confesarlo.

—Lo sé —musitó ella—. En este momento, ni siquiera estoy segura de que enterarme de la verdad fuera lo mejor. A veces la ignorancia también es paz.

Guardaron silencio por lo que a Oliver le pareció una eternidad. Quería decir muchas cosas, pero no sabía cómo, lo cual era agobiante para un hombre que nunca se quedaba sin palabras.

Ella caminó hasta el baúl frente a su cama y tomó la bata que reposaba sobre la madera. La tela era igual de delgada que la del camisón, no hacía demasiada diferencia, pero ella pareció sentirse más segura así y Oliver supo que no era el momento para hacer una broma al respecto, así que se cuidó de desviar la vista a lugares indecorosos.

—Lo lamento, Alice.

Ni siquiera estaba seguro de por qué se estaba disculpando. ¿Por su pasado? ¿Por su comportamiento? ¿Por ocultarle la verdad? ¿Por todo?

—Quiero ayudar a Nathaniel.

Era una confesión que esperaba, pero no por ello dejaba de sentir ese pequeño nudo en su pecho ante la idea de verla involucrada.

Apretó los puños.

—Entiendo…

O intentaba hacerlo, porque podía entender su motivación, pero no quería aceptarla.

—Sé que no estás de acuerdo, pero…

—Mi desacuerdo tiene nombre, Alice: miedo —admitió.

Ya no temía decírselo. Le había ocultado muchas cosas, pero si quería romper esa barrera que los secretos habían alzado entre ellos, tenía que ser sincero.

—¿Tienes el vino que dejé aquí la otra vez? Creo que necesito una copa.

Sin decir palabra, ella se dirigió a su cama y se puso de cuclillas, metió la mano bajo esta y sacó la botella y las copas, cuidadosamente envueltas en una tela.

—Un escondite particular.

—Preferiría que mi doncella no se cuestionara por qué tengo vino en mi habitación —dijo mientras le extendía la botella y una copa.

Él se sirvió un trago y le hizo un gesto para saber si quería uno. Ella negó con la cabeza. Él no insistió y tomó asiento en el diván.

—Sabes, desde la primera vez que te vi, supe que quería que fueras mi esposa —confesó antes de tomar un sorbo lento—. Al principio, creí que era por tu perfecta actuación en sociedad. Bonita, educada, elegante y con clase, todos los requisitos que se requieren en una duquesa. Sin embargo, después de una larga reflexión, puedo decir que eso no fue lo único que vi en ti. Había un pequeño brillo en tus ojos, casi imperceptible, que revelaba más de lo que decías. Mostraba vitalidad, humor, vida, y me sentí atraído hacia eso porque inconscientemente era lo que necesitaba. Te adaptabas a la sociedad, pero no habías dejado que matara todo de ti.

Ella guardó silencio. Él no se desanimó por su falta de respuesta.

—Yo, en cambio, creí que había matado a mi antiguo yo, que mi futuro se centraría en ser el perfecto duque de Abercorn, candidato ideal, caballero intachable… me había resignado a no abrirme nunca con nadie más, hasta que un día, decidí hacerlo contigo.

—Oliver…

Él alzó una mano, pidiéndole que lo dejara terminar.

—Me enamoré de ti —confesó sin tapujos—. No voy a seguir negándomelo a mí mismo. Y por eso tengo mucho miedo de que te pase algo. No creo que pueda soportarlo.

Ella dio un paso hacia atrás como si la declaración la hubiera golpeado. Él intentó no tomárselo a mal. La posibilidad de no ser correspondido siempre estuvo patente, pero por naturaleza, también

era paciente. Tenía la esperanza de que, una vez casados, el amor en ella surgiría naturalmente.

Siempre y cuando Calloway no siguiera siendo un incordio.

—Yo…

—No tienes que responder si no sientes lo mismo.

—Yo no sé qué siento —admitió en un débil susurro—. Tú… me agradas, mucho, y sé que no amo a Nathaniel, solo que… tengo miedo de confiar, de que vaya más allá. Ni siquiera sé si ya fue más allá.

Oliver no solía alimentar mucho la esperanza, pero su confesión hizo que su corazón diera un brinco, como un traidor ilusionado.

Ah, el amor, era tan dichoso y desagradable a partes iguales.

Se puso de pie y caminó hacia ella lentamente. Su mano atrapó su mejilla en una caricia dulce que pareció recibir gustosa. Alentado, inclinó la cabeza y la besó.

El beso comenzó suave y subió de intensidad a medida que su cuerpo respondía al sabor de sus labios: dulce, cálido, ambrosía pura.

Ella no se asustó. Le siguió el ritmo y se pegó a su cuerpo. Las manos de Oliver tomaron vida propia y le desataron la bata. Cuando esta cayó al piso, Alice se separó.

—Espera —dijo con la respiración agitada—. No es correcto.

—¿Aún estás dispuesta a casarte conmigo?

—Sí, pero…

—Entonces, no hay nada de incorrecto.

Y la besó antes de que pudiera seguir replicando.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y él la apretó contra sí. Su mano libre se deleitó recorriendo el lateral de su pecho y bajando hasta su muslo. La delgada tela que le impedía sentir su piel al tacto era un obstáculo del que estaba ansioso por deshacerse.

La deseaba con ansia desesperada. Ya que había admitido sus sentimientos, quería consumarlos, sentirla suya. Si no se detenían, la llevaría a la cama.

Con esfuerzo, se separó de ella. Acunó la cabeza entre sus manos, fascinado por sus ojos vidriosos de deseo.

—Puedo conformarme con lo que tenemos por un buen tiempo —le susurró.

Se separaron lentamente. A ella parecía estarle costando enlazar las palabras.

Oliver volvió a tomar asiento.

—Quiero ayudar a Nathaniel —dijo ella después de largos minutos de silencio. No era una exigencia, tampoco le estaba pidiendo permiso, simplemente lo notificaba con calma, rogando que la apoyara—. Me siento culpable por su situación.

—No fue tu culpa, Alice. —Y se lo repetiría cuantas veces fuera necesario.

—A lo mejor no, pero es difícil desprenderse de los cargos de conciencia, y lo sabes.

Más que nadie.

Recordó las palabras que le había dicho Jack, que para ella podría ser la manera de cerrar todo. No quería verla involucrada, se negaba con toda su alma a ponerla en peligro, pero también sabía que, si no cedía, el fantasma de Nathaniel siempre estaría sobre ellos. Además, él sabía lo que era cargar una culpa que no había sido redimida, algo que no le deseaba ni a su peor enemigo.

—Cada palabra que le digas tiene que ser considerada, y tienes que prometerme que, si no acepta colaborar, te casarás conmigo lo antes posible para que pueda protegerte.

Ella ni siquiera dudó.

—Te lo prometo.

En el fondo, Oliver esperaba que aceptara. Aunque no le tenía mucha fe al triunfo de esa conspiración, siempre había que tener cuidado con las personas rencorosas ansiosas por un cambio drástico. Deshacerse de la mayoría traería tranquilidad, al menos por un tiempo, y no había nada que deseara más en ese momento que paz.

Una paz que quería compartir con ella, y solo con ella.

Capítulo 18

Estar a solas, de noche, con un hombre ya era un atentado contra la buena moral, pero hacerlo con dos hombres en la casa de uno de estos era algo que Alice jamás hubiera imaginado que sucedería.

Y, sin embargo, allí estaba, en el despacho del duque, con un vestido que se había puesto apresuradamente en el cuarto de baño y que el duque le había tenido que ayudar a ajustar. Oliver le había dicho que tenían que hablar con Jack, pero no imaginó que este aún estuviera en los alrededores de su casa, esperándolos.

—No se abandona un lugar si existe la posibilidad de obtener lo que deseas —le había explicado Oliver cuando lo encontraron recostado bajo la sombra de un árbol—. Y Jack siempre ha sido un hombre de fe.

Y solo entonces cayó en la cuenta de la seriedad del asunto en el que estaba a punto de involucrarse.

Y, aun así, no se arrepintió.

—Me alegra que haya decidido ayudarnos, señorita Callen —comentó Jack de buen humor.

Ella no respondió. Seguía sin agradarle del todo, así que se acercó discretamente a Oliver buscando seguridad. Para su sorpresa, este le rodeó los hombros con un brazo.

—Ahorrémonos los formalismos —dijo Oliver con fastidio—. O me arrepentiré de haberte pedido ayuda.

—Últimamente la elocuencia no es tu fuerte —argumentó Jack, quien se dejó caer en la silla detrás del escritorio como si ese fuera su despacho y no el del duque—. Y necesitas una intervención oficial. Hace tiempo que no estás en el negocio.

—No creo que las cosas hayan cambiado mucho desde entonces —replicó Oliver con molestia.

Para Alice era extraño escucharlos hablar así. El mundo de espionajes y secretos era algo que le costaba comprender, quizás porque había sido diseñado para mantenerse oculto.

Oliver le hizo un gesto a Alice para que se sentara y le ofreció con un gesto algo de beber. Ella negó con la cabeza, no se veía capaz de tomar un solo trago.

—Hay varias cosas que debe tomar en cuenta a la hora de abordar al señor Calloway —dijo Jack con parsimonia—. La primera: evaluar su nivel de moral.

Alice frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Hay personas, señorita Calen, que nacen podridas, pero hay otras que se pudren con el tiempo. El señor Calloway es de los segundos. El primer paso es averiguar si la ambición lo ha corrompido por completo, o aún es un alma que quiere ser salvada. Esto es elemental para saber si vale la pena arriesgarse a hacerlo cambiar de bando. Con regularidad, se hace un estudio sutil en varios encuentros, pero no creo que a nuestro querido duque le agrade que fomente muchas interacciones entre ustedes, ¿o estás dispuesto a sacrificarte por la causa, Oliver?

Él no respondió. Alice lo miró de reojo y se dio cuenta de que estaba tenso.

—Bien —continuó Jack, ocultando poco lo que le gustaba provocarlo—. Hemos hecho un estudio preliminar, donde concluimos que el señor Calloway aún no está completamente podrido, pero ya que usted lo conoce mejor, me gustaría su opinión, señorita Callen. ¿Cree que podría colaborar?

Alice lo pensó con detenimiento. Recordó sus últimas conversaciones con Nathaniel, su odio, su rencor, su deseo de conseguir más… Si se basaba en eso, podría decir que sí, que el odio lo había corrompido. Sin embargo, Alice creía que había algo que salvar en él. Y no lo pensaba solo porque deseaba que así fuera, sino porque cuando le confesó que solo sedujo a la hija del banquero por interés, vio en sus ojos culpa, indecisión. Estaba haciendo lo que le ordenaba, pero Alice quería creer que no era por gusto.

Había una vena buena en Nathaniel. Tenía que haberla.

—Sí.

—Alice, hay muchas cosas en riesgo. Responde con objetividad —dijo Oliver con suavidad.

—Quizás Nathaniel no sea el hombre honesto que conocí. Guarda mucho odio, rencor, su moralidad es cuestionable… pero no creo que sea malo. Está resentido, quiere justicia, y por eso no mide sus acciones. Si lo acorralan, quizás entre en razón. Después de todo, no creo que quiera arriesgar su vida por una causa.

—Es un buen punto —concordó Jack—. El egoísmo es un defecto que siempre se puede usar a favor.

Oliver no respondió. En realidad, no había dicho mucho desde que acordaron que ella participaría en la misión. Alice sabía que luchaba contra el miedo, esos instintos primitivos que luchaban por mantenerla a salvo, sobre todo cuando había sentimientos de por medio.

Porque él la amaba.

Sus palabras le rondaban la cabeza una que otra vez y le impedían concentrarse.

La amaba.

No había sabido qué responder en aquel momento, y sabía sin saber qué decir. Su corazón había dado un vuelco cuando escuchó las palabras, como si hubiera estado anhelándolas, pero ¿en verdad había estado haciéndolo? ¿Por qué?

—Ahora bien —continuó el barón devolviéndola a la realidad —, durante la conversación, siempre puede volver a cerciorarse de que la misión es posible. Hay ciertas preguntas que se pueden hacer para evaluar qué tan cegado está por la causa o por el dinero, pero antes, otro asunto importante es la excusa con la que va a ir a visitarlo.

Alzó las cejas en un gesto significativo que ella no entendió, pero al parecer Oliver sí, porque gruñó.

—Si estás pensando en…

—Sí, estoy pensando en eso. Bien sabes que no puede llegar y decirle: querido Nathaniel, sé tu secreto y vengo a pedirte que confieses porque, aunque no te amo, es lo mejor para ti.

Alice arrugó el ceño. Eso era exactamente lo que había planeado hacer, quizás con más o menos discreción. No veía qué

tenía de malo.

Abrió la boca para hablar, pero Jack se adelantó.

—No, querida, no puedes hacer eso. Lo vital para convencer a alguien es darle una motivación, y cuando estás muy metido en algo, salvarle la vida no siempre es suficiente. Tienes que hacerle creer que has cambiado de opinión, que quieres huir con él, pero que no puedes hacerlo si sigue en esos negocios turbios. Él te ama, por ti, podría hacerlo.

Alice lanzó una mirada de reojo a Oliver, que estaba tenso.

—Él tiene razón —admitió a regañadientes—, pero es un argumento arriesgado. Dado todo lo que ha pasado, no creo que Calloway se lo crea.

—No solo eso, me va a odiar —dijo Alice con pesar.

Nunca había sido partidaria del engaño, le parecía cruel. Decirle a Nathaniel que huiría con él, obligarlo a confesar, y después abandonarlo….

—Los riesgos valen la pena si es por un bien mayor —continuó Jack, indiferente a su pesar—. Te lo agradecerá cuando le quites la soga del cuello. Respecto a que es un argumento arriesgado, quizás, pero no inviable. Ella llegará, le dirá que ha reflexionado sobre la situación, y que está dispuesto a perdonarlo. Sin embargo, empezará a hacer preguntas sobre sus negocios, él quizás se ponga nervioso, y ella fingirá haber llegado en ese momento a la conclusión de lo que ya sabe, no es ilógico, teniendo en cuenta la información que posee de su pasado. Entonces, le pedirá que deje esos negocios, que confiese para salvarse.

—Le dirá que está loca —masculló Oliver—. Para Calloway, confesar es su ruina. ¿Cómo va a saber que le estamos ofreciendo un trato?

—Oh, nuestra querida dama le asegurará que hablará contigo. Se ofrecerá de intermediaria. Creo que Calloway te conoce lo suficiente para saber que no retendrías a una mujer en contra de su voluntad, así que ella le dirá que te pedirá ese último favor y tú, sintiéndote culpable por lo sucedido en el pasado, se lo harás.

—Jack, creo que los años han afectado tu capacidad de formar planes —dijo Oliver con fastidio—. Él no le creerá.

—Estoy de acuerdo —intervino Alice. La cabeza le daba vueltas ante tanta información—. Nuestras últimas conversaciones fueron muy… claras. No creo poder convencerlo de que he cambiado de idea.

El rostro de Jack adoptó una expresión de fastidio.

—Bien, ¿tienen alguna otra idea?

—Sí —dijo ella con más seguridad de la que en realidad sentía. Lanzó una mirada de reojo a Oliver y respiró hondo antes de continuar—: convencerlo de quién fue el verdadero asesino de su hermana.

La habitación se llenó de un silencio tenso. Al igual que pasaba siempre que se sacaba el tema, Oliver se quedó mudo. Incluso Jack parecía incómodo. Alice esperó con paciencia a que procesaran la información.

—No funcionará —dijo su prometido después de una larga reflexión—. Lleva años creyendo lo que más le conviene. Y no hay pruebas…

—Quizás no necesite pruebas, sino razonarlo un poco, razonarlo con alguien a quien no deteste —dijo con suavidad—. A lo mejor la idea de llegar y pedirle racionalidad le parece absurda, lord Zouche, pero creo que puede funcionar mejor que el engaño. Le pido que confíe en mi criterio.

El barón no parecía muy convencido, y, a decir verdad, Oliver tampoco. Los entendía. Buscaban la mejor forma de que todo funcionara, pero entre tantas mentiras, quizás la honestidad era la salida.

—Yo confío en ti —dijo Oliver—, pero sigo sin confiar en él.

—¿Qué es lo peor que podría pasar? —replicó Alice con optimismo—. Que me diga que no, que me pida que no me involucre. No creo que me delate a otros. Y si lo hace, tenemos otro plan, ¿no?

Uno que esperaba no llegar a ejecutar.

Si Nathaniel se negaba, Alice no solo le había prometido al duque que se casaría con él de inmediato, sino que se marcharían de Inglaterra durante un tiempo mientras todo se calmaba. La idea

de abandonar su país y a su familia no le agradaba demasiado, pero fue la única manera en la que pudo tranquilizar a su prometido.

—Ah, las improvisaciones —dijo Jack—. No niego que son mis favoritas, pero pueden salir muy bien o muy mal. Bueno, que suceda lo que tenga que suceder. En los próximos días les informaré de la rutina de Calloway para concretar el encuentro, ¿les parece?

Alice asintió, y Oliver también, aunque con mucho más recelo.

—Debería regresar a casa —comentó Alice, preocupada.

Eran las tres de la madrugada, dentro de poco el servicio despertaría y alguien podría verla escabullirse.

—Vamos. Por suerte, creo que ya arreglaron mi carruaje.

Le lanzó a Jack una mirada de molestia que este correspondió con una inclinación burlona. Alice apenas se dio cuenta de cuándo se salió por la ventana.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —le preguntó Oliver en el carruaje de camino hacia la casa.

Él sabía que ella estaba segura, pero Alice supuso que guardaba la esperanza de que se arrepintiera.

Asintió.

—Estaré bien —le prometió—. Él no me hará daño.

Muchos dirían que estaba depositando demasiada confianza en alguien que tenía moralidad cuestionable, pero Alice quería confiar en que quedaba algo del Nathaniel que conoció, aunque fuera una esperanza ingenua.

Oliver no respondió, se limitó a tomar su mano y acariciarla como si eso le diera seguridad. A ella también se lo generaba.

¿Quién iba a decir que, después de todo, el frío duque con el que se había resignado a casarse tendría tantas sorpresas?

—¿Las misiones no te ponían nervioso? Porque yo estoy nerviosa —dijo para llenar el silencio.

—Yo también estoy nervioso —admitió—. Pero en su momento no. Me divertían, me retaban. Cuando se es joven se tiene muy poco aprecio a la vida.

—Hablas como si tuvieras cincuenta años —se burló ella.

—A veces creo que actúo como si los tuviera.

—Oh, no, si así fuera, no serías un partido tan cotizado.

—Con un ducado y fortuna, me querrían, aunque tuviera setenta.

—No lo sé. Al menos yo me lo habría pensado mejor.

Ambos se rieron.

—Voy a hacer lo posible porque todo salga bien —dijo ella.

—¿Hay algo que Alice Callen haga mal?

Ella se inclinó hacia adelante y le hizo un gesto para que la imitara.

—Bien, esto no se lo he confesado a nadie, pero… en realidad, solo sé bordar flores. Lo demás se me da muy mal, y por eso siempre evito esa actividad en concreto. Espero que no esté muy decepcionado por esa falta de habilidad, excelencia.

Él sonrió.

—Creo que podré vivir con ello.

Ambos rieron, el humor era una forma de escapar de las preocupaciones, de evitar pensar en lo que podría salir mal.

—¿Me prometes que todo estará bien?

La pregunta la sorprendió. Estaba tan acostumbrada al duque centrado, objetivo e imperturbable, que esa repentina vulnerabilidad la conmocionó.

—Te lo prometo —dijo, tanto para tranquilizarlo a él como a ella misma.

Porque, a lo mejor, si lo afirmaba varias veces, todo de verdad salía bien.

Capítulo 19

Nathaniel vivía en una casa alquilada en Grovensor Square. Según los informantes que Jack había tenido vigilando las últimas dos semanas, su rutina era similar. Salía en la mañana y pocas veces regresaba antes de la hora de la cena. No tenía muchos criados, y de vez en cuando recibía una que otra visita poco relevante.

Alice se armó de valor y tocó puerta. El sol se estaba ocultando, y el frío le caló los huesos a pesar de la gruesa tela negra de su disfraz de viuda. Era el mismo que había usado para ir a visitar al duque, y su mejor opción para no ser descubierta yendo sola a la casa de un hombre que ni siquiera era su prometido.

Le pareció irónico que ese mes hubiera roto más reglas del decoro que en toda su vida.

Un hombre de edad avanzada le abrió la puerta. Tenía aspecto cansado y pose altanera.

—¿Qué desea?

Tampoco sonaba muy educado.

—¿Está el señor Calloway en casa?

Era una pregunta formal, porque ella sabía que él estaba en casa.

—¿Quién lo busca?

—Dígale que su pequeño sol.

Usar su apodo no fue una idea que le agradase a Oliver, pero sí la más segura para presentarse, al igual que la decisión de ir a su casa.

Al principio, habían considerado la idea de citarlo en el jardín, como siempre. Sin embargo, no era prudente tener una conversación tan delicada cuando se estaba pendiente de que nadie los descubriera, y según Oliver, sería difícil de vigilar, primero porque no había demasiadas sombras para ocultarlos, y segundo: si algo se complicaba, un terreno abierto era más difícil de manejar. Al parecer, para ellos era más cómodo rodear toda la casa con discreción, con personas disfrazadas y ubicadas en puntos estratégicos, y sabiendo que Alice no podría salir de allí sin que la vieran, era un espacio

donde había muchas direcciones a dónde huir. Le parecían medidas un poco extremas, pues no creía que la fueran a secuestrar, pero no sería ella quien se pondría a discutir al respecto.

El mayordomo arrugó el ceño ante el apodo y le pidió que esperara un momento. No tuvo la cortesía de hacerla pasar, pero Alice no se ofendió. La espera duró solo dos minutos, cuando el mismo hombre volvió a abrir la puerta y la instó a entrar. La casa estaba decorada con un mobiliario que gritaba opulencia, con tantos objetos valiosos que daba miedo caminar sin romper algo. No sabía si venía incluido en el alquiler o Nathaniel había dedicado su nueva fortuna a comprar cosas caras, fuera una o la otra, no se podía dudar de que tenía dinero.

«Aunque sea sucio», pensó con pesar.

El hombre la llevó hasta una puerta de roble pulido que no emitió ni un solo crujido al abrirse. El interior estaba iluminado con varias lámparas de gas y una gran ventana que lograba pasar los últimos rayos del día.

Nathaniel estaba en el centro de la habitación, y levantó la mirada cuando ella entró. Alice esperó hasta que el mayordomo se retirase para quitarse el velo. Él jadeó, como si hubiera esperado ver a otra persona en lugar de a ella.

—Alice… —musitó, incrédulo.

—Hola, Nathaniel —susurró ella.

Estaba nerviosa, muy nerviosa, pero intentó que nada en sus gestos lo revelara.

—¿Qué haces aquí?

La incredulidad había pasado a la desconfianza, después de todo, en su última conversación habían dado todo por acabado. Decirle que había cambiado de idea hubiera sido verosímil si en su pasado encuentro no hubieran intercambiado verdades tan duras.

—Quiero hablar contigo… Yo… sé en qué estás involucrado, Nathaniel, sé por qué tienes tanto dinero.

El cuerpo de Nathaniel se tensó. Quizás era bueno ocultando secretos mientras no se le confrontara directamente.

—No sé de qué me estás hablando.

—Sí, lo sabes —dijo ella con suavidad y pesar.

Él resopló.

—Abercorn sigue metiéndose donde no lo llaman, ¿eh? —replicó con rencor—. Creí que estaba retirado.

—Ese no es el punto.

—Sí, sí lo es —espetó y empezó a caminar de un lado a otro como perro enjaulado—. No conforme con involucrar a mi hermana, ahora te involucra a ti. No tiene moral ni sentimientos.

—Nathaniel, él no mató a tu hermana —susurró Alice.

—Te ha dado su versión, ¿no? —Se rio con amargura—. ¿De verdad pretende que crea que fue mi padre quien lo hizo? No tiene pruebas.

—Tú tampoco tienes pruebas de que lo haya hecho la gente del rey —dijo con calma, esperando infundírsela—. Él quería casarse con tu hermana, Nathaniel, la quería de verdad. No la hubiese involucrado si no supiera que, por su lado, estaría segura. Además, los estaba ayudando, ¿por qué la matarían? A mi modo de ver, los que se enfadarían por una traición es el lado perjudicado, ¿no crees?

Nathaniel dejó de dar vueltas para observarla fijamente. Su mirada era la de un niño perdido que no sabía qué hacer. Entonces, Alice supo que convencerlo no era una misión imposible.

—Cuando tu padre decidió mandarla al campo, ¿qué razón te dio? Era plena temporada, ¿por qué alejarla cuando estaba siendo cortejada por un duque?

—Dijo que Rose se sentía mal, que el aire fresco del campo la ayudaría a mejorar.

—¿Parecía tu hermana enferma? —Él negó con la cabeza—. ¿Cuándo te dijo que ellos la habían matado?

—Dos días después del accidente, cuando se estaba preparando para huir. Me confesó que mi hermana había ayudado a los enemigos, y que después de obtener lo que querían, se habían deshecho de ella para que no quedaran cabos sueltos.

—Ahora dime, Nathaniel, ¿eso tiene lógica para ti?

—¿Por qué no la tendría? —replicó—. Los altos mandos nunca han sido especialmente generosos —dijo con desdén—. Ni siquiera con quien los ayuda.

—Nathaniel, conocías a tu padre. ¿Era de los que perdonaría a un traidor? —Él guardó silencio—. Analízalo por un momento y dime ¿qué versión tiene más sentido?

Él se pasó la mano por los cabellos.

—Era su hija.

—Y su hija estuvo a punto de mandarlo a la horca. ¿No es motivo suficiente para vengarse?

Él tardó en responder, su mirada perdida en un punto detrás de ella. Alice sabía, por su expresión consternada, que sus palabras habían calado.

—Nathaniel, sé que eres mejor que esto —dijo con suavidad —. No te conviertas en tu padre, no te conviertas en un hombre que pierde su humanidad por ambición.

—Ya es muy tarde —dijo en voz baja.

—La corona te quiere ofrecer un trato —susurró acercándose a él—. Confiesa todo lo que sabes y te perdonarán la vida, se encargarán también de sacarte del país para protegerte.

Él negó con la cabeza.

—Es mejor que te vayas, Alice, y que te olvides de todo, por tu propia seguridad.

—Nathaniel, aún puedes salvarte. Tú no quieres hacer esto.

—¿Quién dice que no quiero? —respondió con amargura—. Detesto a los nobles y lo sabes, detesto sus privilegios y que a los hijos segundos solo le toquen las migajas. Además, tú misma lo dijiste: no soy el mismo hombre del que te enamoraste.

La declaración la hizo dar un paso hacia atrás, sintiendo todo su dolor, toda su amargura.

—No creo que seas un mal hombre.

—Entonces, ¿por qué no pudiste perdonarme? ¿Por qué aún hoy lo eliges a él a pesar de que también te mintió?

—Porque me enamoré de él.

Y en cuanto las palabras salieron de sus labios, ella supo que eran ciertas.

El amor era una cosa muy extraña.

Creía que mientras superaba la desilusión por Nathaniel no podría volver a enamorarse. Sin embargo, sucedió, y era que el

amor por el duque no llegó con mariposas en el estómago, ansiedad por verlo y una ilusión de que era el hombre más increíble del mundo, sino que se fue colando con lentitud, en conversaciones de noche, confesiones sin juicio, máscaras que caían, humanidad descubierta. Él la comprendía, sabía cómo se sentía, y ella lo comprendía a él. No era un hombre que prometía liberarla, sino que lo había hecho.

Esta vez fue Nathaniel quien retrocedió como si lo hubieran golpeado.

—Si es así, entonces ¿qué haces aquí? —preguntó con ojos dolidos.

—Quiero ayudarte.

—¿Por qué?

—Que ya no te ame no significa que deseo que mueras, Nathaniel. Y yo sé que tú tampoco quieres morir.

—Hablas como si fuéramos a fracasar.

—¿Qué tanta fe le tienes al triunfo?

Y su silencio fue la respuesta de ambos. El barón tenía razón, más que la ideología, a Nathaniel lo motivaba el dinero. No creía fielmente en lo que estaba haciendo, solo creía que le convenía. Y en ese momento estaba replanteándose si de verdad era así.

—¿Cómo puedo estar seguro de que no es un engaño para conseguir información, y que, al final, no planearán para mí un accidente como el de mi padre?

—No te puedo dar un aval —admitió ella—. Pero ellos tampoco. Piénsalo, Nathaniel, están sobre la pista. Es cuestión de tiempo para que consigan pruebas. ¿Quieres arriesgarte?

Mientras lo meditaba, la puerta se abrió. Ambos giraron la cabeza, y Alice dio un brinco cuando notó una pistola apuntándole al corazón.

—Las pruebas son difíciles de conseguir, querida, o no estarían recurriendo a estrategias tan sucias como que alguien nos traicione. Una lástima que no puedan conseguirlo.

Nathaniel hizo ademán de ubicarse frente a ella, pero el hombre movió la pistola, amenazante.

—Un paso más y le vuelo el corazón.

Él se mantuvo quieto.

Ella observó al hombre que le apuntaba. Era bajo, regordete y con un bigote pasado de moda. Su cara le era familiar, pero no recordaba haberlo visto en ninguna velada importante, ni que se lo hubieran presentado.

El corazón le latía tan rápido que temió que se le saliera del pecho. Respiró hondo, intentando evocar la calma con la que solía enfrentar todos sus eventos sociales, que, vistos bajo esa situación, no era ni la mitad de aterradores a cómo los recordaba.

—No puede matarnos —susurró—. Traería muchas sospechas.

—¿Han escuchado la historia de Romeo y Julieta? —preguntó con una sonrisa perversa—. Ustedes dos encajarían en los personajes. Nathaniel me contó algo sobre su trágica historia de amor con una dama que, asumo, es usted. Un amor imposible, porque ella se iba a casar con otro y no podría romper el compromiso. No sería descabellado hacer correr el rumor de que, acorralados, decidieron morir juntos para que su amor fuera libre, ¿no creen?

—Sí, claro que sería descabellado —dijo Alice con más valentía de la que sentía—. Es inverosímil.

Él soltó un chasquido para quitarle importancia:

—A la gente le gusta el drama. Lo creerá.

Alice estaba a un respiro de perder el control, su cabeza trabajando a mil por hora. ¿Debería decirle que afuera había gente vigilándola o guardar silencio? Ellos debieron haber visto al hombre entrar, tendrían un plan, por supuesto que sí. Tal vez solo necesitaba ganar tiempo.

—Los criados son testigos. ¿Va a matarlos a todos?

—Trabajan para mí, ¿o cómo crees que me dejaron pasar? Todos en esta casa siguen mis órdenes.

—Fernard, por favor…

Fernard. Alice reconoció ese nombre. Era uno de los banqueros más ricos de Inglaterra. Recordó entonces dónde lo había visto.

Vauxhall. Había estado hablando un buen rato con Nathaniel.

—Cállate, traidor. No habías aceptado, pero sé que ibas a hacerlo. Siempre supe que eras demasiado pusilánime para esto. No tienes la sangre fría de tu padre.

Nathaniel apretó los puños, pero no respondió. Alice empezaba a ponerse muy nerviosa.

—Matarnos podría empeorar todo —dijo Nathaniel con calma fingida—. ¿O crees que ella vino sola?

—Oh, sé que no vino sola —dijo él con parsimonia, como si apuntar a una persona con la pistola fuera costumbre diaria—, y yo tampoco vine solo. Mis hombres deben estar deshaciéndose de los infiltrados en este momento, y los que queden no creo que puedan actuar con suficiente rapidez. Ya me habré ido para entonces, no habrá ninguna prueba en mi contra, como no la hubo hace años. Además, digamos que el rey tiene negocios conmigo que no le conviene acabar.

Alice se daba una idea de cuáles eran esos negocios. Prinny siempre necesitaba dinero y el señor Fernard tenía de sobra.

Él dio un paso hacia ellos y el corazón de Alice dio un vuelco. ¿Así que iba a morir de esa manera? Oh, pobre Oliver, nunca se perdonaría a sí mismo si eso pasaba.

Y ni siquiera le había dicho que lo amaba.

No, ella no podía morir. Tenía que ocurrírsele algo.

Capítulo 20

—¿Cómo que Fernard ha entrado por la puerta de servicio a la casa? —preguntó Oliver con un tono más alto de lo que dictaba la prudencia.

Jack le hizo un gesto para que bajara la voz mientras que con la mano libre se quitaba el sombrero de vagabundo que había formado parte de su disfraz.

—Sí. O los criados tienen órdenes de dejarlo pasar siempre que aparezca, o los tiene comprados de alguna manera.

—¿Él no vive por aquí cerca?

Jack asintió.

—Maldita sea. Jack, ¿no es esta propiedad suya?

Por la cara de su amigo, supo que no era algo que se hubieran molestado en investigar.

Oliver se tragó todos los insultos a su ineficiencia que le vinieron a la boca.

—Eso no es todo —dijo Jack con cautela—. Creo que han descubierto a alguno de nuestros hombres. No vino solo.

—Maldita sea —siseó—. Tenemos que entrar a esa casa.

Se asomó a la ventana para observar la puerta principal. Estaban dentro de un carruaje, estacionados a una distancia prudencial de la casa y ocultos parcialmente de la vista por los árboles que adornaban la entrada a la propiedad. Aparentemente no había nadie en la puerta principal, pero eso no significaba que les fueran a abrir como si se tratase de una visita.

—¿Tienes los planos de la casa?

Jack sacó debajo del asiento un pergamino y lo extendió sobre sus rodillas. En este, había un boceto preciso de las fachadas de la casa, donde estaban ubicadas las ventanas, puertas, y en anotaciones a los lados, la factibilidad para forzar cerraduras o romper vidrios.

—Hay un árbol cerca del balcón del salón de baile —dijo Jack señalándolo en el papel—. Podemos treparlo, llegar a este y forzar la entrada.

—Podría haber mandado a vigilar es entrada.

—Creo que está más centrado en ver quiénes los espiamos desde afuera. Además, el sol se ocultó, y no creo que haya criados merodeando el salón de baile a estas horas.

Oliver asintió.

—¿Dónde crees que estén?

—En el despacho o la biblioteca, supongo. Según nuestras deducciones, deben ser estos espacios. —Los señaló en el plano—. ¿Aún recuerdas cómo escalar árboles?

Oliver acarició el arma que guardaba en el bolsillo del frac.

—Tan claro como disparar.

Bajaron del carruaje y le dijeron al cochero que fuera a dar una vuelta. No se encontraron a nadie en el camino al árbol, pero sí notaron que los hombres que había dejado Jack para vigilar no estaban. Había sido una distribución sencilla. En el norte, había dejado encargada a una pareja que daba vueltas de arriba abajo, como dos enamorados que deseaba un paseo. En el este, un hombre se hacía pasar por un criado de la casa de enfrente que estaba arreglando las plantas, y el oeste, Jack, disfrazado de un vagabundo pasado de copas estaba recostado en un árbol fingiendo dormir. Allí fue cuando vio entrar a Fernard. Sin embargo, la pareja de enamorados no estaba, y el jardinero tampoco. Oliver no creía que le hubieran hecho daño, solo cuestionarlos lo suficiente para que tuvieran que abandonar la zona sospechosa.

Jack le tocó el hombro y le hizo una seña con la cabeza. Uno de los hombres de Fernard paseaba debajo del balcón al que planeaba escalar.

—Yo me encargo —susurró Jack antes de echar a correr justo por enfrente del hombre.

La táctica funcionó. Este abandonó su puesto y Oliver, después de una mirada rápida a su alrededor, trepó al árbol con el sigilo de un zorro.

«Por favor, que esté bien», pidió a los cielos. Nunca había sido un hombre tan creyente como ese día.

Saltar al balcón y abrir la puerta fue fácil. Caminar en la oscuridad también. No había demasiados criados a los que evitar,

pero todos parecían estar atentos a cualquier ruido. El despacho fue fácil de ubicar, pues tenía a un hombre vigilando la entrada.

Oliver sacó la pistola de su escondite y se acercó con cautela. Antes de que el hombre se percatara, le dio un golpe en la cabeza y lo atrapó justo antes de que cayera al piso. Arrastró el cuerpo hasta una esquina y echó un último vistazo alrededor antes de acceder. Había esperado muchas cosas al entrar, pero no a Alice montada en la espalda de Fernard mientras Nathaniel intentaba arrebatarle el arma. Su distracción al menos sirvió para que este último lograra hacerse con el arma. Sin embargo, en un movimiento brusco, Fernard tiró a Alice y esta se golpeó con la pared, quedando inconsciente.

Verla allí tirada, despertó sus instintos más bajos. Con un gruñido, se abalanzó hacia Fernard y lo agarró del cuello.

—Maldito bastardo. Esta vez no habrá dinero que te salve.

A pesar de que se estaba poniendo rojo, Fernard le dedicó una sonrisa burlona.

—Ah, cierto que la dama era tu prometida. Se está haciendo una mala costumbre involucrarla en esto, ¿no crees? —Jadeó en busca de aire, pero continuó hablando—: Sobre todo sabiendo lo que le hicimos a la última.

Oliver sintió el impulso de apretar más fuerte, pero no lo hizo porque matarlo no era buena idea. Maldito, mil veces maldito. No le fue difícil suponer que el viejo Calloway le había contado todo e incluso le había pedido ayuda para deshacerse de Rose.

Miró a Nathaniel, quien se había puesto pálido.

—¿Ahora estás convencido? —escupió—. Buscar algo con lo que inmovilizarlo.

Al menos tuvo la rapidez mental de deshacerse del lazo del cuello y amarrarle las manos mientras Oliver lo sostenía.

Una vez atado, lo soltó con brusquedad. Fernard tosió, se tambaleó hacia atrás y finalmente cayó al piso.

—Vigílalo —le ordenó a Calloway mientras se acercaba a Alice.

La herida en la cabeza sangraba ligeramente, pero su respiración era constante. La acostó con cuidado en el suelo y deseó

que Jack se apresurara. El sentimiento de culpa lo carcomía.

Alice.

¿Qué sería de él si le pasase algo a Alice?

—¿Está bien? —preguntó Calloway con voz temblorosa.

Él respondió con un seco asentimiento de cabeza.

—¿De verdad mataron a mi hermana? —preguntó Calloway a Fernard.

Oliver apenas y les prestó atención, centrado en que no hubiera ningún cambio significativo en Alice.

—¿Acaso creías que dejaríamos ir a un traidor? Tu padre la atrapó dándole la correspondencia cifrada a uno de sus lacayos —dijo señalando con la cabeza a Oliver—. La muchacha era lista, la interceptó antes de que tu padre la abriera y la destruyera. Ella no pudo defenderse de la acusación, no tenía madera para fingir. Tu padre me llamó para alertarme y yo lo ayudé a cobrar venganza. Por suerte poco pudieron descifrar de esa carta. Lástima que tener mensajes cifrados en su poder fuera una prueba de peso para Calloway. —Negó con la cabeza como si de verdad lo lamentara—. Abercorn, tienes suerte de ser un noble poderoso con muchas conexiones, o hubieras saludado a la muerte junto con tu encantadora Rose.

Quiso golpearlo, pero Nathaniel se le adelantó y le dio un puñetazo en la cara. Oliver se tomó un segundo para examinar su expresión. Estaba fuera de sí. La mirada inyectada en ira.

—Maldito seas, maldito seas —dijo, y con cada maldición, le daba una patada.

Fernard intentó cubrirse lo mejor que pudo, pero Nathaniel había enloquecido.

A su pesar, Oliver abandonó a Alice para intervenir.

—Déjalo —ordenó, y cuando eso no funcionó, tiró de él hasta conseguir alejarlo de su objetivo—. Ya se encargarán de él.

—Si igual lo matarán, ¿por qué no hacerlo yo? —replicó Nathaniel.

—Porque te pesará en la consciencia, y eso no te devolverá a tu hermana.

Nathaniel dio un paso hacia atrás, sumido en sus turbulentos pensamientos. Jack eligió ese oportuno momento para entrar. Tenía un arma en mano, pero la escena ante sí hizo que bajara la guardia.

—Vaya, veo que te has encargado de todo.

Entonces, su vista se posó en Alice y palideció.

—Está viva —aclaró Oliver, preocupado—. Pero necesita un médico. ¿Cómo vamos a salir de aquí?

—Antes de venir encontré a uno de los nuestros y lo mandé por refuerzos —dijo Jack—. Pero no creo que nadie nos ataque mientras haya un arma apuntando la cabeza del jefe, ¿no crees?

Y para reafirmar sus palabras, se acercó a Fernard y bajó el arma hasta que el cañón le rozó la nuca.

—Bien, me llevo a Alice de aquí. ¿La servidumbre?

—Ah, la he encerrado en la cocina. El mayordomo me descubrió, un hombre fuerte para verse tan viejo, así que cuando me zafé de él, aproveché de pedirle amablemente que reuniera al servicio en la cocina. Después, el ama de llaves me dio con amabilidad todas las llaves de las cerraduras.

Sonrío con picardía y movió el arma para dejar claro qué había incentivado tales gestos de generosidad, pero Oliver no estaba de humor para seguir la broma.

—¿Los hombres de afuera?

—Uno está inconsciente, de los otros dos se están encargando ya.

Oliver no necesitó más. Tomó a Alice con cuidado entre sus brazos y se dispuso a salir de esa casa infernal. Antes, le lanzó una última mirada a Nathaniel.

—¿Contamos contigo, o te unirás a su destino?

Como única respuesta, Nathaniel inclinó la cabeza.

Al menos algo había salido bien

—No parece ser una contusión grave, pero como cualquier golpe en la cabeza, no sabremos las consecuencias hasta que despierte. Dejaré un tónico para el dolor y es recomendable que no haga esfuerzos bruscos en los próximos días.

Oliver asintió ante las indicaciones del médico, a quien había mandado a sacar de su casa apenas llegó a la mansión ducal. Ni siquiera recordaba las explicaciones que le había dado a su madre, quien en ese momento estaba en la habitación, guardando un decoro que se había perdido hacía años.

—¿Cómo dices que ha sucedido esto? —preguntó ella después de que el médico se marchó.

Oliver se esforzó por recordar lo que le había dicho.

—Me encontré con la señorita Callen en el parque, estábamos paseando cuando un perro se acercó corriendo, ella se asustó, se enredó con las faldas y se cayó.

—Sí, eso lo he entendido. Pero quiero saber la verdad.

Él suspiró, consciente de que era una excusa terrible. El reloj marcaba las ocho de la noche. ¿A qué hora se habían encontrado en el parque? ¿Por qué estaban solos? ¿Por qué no la llevó a su casa en lugar de traerla a la de él?

No había ninguna buena excusa donde ambos salieran bien parados.

—Es complicado.

—¿Complicado? Complicado será tener que explicarle a su familia qué hace ella en nuestra casa con un golpe en la cabeza. ¿Al menos saben que está contigo, o a estas horas estarán preocupados?

Oliver tenía la esperanza de que aún no hubieran descubierto su ausencia. Alice había dicho que se sentía mal y pidió que no la molestaran, después de eso se escabulló. El plan era regresar pasada la noche cuando todos se hubieran dormido.

Lamentablemente, un golpe en la cabeza era difícil de disimular.

—No saben que se ausentó de su casa.

—Ay, Oliver… ¿En qué estás metido? ¿En qué involucraste a esa pobre niña?

Su madre era más lista de lo que le gustaba aparentar, sin embargo, Oliver estaba seguro de que no podía ni imaginar lo que había sucedido. Quizás se lo dijera, quizás no, pero por el momento, tenía otro problema que resolver.

—Madre, te aseguro que te contaré todo a detalle después. Ahora solo necesito ayuda para justificar esto a tu familia.

—Justificar. No veo cómo lo vas a justificar. Tendrás que decirles que decidieron escabullirse de noche como dos enamorados, que sucedió esa falacia que me contaste a mí y ver si te creen. Pueden ocurrir dos cosas: o ellos deciden ser discretos por las apariencias, que veo difícil que no se propague el rumor dadas las condiciones, o que exijan que se casen de inmediato. Ninguna de las dos incluye matrimonio.

—Por suerte, eso siempre estuvo en los planes —murmuró una voz suave desde la cama.

Oliver giró tan rápido la cabeza que no supo cómo no se la torció. Alice tenía los ojos abiertos, y luchaba por incorporarse.

—No te muevas —le pidió él—. Fue un golpe fuerte.

Ella cesó en sus intentos y él acomodó unas almohadas sobre su espalda para que estuviera cómoda. Notó que se ruborizaba ante la mirada escrutadora de la duquesa viuda.

—Madre —dijo Oliver con paciencia, a pesar de que solo deseaba quedarse a solas con ella—. ¿Podrías darnos un momento?

—Por supuesto, al fin y al cabo, ¿qué más otra norma del decoro rota? —dijo con sarcasmo. No obstante, al ver a Alice, su mirada se ablandó—. Espero que te recuperes pronto, querida.

Salió de la habitación con el porte de una reina, como si no tuviera que solventar una situación crítica dentro de unas horas. Oliver se sentó en la orilla de la cama.

—¿Cómo te sientes?

—Me duele la cabeza —confesó ella y se llevó instintivamente una mano al lugar donde se había dado el golpe—. ¿Qué pasó?

—Eso quiero saber yo. Cuando entré, estabas encima de la espalda de Fernard mientras Calloway intentaba quitarle el arma.

Ella guardó silencio. Oliver supuso que estaba recordando.

—Él entró cuando intentaba convencer a Nathaniel de que nos ayudara. Creo que nos escuchó, y luego… me apuntó. Oh, tenía mucho miedo, Oliver.

—Mi pequeña —dijo acariciándole la mejilla—. No debí meterte en esto. Perdóname.

Ella negó con la cabeza.

—Fui yo quien insistió en participar.

—Y yo no debí permitirlo.

—Sabía que, si me pasaba algo, no te lo perdonarías —prosiguió Alice—, así que decidí actuar. Le lancé una mirada a Nathaniel pidiéndole que lo distrajera y por suerte me entendió. Empezó a hablarle, a provocarlo y en su primer descuido, me moví y lo ataqué por detrás. Entonces, le grité a Nathaniel que me ayudara. Estaba forcejando cuando llegaste. De ahí no recuerdo nada más.

—Porque te tiró y te golpeaste la cabeza —aclaró Oliver pasándose una mano por los cabellos—. Dios, Alice, no te imaginas lo mucho que me asusté. Esto no puede volver a pasar.

—Espero que no —concordó ella con un deje de humor—. No es algo que me fuera grato. ¿Nathaniel…?

—Nos va a ayudar —informó sin mucho ánimo.

Ella no dijo nada, pero él sabía que estaba aliviada.

Si fuera por Oliver, todos podrían irse al infierno.

Se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro. Sentía el cuerpo alerta, lleno de energía acumulada.

—Oliver, ¿sabes qué más me motivó a actuar?

—¿Qué? —respondió sin mucho interés.

En ese momento, solo podía pensar que ella estaba viva y bien. Necesitaba repetírselo varias veces a ver si su corazón empezaba a latir a un ritmo normal.

—Que nunca te confesé que te amo.

Él detuvo abruptamente su caminar y se giró con lentitud hacia ella.

—¿Qué has dicho?

—Nunca te confesé que te amo —repitió—. Yo… tenía miedo de admitirlo, ¿sabes? No quería sentir la misma desilusión que con Nathaniel, pero tú me enseñaste que amar no es siempre esa loca necesidad de ver a alguien, sino confiar en esa persona, reírse una noche frente al fuego de la chimenea mientras toman una copa de vino, besos furtivos sin prisas y paseos agradables. Te amo, Oliver, y si me pidieras de nuevo ser tu esposa, aceptaría con toda la dicha del mundo.

Con esas palabras, toda la tensión del cuerpo de Oliver se transformó en gozo.

—Siempre supe que eras la mujer perfecta para mí. Si no estuvieras convaleciente, te besaría.

Ella sonrió con picardía.

—Oh, creo que ya no me duele tanto la cabeza.

Oliver se acercó a ella y depositó un suave beso en sus labios.

Hacía meses no había tenido la esperanza de volverse a enamorar, estaba sumido en su amargura y con poca fe de que la rutina cambiara. En ese momento, el futuro prometía mucho.

Epílogo

De las dos posibles reacciones que planteó la duquesa viuda sobre la decisión que tomarían sus padres, sucedió la segunda. Si se habían creído o no la excusa, Alice no lo sabía, pero su madre se encargó de armar un escándalo y tomar con agrado la sugerencia de una boda con licencia especial.

—Si ya no pueden evitar estar separados, la boda debe darse lo antes posible.

Su padre no había estado muy de acuerdo. Él sí había optado por mantener el secreto, pues consideraba prudente esperar un tiempo considerable antes de dar ese paso, pero su madre había ganado la batalla, y Alice tranquilizó a su progenitor, apoyando la idea y asegurándole que estaba muy enamorada del duque, lo cual ya no era una mentira.

Así pues. Una semana después, pronunció los votos frente al vicario y era oficialmente una duquesa. Su madre incluso lloró.

Alice también estaba feliz. Después de tanto, su vida por fin parecía alcanzar la paz que deseaba. No había vuelto a ver a Nathaniel —según Oliver, había dado su testimonio y, por ende, tuvo que huir a donde no lo encontraran—, pero el día siguiente al incidente se encontró con una nota suya, donde le pedía disculpas, le decía que había sido lo mejor que le había pasado, y le deseaba que fuera muy feliz.

Alice había llorado. No de tristeza o frustración, sino porque sentía que ya todo estaba en orden. Nathaniel fue una buena etapa de su vida que siempre recordaría, y Oliver, nuevos comienzos que prometían mucha alegría.

—¿Puedo robarme a la duquesa unos segundos? —preguntó una voz coqueta sobre su hombro mientras hablaba con Hattie.

Su prima se rio y no dudó en dejarlos solos. Por motivos de tiempo, la celebración tuvo menos invitados que los estipulados en el principio, pero aun así tenían el salón de fiesta a rebosar.

Con una sonrisa, Alice tomó la mano que él le ofrecía y dejó que la guiara hasta su despacho, donde cerró la puerta sin ningún

pudor.

—Me parece, excelencia, que escapar así de los invitados no es de un buen anfitrión.

—Somos duques. Podemos ser los peores anfitriones, y nos lo perdonarán.

Ella soltó una risita.

—Está usted siendo prepotente, excelencia.

—Ese defecto siempre lo conociste.

De repente, le rodeó la cintura con un brazo y tiró de ella hasta pegarla a su cuerpo, tomándola desprevenida.

—¿Está lista para esta noche, lady Abercorn? —le susurró, tan cerca de su oído que ella sintió su respiración.

Se estremeció cuando él pasó la lengua por el lóbulo de su oreja. No se habían visto mucho en esos días, pues planear encuentros furtivos era más complicado si estos ya no eran un secreto para sus padres, pero cuando lo hicieron, siempre que encontraba la oportunidad, él la provocaba de esa manera, y el cuerpo de Alice reaccionaba a su contacto.

—Sí —respondió con voz ahogada.

—Podemos echar a todos.

—No te atreverías.

—No —admitió—. ¿Y tú?

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

—Temo que tenemos que volver, entonces —dijo él con pesar —. ¿Lista para nuestra primera función como esposos, lady Abercorn?

Ella enderezó los hombros y, con su tono más medido, respondió:

—Por supuesto, excelencia.

Y quizás siempre tendrían que fingir frente a otros, pero a solas, vivirían la dicha del amor verdadero, sin límites, sin máscaras, crudo, real y hermoso.